

STAR WARS

Los Jóvenes Jedi 2

LA ACADEMIA DE LA SOMBRA

**Kevin J. Anderson
Rebecca Moesta**

Colección dirigida por Alejo Cuervo
Título original: Shadow Academy
Traducción: Albert Solé

Para nuestros hermanos y hermanas:

Mark, que ha sido mi héroe desde la infancia. Un verdadero Caballero Jedi, siempre dispuesto a venir corriendo al rescate.

Cindy, que siempre cuidó de mí. Me demostraste que el esfuerzo y la decisión te permitirán conseguir lo que deseas, y que el esperar no lo hará.

Diane, que ensanchó mis horizontes. Gracias por haberme obligado a ver todas las películas de monstruo-y-héroe jamás rodadas.

Scott, que aguantó todos los libros que le leí. Gracias por haberme dicho en mayo de 1977 que había una película que tenía que ir a ver..., La guerra de las galaxias.

REBECCA MOESTA

Y *Laura*, por no haberse peleado conmigo, haberme comprendido siempre (¡eh, sólo bromeaba!) y haberme proporcionado todo un tesoro de experiencias al que recurrir en mis libros.

KEVIN J. ANDERSON

Agradecimientos

Nos gustaría expresar nuestra gratitud a Lil Mitchell por ser una mecanógrafa incansable y por habernos apremiado a traerle nuevos capítulos cada vez más deprisa, a Dave Wolverton por sus datos e información sobre Dathomir, a Lucy Wilson y Sue Rostoni de Lucasfilm por no haber dejado de apoyarnos ni un solo momento, a Ginjer Buchanany Lou Aronica de Berkley/Boulevard por su continuado entusiasmo, a Jonathan McGregor Cowan por ser nuestro público de prueba..., y a Skip Shayotovich, Roland Zarate, Gregory, McNamee y todo el grupo de la BBS ImagiNet Echo *La guerra de las galaxias* por habernos ayudado con los chistes.

1

Jacen aferró la espada de luz, sintiendo su peso reconfortante en sus palmas sudorosas. Un extraño cosquilleo se fue extendiendo por su cuero cabelludo debajo de la revuelta masa de sus rizos castaños a medida que iba percibiendo la aproximación de su enemigo. Más cerca, cada vez más cerca... Hizo una lenta y profunda inspiración y extendió un dedo que temblaba de manera casi imperceptible para presionar el botón de la empuñadura.

El frío metal de la empuñadura cobró vida con un zumbido sibilante, transformándose en una espada de energía resplandeciente. La letal espada de luz palpitó y vibró en sus manos como si fuese un ser vivo.

El delgado y nervudo cuerpo de Jacen se tensó para el ataque con una mezcla de miedo y excitación. Sus ojos castaños se cerraron durante un momento mientras visualizaba a su oponente.

Y entonces, sin que hubiera ningún aviso previo, oyó el zumbido de una espada de luz que descendía sobre él.

Jacen giró sobre sí mismo justo a tiempo y detuvo el golpe con su espada de luz. El rojo oscuro del arma de su oponente temblaba con un palpar de energía que llenó todo su campo visual cuando las dos hojas relucientes se enfrentaron para alzarse con el dominio.

Jacen sabía que estaba superado en tamaño y fuerza, y que tendría que emplear todo su ingenio y astucia si quería salir con vida de aquel encuentro. Los brazos le dolían debido a la tensión de rechazar el golpe, por lo que aprovechó el ser más pequeño, girando bajo el brazo de su oponente y alejándose con un ágil quiebro hasta quedar fuera de su alcance.

El atacante avanzó hacia él, pero Jacen sabía que no debía permitir que se le volviera a acercar tanto. El destello rojo rubí avanzó velozmente hacia él, y le encontró preparado. Detuvo el golpe y después movió su hoja a un lado antes de retroceder y bloquear el siguiente golpe.

Ataque y contraataque. Mandoble. Parada. Bloqueo. Las espadas de luz sisearon y chisporrotearon, entrechocando una y otra vez.

La habitación estaba fría y húmeda, pero la transpiración empezó a correr por el rostro de Jacen y se le metió en los ojos, faltando muy poco para que le cegase. Vio el arco rojo justo a tiempo y se agachó para esquivarlo. Una burlona sonrisa torcida apareció en sus labios, y Jacen se dio cuenta de que lo estaba pasando en grande. Trozos de piedra volaron a su alrededor cuando la mortífera hoja color rubí rozó el techo que se extendía justo por encima de su cabeza.

La sonrisa de Jacen se desvaneció cuando intentó dar un paso hacia atrás y sintió los fríos bloques de piedra incrustándose en sus omóplatos. Detuvo otro golpe, saltó a un lado y se encontró pegado a otra pared de piedra.

Estaba acorralado. Un gélido puño de miedo le oprimió el estómago, y Jacen hincó una rodilla en tierra y alzó su hoja para detener el siguiente golpe. Un estrépito atronador creó ecos por toda la cámara...

Jacen abrió los ojos y alzó la mirada para ver a su tío Luke inmóvil en el umbral, y le oyó carraspear. Jacen, muy sobresaltado, se apresuró a desconectar la espada de luz, y la empuñadura apagada se le escurrió de entre los dedos para caer sobre las losas con un considerable ruido.

El Maestro Jedi de cabellos color arena y túnica negra entró en la sala privada que le servía de despacho y cámara de meditación en la Academia Jedi. Extendió la mano hacia la espada de luz, y el arma voló hasta su palma como si estuviera magnetizada.

Jacen tragó saliva mientras el Maestro Luke Skywalker clavaba una mirada solemne en su rostro.

—Lo siento, tío Luke —dijo, y las palabras salieron atropelladamente de su boca—. Vine aquí para pedirte ayuda, y cuando vi que no estabas decidí esperar, y entonces vi tu espada de luz encima del escritorio, y ya sé que has dicho que todavía no estoy preparado, pero pensé que no podía haber nada malo en que practicara un poco. Así que la cogí, y supongo que me dejé llevar por el entusiasmo y...

Luke alzó una mano con la palma hacia fuera, como para detener nuevas explicaciones.

—El arma del Jedi no debería ser empuñada sin un buen motivo —dijo.

Jacen sintió que sus mejillas enrojecían ante aquella suave reprimenda.

—Pero sé que podría aprender a utilizar una espada de luz —dijo, poniéndose a la defensiva—. Ya soy lo bastante mayor y lo bastante alto, y he estado practicando en mi habitación con un trozo de cañería que obtuve de Jaina... Estoy seguro de que podría hacerlo.

Luke pareció pensárselo durante un instante antes de acabar meneando lentamente la cabeza.

—Habrás tiempo suficiente para eso cuando estés preparado.

—Pero ya estoy preparado ahora —protestó Jacen.

—Todavía no lo estás —dijo Luke, sonriendo con melancolía—. El momento no tardará en llegar.

Jacen dejó escapar un gemido de impaciencia. Siempre era «Más tarde», siempre «En otro momento», siempre «Tal vez cuando seas mayor». Suspiró.

—Tú eres el maestro. Yo soy el estudiante, así que supongo que tengo que escuchar y hacerte caso.

Luke sonrió y meneó la cabeza.

—Ah. Ten cuidado. No des por sentado que un maestro siempre tiene la razón, y no creas a ciegas que la tiene. Has de pensar por ti mismo. A veces los

maestros también cometemos errores. Pero en este caso tengo razón: todavía no estás preparado para la espada de luz.

»Sé lo que se siente al tener que esperar, créeme —siguió diciendo Luke—. Pero la paciencia puede ser un aliado tan poderoso como cualquier arma. —Un brillo jovial bailoteó en sus ojos de repente—. ¿No tienes cosas más importantes en las que pensar que las batallas imaginarias con espadas de luz..., como por ejemplo prepararte para tu viaje? ¿No has de alimentar a tus mascotas?

—Ya he hecho todo el equipaje, y daré de comer a los animales antes de que nos vayamos —dijo Jacen, pensando en el pequeño zoológico de mascotas que había acumulado desde su llegada a la luna selvática—. Pero vine aquí precisamente para hablarte del viaje.

Luke enarcó las cejas.

— ¿Sí?

—Yo... Bueno, esperaba que podrías hablar con Tenel Ka y convencerla para que viniese con nosotros a ver la estación minera de Lando Calrissian.

Las cejas de Luke se unieron en un fruncimiento de ceño, y cuando volvió a hablar escogió muy cuidadosamente sus palabras.

— ¿Por qué es tan importante que Tenel Ka cambie de parecer?

—Porque yo, Jaina y Bajocca vamos a ir allí —dijo Jacen—, y... Y porque no será lo mismo sin ella —concluyó en un tono lleno de abatimiento.

El rostro de Luke se relajó, y un destello de buen humor le iluminó los ojos.

—Ya sabes que hacer cambiar de parecer a una guerrera de Dathomir capaz de emplear la Fuerza no resulta nada fácil, ¿verdad? —preguntó.

— ¡Pero es que eso de que Tenel Ka quiera quedarse aquí no tiene ningún sentido! —exclamó Jacen—. Se inventó la estúpida excusa de que sería aburrido. Dijo que estaba segura de que las gemas corusca no eran más hermosas que las joyas arco iris de Gallinore, y que ya había visto montones de ellas. Pero no parecía aburrida: parecía preocupada o nerviosa.

—Debemos pensar por nosotros mismos —dijo Luke—, y a veces eso significa que hemos de tomar decisiones difíciles o impopulares. —Luke deslizó un brazo sobre los hombros de Jacen y lo llevó hacia la puerta—. Y ahora ve a dar de comer a tus mascotas. Que tengáis un buen viaje hasta la Estación Buscadora de Gemas..., y ten la seguridad de que Tenel Ka tiene buenas razones.

Tenel Ka despertó de repente, temblorosa y cubierta de sudor en la fría cámara de paredes de piedra. Su cabellera, que tenía el color cobrizo del crepúsculo, colgaba delante de sus ojos bajo la forma de mechones despeinados que antes habían sido pulcras trenzas. La ropa de la cama estaba enredada alrededor de sus piernas, como si hubiera estado corriendo en sueños.

Entonces se acordó del sueño. Sí, había estado corriendo. Huía de unas siluetas oscuras envueltas en capas negras cuyos rostros estaban llenos de manchas purpúreas. Confusos recuerdos de historias que su madre le había

contado cuando era niña giraron locamente dentro de su cerebro aturdido por el sueño. Nunca había visto aquellas figuras aterradoras antes, pero sabía qué eran: eran brujas de Dathomir que habían recurrido al lado oscuro de la Fuerza para obrar toda clase de males.

Eran las Hermanas de la Noche.

Pero las últimas Hermanas de la Noche habían sido destruidas o dispersadas mucho antes de que Tenel Ka naciese. ¿Qué razón podía haber para que estuviese soñando con ellas en aquellos momentos? Las únicas personas capaces de emplear la Fuerza que quedaban en Dathomir utilizaban los poderes del lado de la luz.

¿Por qué tenía aquellas pesadillas? ¿Por qué en aquel preciso instante?

Tenel Ka cerró los ojos y se dejó caer sobre su cama con un gruñido al acordarse de qué día era. Era el día en que su abuela, la Matriarca de la Casa Real de Hapes, enviaría una embajadora para que visitara a Tenel Ka, heredera del Trono Real de Hapes. Y ella no quería que sus amigos supieran que era una princesa...

La embajadora Yfra, Tenel Ka se estremeció al pensar en su abuela y en su voluntad dura e inflexible como el hierro y en sus embajadoras, mujeres capaces de mentir o incluso de matar para preservar su poder..., aunque su abuela ya no gobernaba Hapes. Tenel Ka meneó la cabeza con una mezcla de abatimiento y diversión. Aquella visita inminente debía de ser la razón por la que había soñado con las Hermanas de la Noche.

Los habitantes de Dathomir, el planeta primitivo donde había nacido su madre, y los del rico mundo natal de su padre, Hapes, estaban separados por años luz de distancia, pero los paralelismos existentes entre las mujeres que habían regido la política de Hapes y las Hermanas de la Noche de Dathomir resultaban obvios: tanto unas como otras eran mujeres hambrientas de poder que no se detendrían ante nada para conseguir el poderío que tanto anhelaban.

Tenel Ka se sentó en la cama. Saber que no tardaría en ver a la embajadora Yfra no le resultaba nada agradable. De hecho, el único pensamiento positivo que se sentía capaz de tener al respecto era el de que sus amigos no estarían allí para presenciar el encuentro. Por lo menos Jacen, Jaina y Bajocca estarían lejos, en la Estación Buscadora de Gemas de Lando Calrissian, antes de que la embajadora llegase. No estarían allí para preguntarse por qué su amiga, que afirmaba ser una simple joven guerrera de Dathomir, estaba siendo visitada por una embajadora real de la Casa de Hapes. Y Tenel Ka todavía no estaba preparada para explicárselo.

Bien, no podía seguir en la cama ni un instante más. Tendría que levantarse y enfrentarse a lo que quisiera ofrecerle el día. No había forma de evitar aquel encuentro.

—Es un hecho comprobado —murmuró, echando a un lado la sábana y poniéndose en pie.

Jaina y Bajocca estaban sentados en el centro de la habitación de Jacen, rodeados por un mapa holográfico del sistema de Yavin.

—Con eso debería bastar —dijo Jaina.

Su lacia cabellera, larga hasta los hombros, osciló hacia adelante como un telón velando parcialmente su rostro cuando se inclinó para examinar el teclado de entrada de datos de su holoprojector. Había construido el proyector ella misma, montándolo con piezas sacadas de su almacén privado de módulos electrónicos usados, componentes, cables y demás equipo que mantenía pulcramente organizado en una hilera de recipientes y cajones que ocupaba una pared de su habitación.

—Es bastante impresionante, ¿eh, Bajie? —preguntó Jaina. Dirigió una sonrisa torcida al joven wookiee de pelaje color canela y señaló la esfera luminosa que se movía en el aire sobre sus cabezas y que representaba al planeta Yavin, el gigante gaseoso.

Bajocca señaló la imagen de una pequeña luna verde que flotaba justo por encima de su hombro izquierdo, en órbita alrededor del gigantesco planeta anaranjado. El joven wookiee lanzó un gruñido de interrogación.

—Ejem —dijo el androide traductor en miniatura Teemedós desde el cinturón de Bajocca, como si estuviera aclarándose la garganta. Teemedós era de forma aproximadamente oval, redondeado por delante y achatado por atrás, con sensores ópticos irregularmente espaciados y una gran rejilla de altavoz en el centro—. El amo Bajocca desea saber —siguió diciendo el androide en miniatura— si la esfera que ha señalado representa la luna Yavin 4, en la que nos encontramos ahora.

—Así es —dijo Jaina—. El planeta gaseoso Yavin tiene más de una docena de lunas, pero todavía no he conseguido incluirlas todas en la programación. Lo que quería ver principalmente —siguió diciendo— era la trayectoria que vamos a seguir cuando Lando nos lleve a su estación minera extractora de gemas en la parte superior de la atmósfera de Yavin.

Bajie gruñó un comentario, y Jaina esperó impacientemente hasta que el siempre quisquilloso androide traductor cumplió sus funciones de intérprete.

—Por supuesto que es un poco peligroso —respondió después, alzando sus ojos castaños hacia el techo en señal de exasperación—, pero no mucho. Y es una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Lando va a permitir que le ayudemos en algunas de las operaciones mineras, y no tendremos que conformarnos con mirar —explicó, señalando un punto situado justo encima de la superficie reluciente de Yavin.

Bajocca alargó una mano hacia el teclado de entrada de datos del holoprojector y pulsó unos cuantos botones. Un diminuto objeto de apariencia metálica apareció cerca de la superficie un instante después: era la Estación Buscadora de Gemas.

—Te encanta demostrar que eres todo un experto, ¿en? —dijo Jaina, y soltó una risita ante la velocidad con la que Bajie había programado el holomapa—. Te diré lo que vamos a hacer a partir de ahora: yo los construiré y tú los programarás. ¿Te parece un reparto justo del trabajo?

Bajie fingió pavonearse, y expresó su asentimiento con un gruñido mientras deslizaba su mano a lo largo de la franja negra que recorría su pelaje desde la frente hasta el final de su espalda.

Jacen cruzó el umbral de un salto en ese momento.

—Están aquí —dijo sin aliento—. Bueno, quiero decir que casi están aquí... Han iniciado la aproximación". Estaba en la sala de control y oí decir que el *Dama Suerte* venía hacia aquí.

Dos pares de ojos gemelos —cada uno del color del brandy corelliano— se encontraron con una mezcla de nerviosismo y expectación.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando entonces? —preguntó Jaina.

Jaina contempló con admiración cómo Lando Calrissian bajaba por la rampa del *Dama Suerte*, una capa verde esmeralda ondulando detrás de él y una gran sonrisa en su oscuro y apuesto rostro. Su frecuente compañero, el calvo ayudante cyborg Lobot, le siguió por la pasarela y se quedó rígidamente inmóvil junto a él.

Lando saludó a Jaina con un galante beso en la mano antes de volverse hacia su hermano gemelo Jacen y Bajie con una educada reverencia. Después dio una palmada en el hombro de Luke Skywalker, que había acudido para recibir al *Dama Suerte* con Erredós, su androide en forma de tonel siguiéndole muy de cerca.

—Cuida bien de ellos, Lando —dijo Luke—. Nada de riesgos innecesarios, ¿de acuerdo?

Erredós añadió unos cuantos silbidos y pitidos de su cosecha.

Lando miró fijamente a Luke y fingió ofenderse.

—Eh, ya sabes que yo nunca permitiría que estos chicos hicieran nada si no estuviese totalmente seguro de que saldría bien.

Luke sonrió y le dio una afectuosa palmada en el hombro.

—Eso es precisamente lo que temo.

—Lo único que te preocupa es que queden tan impresionados por mi Estación Buscadora de Gemas que luego no quieran volver a tu Academia Jedi —bromeó Lando.

Después Lando Calrissian señaló la rampa a Bajie y Jaina con un nuevo movimiento de su capa y se volvió hacia Jaina.

— ¿Y qué puedo hacer para que este viaje os resulte más interesante y provechoso, mi joven dama? —preguntó, ofreciéndole su brazo para escoltarla a bordo de la nave.

—Lo primero que puedes hacer —dijo Jaina, aceptando su brazo con una sonrisa llena de entusiasmo— es contármelo todo sobre los motores del *Dama Suerte*...

2

El *Dama Suerte* dejó atrás la luna selvática que brillaba con los destellos verdes de una joya, y Lando Calrissian y su fiel compañero Lobot pilotaron la nave a través del espacio hacia la bola gaseosa de Yavin.

—Esto debería gustaros, chicos —dijo Lando—. Creo que nunca habéis visto nada parecido a una explotación minera de gemas corusca antes.

El *Dama Suerte* se fue aproximando al planeta gigante y la estación industrial en órbita no tardó en hacerse visible. Las instalaciones mineras de joyas corusca de Lando, la Estación Buscadora de Gemas, eran una sinfonía de luces en continuo movimiento y parrillas transmisoras rodeadas por docenas de satélites defensivos automatizados. Los satélites de seguridad centraron sus sistemas detectores en el *Dama Suerte* y activaron sus armas en cuanto la nave se aproximó a ellos. Pero cuando Lando tecleó un código de autorización de acceso, los satélites reconocieron su señal y enseguida volvieron a patrullar su perímetro robótico en busca de intrusos y piratas.

—Cuando tratas con algo tan valioso como estas gemas corusca toda la seguridad que tengas es poca —dijo Lando.

Lobot, el humano calvo cibernéticamente mejorado, continuaba con su impasible vigilancia de los controles.

Pequeñas luces destellaron y parpadearon en el aparato implantado en la nuca de Lobot mientras estudiaba la brújula y la parrilla de guía. Lobot llevó el *Dama Suerte* hasta el hangar principal de la Estación Buscadora de Gemas, pilotando la nave en una impecable exhibición de destreza.

—Me alegra mucho que Luke os haya dejado venir aquí —dijo Lando, volviendo la mirada hacia Bajie, Jacen y Jaina—. No podéis aprenderlo todo sobre el universo si os limitáis a quedaros sentados en la jungla levantando rocas del suelo con vuestra mente. —Les obsequió con una gran sonrisa—. Tenéis que ensanchar vuestros horizontes y saber cómo funciona el comercio en la Nueva República. Eso os proporcionará algunos conocimientos útiles en el caso de que vuestras espadas de luz fallen alguna vez.

—Todavía no tenemos espadas de luz —dijo Jacen poniendo cara de abatimiento.

—Bueno, pues entonces será mejor que aprendáis algo útil mientras esperáis a tenerlas —respondió Lando—. Vuestro tío Luke está preocupado por vuestra seguridad —añadió, percibiendo la frustración de Jacen—. Luke puede llegar a ser muy cauteloso, pero yo confío en su buen juicio. No os preocupéis: tarde o temprano acabaréis consiguiendo esas espadas de luz. Apuesto a que si te relajas y dejas de pensar en ello, estarás practicando con una espada de luz antes de que puedas darte cuenta de lo que ha ocurrido.

Una vez dicho eso, ayudó a Lobot a terminar las comprobaciones de descenso mientras el *Dama Suerte* se posaba en el hangar vacío.

Lando bajó de la nave sonriendo de oreja a oreja y les mostró su estación, moviendo las manos con gran entusiasmo para señalar en todas direcciones. Con Lobot siguiéndole en silencio, Lando llevó a los tres jóvenes Caballeros Jedi hasta un ventanal de observación de transpariacero que daba a la tempestuosa sopa anaranjada del gigante gaseoso.

Jacen pegó el rostro al enorme ventanal y bajó la mirada hacia los sistemas de tormentas que se entrelazaban formando cadenas a través de las nubes. Desde aquella distancia Yavin ofrecía un panorama engañosamente apacible de suaves tonos amarillos, blancos y anaranjados. Pero Jacen sabía que incluso en los niveles superiores de la atmósfera ya había vientos de una temible potencia destructiva, y que la presión de los niveles inferiores era lo bastante grande como para poder aplastar una nave dejándola reducida a un puñado de átomos.

Jaina, inmóvil junto a él, estudió las pautas meteorológicas con intensa atención. Bajie se colocó entre los gemelos, elevándose sobre ellos con su desgarbada altura. El joven wookiee dejó escapar un gruñido de asombro.

—Opino que es muy impresionante —dijo Teemedós desde el cinturón de Bajie—. Y el amo Bajocca opina lo mismo.

La Estación Buscadora de Gemas orbitaba los límites de la atmósfera exterior. La órbita inclinada de la estación la hacía moverse muy por encima del planeta, y después descendía bruscamente para rozar los niveles gaseosos de tal forma que los mineros de gemas corusca de Lando podían sumergirse en las profundas corrientes llenas de remolinos del planeta.

Lando dio unos golpecitos sobre el ventanal de transpariacero con la yema de un dedo.

—Muy por debajo de nosotros, allí donde termina la atmósfera, el núcleo metálico choca con el aire licuado —dijo—. Las presiones son lo suficientemente grandes para aplastar los elementos y hacer que se unan, formando cristales cuánticos extremadamente raros llamados gemas corusca.

Jacen alzó la mirada hacia él con gran interés.

— ¿Podemos ver una?

Lando se lo pensó durante unos instantes antes de responder y acabó asintiendo.

—Claro. Tenemos un cargamento listo para enviar —dijo—. Seguidme.

Lando avanzó por los corredores impecablemente limpios con su capa verde esmeralda flotando detrás de él. Jaina se dedicó a contemplar los mamparos metálicos, las cámaras y los despachos repletos de ordenadores.

Las paredes estaban formadas por paneles de plástiacero pintados con colores suaves y adornadas por relucientes tubos ópticos que formaban una gran variedad de dibujos. Jacen podía oír los débiles susurros de bosques, océanos y ríos como telón de fondo sonoro. Los colores relajantes y los apacibles sonidos convertían la

Estación Buscadora de Gemas en un lugar agradable, cómodo y atractivo que no se parecía en nada a lo que había esperado encontrar.

Fueron hacia unas enormes puertas blindadas, y Lando pulsó varios botones en su comunicador de muñeca y se volvió hacia Lobot.

—Solicita acceso al nivel de seguridad.

Lobot murmuró algo por el micrófono que llevaba en el cuello. Los sellos de las puertas metálicas se abrieron con un siseo, y después éstas se hicieron a un lado para revelar una cámara del tipo esclusa cuyo fondo formaba una entrada aislada que proporcionaba acceso al espacio. Cuatro proyectiles blindados de forma cónica estaban alineados encima de un soporte: cada módulo medía un metro de longitud y estaba erizado de cañones láser de puntería automática.

—Éstas son las cápsulas de cargamento automatizadas —dijo Lando—. Las gemas corusca son tan valiosas que debemos adoptar precauciones de seguridad extra.

Varios androides dotados de muchos brazos estaban trabajando diligentemente junto a la primera cápsula de carga, un módulo abierto cuyo interior estaba recubierto por un grueso acolchado. Los exoesqueletos de cobre de los androides relucían como si acabaran de ser frotados.

—Están preparando nuestro próximo envío —dijo Lando—. Echemos un vistazo.

Los compañeros se inclinaron sobre la pequeña abertura de la cápsula de carga, donde uno de los androides de cobre de ágiles dedos acababa de colocar cuatro gemas corusca del tamaño aproximado de la uña del pulgar de Jacen. Lando alargó el brazo y cogió una gema.

El androide empezó a agitar todas sus manos en el aire.

— ¡Discúlpeme, discúlpeme! —exclamó—. Tenga la bondad de no tocar las gemas. ¡Discúlpeme!

—Vamos, no pasa nada —dijo Lando—. Soy yo, Lando Calrissian.

Los frenéticos movimientos de brazos del androide de cobre cesaron bruscamente.

—Oh. Le presento mis disculpas, señor —dijo.

Lando meneó la cabeza.

—Tengo que acordarme de cambiar esos sensores ópticos.

Sostuvo la gema corusca entre el pulgar y el índice, y la joya brilló como fuego líquido en su mano. Hacía más que limitarse a reflejar la claridad de los paneles luminosos del techo: la gema corusca parecía contener un horno en miniatura, y la luz atrapada rebotaba incesantemente en las facetas cristalinas durante eternidades hasta que la ley de las probabilidades hacía que unos cuantos fotones lograsen encontrar una salida.

—No se han encontrado gemas corusca en ningún otro lugar de la galaxia aparte del núcleo de Yavin —dijo Lando—. Los prospectores siguen buscando otros gigantes gaseosos, por supuesto, pero de momento todas las gemas corusca del mercado salen de mi estación minera. Hace mucho tiempo el Imperio tenía una estación aquí, pero quebró muy deprisa en cuanto el Imperio dejó de mantener unos precios fijos. La minería de gemas corusca es un trabajo muy arriesgado que exige una elevada inversión desde el principio..., pero me está dando enormes beneficios.

Lando permitió que Bajie, Jacen y Jaina sostuvieran la gema en sus manos y se maravillasen ante su belleza.

—Las gemas corusca son la sustancia más dura conocida —dijo—. Pueden abrirse paso a través del transpariacero con tanta facilidad como un láser a través de la jalea sullustana.

El nervioso androide empaquetador cogió la gema de la peluda mano de Bajocca y volvió a colocarla dentro de la cápsula de carga, poniendo una capa selladora extra alrededor de las piedras preciosas antes de cerrar el panel de acceso. Después el androide manipuló una secuencia de controles en la parte de atrás de la cápsula de carga y las espigas de los láser de puntería automática se alzaron por sí solas hasta adoptar su posición de vigilancia.

—Cápsula de carga preparada para el lanzamiento —dijo el androide de cobre—. Tengan la bondad de salir del hangar de lanzamiento.

Lando sacó a los tres chicos de la sala y las gruesas puertas metálicas se cerraron detrás de ellos mientras los androides se apresuraban a seguir con sus tareas.

—Venid aquí —dijo Lando—. Podremos ver el lanzamiento a través de la mirilla exterior. Esa cápsula de carga es un proyectil hiperespacial dirigido a mi agente de Borgo Prima, que distribuye las gemas corusca a cambio de un porcentaje en los beneficios.

Los cuatro se colocaron delante de una gruesa mirilla redonda que apuntaba en dirección opuesta al planeta y permitía contemplar el espacio. Mientras miraban, la cápsula de carga salió disparada del hangar de lanzamiento y después quedó suspendida en el vacío para reorientarse y ajustar sus coordenadas. La potente claridad que brotaba de sus toberas trazó una línea sobre la negrura del espacio.

Los satélites que rodeaban la Estación Buscadora de Gemas giraron mientras sus sensores percibían la presencia de la cápsula y apuntaban su armamento; pero al parecer la cápsula de carga envió las señales de identificación adecuadas, y los satélites defensivos la dejaron en paz. Después, en un movimiento tan veloz que apenas podía ser visto, la cápsula se lanzó hacia adelante y entró en el hiperespacio con todo un tesoro de gemas corusca en su vientre.

—Eh, Lando, ¿podemos ayudarte en algunos de los trabajos de minería de las gemas? —preguntó Jacen.

—Sí, nos gustaría mucho ver cómo se hace —añadió Jaina.

—No sé... —dijo Lando—. Es un trabajo duro, y un poco arriesgado.

—Igual que el adiestramiento para llegar a convertirse en Caballero Jedi, como ya hemos visto —observó Jaina—. ¿No crees que el aprender bien merece un poco de riesgo?

Bajocca gruñó un comentario.

— ¿Qué quiere decir con eso de que está dispuesto a correr el riesgo? —preguntó Teemedós—. Cielos, creo que en realidad el amo Calrissian estaba poniendo tanto énfasis en los riesgos porque esperaba que eso haría que no quisieran ir.

—Bueno, pues nos gustaría ir de todas maneras —intervino Jacen.

Lando alzó una mano y sonrió como si acabara de tener una idea, aunque Jacen se dio cuenta de que lo había tenido planeado desde el comienzo.

—Bueno, quizá ya va siendo hora de que me dedique a hacer algún trabajo de verdad en vez de todas esas labores de ejecutivo —dijo—. De acuerdo: yo mismo os acompañaré.

Jacen pensó que el Entorno Sumergible de Minería parecía una gran campana de inmersión. Su casco estaba fuertemente blindado, y era de un gris oscuro con manchas aceitosas de color que despedían extraños reflejos bajo las luces. La compuerta parecía lo bastante gruesa y sólida para poder soportar las andanadas de un turboláser.

—Lo llamamos *Mano Veloz* —dijo Lando—. Es un pequeño navío que hemos diseñado exclusivamente para ir a las mayores profundidades de Yavin 4. Ha recorrido casi toda la distancia hasta el núcleo, donde podemos encontrar las gemas corusca más grandes.

Lando deslizó sus dedos sobre las planchas de aspecto aceitoso.

—El *Mano Veloz* está recubierto por una fina piel de armadura cuántica, que es un truquito desarrollado por el Imperio —siguió diciendo, y el tono de su voz dejaba bien claro lo impresionante que le parecía aquel blindaje—. Pero nosotros hemos dirigido las aplicaciones militares hacia nuestros propios usos, y hemos obtenido lo máximo en tecnología comercial derivada. —Lando parecía estar pronunciando un discurso ante un consejo de dirección, pero un instante después se acordó de cuál era su público—. Bueno, olvidémoslo. El blindaje de este pequeñín es lo bastante fuerte para soportar incluso las presiones existentes en el núcleo de Yavin. Nos irán bajando y estaremos unidos a la Estación Buscadora de Gemas mediante una conexión de energía..., como un cable magnético irrompible.

— ¿Ni siquiera las tormentas pueden partirlo? —preguntó Jaina.

Lando extendió las manos delante de él, descartando la preocupación de la joven.

—Puede que tengamos que aguantar unas cuantas sacudidas, pero... —Se rió—. Los asientos están acolchados. No nos pasará nada.

Bajocca se inclinó, pero aun así se golpeó la cabeza con el marco de la puerta cuando entró en la campana de inmersión. Jacen y Jaina entraron de un salto detrás de él. Lando les siguió hasta el interior del *Mano Veloz* y cerró la compuerta.

Después golpeó el muro interior con los nudillos, produciendo un sordo sonido metálico.

—Sólido, seguro y resistente —dijo.

Se instaló en el asiento acolchado que había delante de los controles de pilotaje. Jacen se puso el arnés del asiento del copiloto contiguo al de Lando, y Jaina y Bajie ocuparon los asientos traseros. Gruesas ventanillas cuadradas cubrían las paredes y el suelo, proporcionándoles una buena visión mirasen donde mirasen.

—Oh, vaya. Esto es muy emocionante, ¿no? —exclamó Teemedós.

Bajie lanzó un gruñido de asentimiento.

3

Lando tecleó unas cuantas instrucciones en el panel de control.

—Le estoy diciendo a Lobot que estamos listos para la partida —explicó.

Unas luces rojas brillaron de repente en las paredes del hangar, indicando la situación de los sistemas del *Mano Veloz* mientras se preparaba para ser lanzado a la atmósfera de Yavin. Tres técnicos salieron trotando de la cámara, y las puertas de la escotilla quedaron selladas detrás de ellos.

—Preparaos —dijo Lando.

El suelo desapareció debajo del *Mano Veloz*. Jacen sintió que el estómago le daba un vuelco cuando la campana de inmersión blindada se precipitó desde la Estación Buscadora de Gemas hacia el enfurecido torbellino de gases. Bajie quedó tan asombrado que soltó un chillido. El pulso de Jacen se había acelerado. Jaina se agarraba a los brazos de su asiento.

El *Mano Veloz* siguió cayendo a toda velocidad, pero Jacen no tardó en notar cómo su descenso se estabilizaba, haciéndose más lento y volviéndose más controlado.

—Puedo sentir la conexión de energía sosteniéndonos —dijo Jaina.

Jacen desplegó sus sentidos Jedi y detectó una hebra de fría iridiscencia que los unía a la estación que orbitaba muy por encima de ellos. Abrió los cierres de las tiras de seguridad, sintiéndose lleno de un nervioso interés, y se volvió hacia la ventanilla más cercana para ver cómo las nubes en continua agitación se acercaban cada vez más y se lanzaban sobre ellos.

Jacen vio una flotilla de diminutas naves que parecían unidades agrícolas deslizándose sobre las cimas de las masas de gases. Las pequeñas naves remolcaban detrás de ellas una telaraña de relucientes hilos dorados, como una red casi invisible que iba siendo arrastrada a través de las nubes.

— ¿Qué son? —preguntó Jaina, con su curiosidad habitual referente al funcionamiento de las máquinas.

—Mis contratistas —dijo Lando—. Son pescadores de gemas corusca. Dirigen una flotilla de esquifes a lo largo de las partes superiores de las nubes, y llevan una draga de energía detrás de ellos. A medida que van volando a través de las nubes, el diferencial de energía de la red reacciona a la presencia de diminutas piedras corusca. Sólo recoge las piedras más pequeñas y polvo corusca. Puede que no parezca gran cosa, pero aun así sigue siendo francamente valioso y merece el esfuerzo.

»Yo les doy apoyo en sus operaciones, y ellos me entregan un porcentaje de sus capturas. Pero las gemas corusca de mayor tamaño están más abajo. Las enormes presiones que hay cerca del núcleo hacen que resulte casi imposible recoger esas grandes gemas, pero con esta nueva armadura cuántica podemos llevar el *Mano Veloz* hasta el fondo.

—Bueno, ¿y a qué estamos esperando? —preguntó Jaina.

—Tienes toda la razón. Vamos allá —dijo Jacen, restregándose las manos—. Eh, Lando —añadió después con una sonrisa maliciosa—, el otro día oí hablar a dos androides. El primero le preguntó al segundo si había ganado al wookie en esa partida de sabacc, y el segundo respondió...

—«Sí, pero me costó un brazo y una pierna» —terminó Lando por él—. Es un chiste muy viejo, chico.

Jacen frunció el ceño un momento, pero después acabó soltando una risita.

—Tal vez por eso Tenel Ka no se rió al oírlo —dijo.

Jaina miró a su hermano.

—No creo que ésa fuera la razón por la que no se rió.

La campana de inmersión prosiguió su descenso. Lando manipulaba los controles, soltando la conexión de energía a medida que bajaban. Las densas nieblas orgánicas y aerosoles de colores fueron formando pliegues a su alrededor y los vientos se convirtieron en dedos que repiqueteaban suavemente sobre las paredes, volviéndose mas ruidosos e insistentes poco a poco.

Los sistemas tempestuosos incrementaron su furia. Haces de rayos azulados atravesaban el cielo tenebroso hasta allí donde podía ver Jacen. La electricidad estática se deslizaba sobre el blindaje exterior como un ejército de orugas zigzagueantes, crujiendo y chisporroteando sobre el punto de unión de la conexión de energía.

Bajie soltó una larga frase en lenguaje wookie que parecía estar bastante llena de preocupación, y su androide traductor habló un instante después.

—Una buena pregunta, amo Bajocca. ¿Qué ocurre si la conexión de energía se rompe? ¿Cómo regresaríamos?

—Oh, disponemos de suministros y equipo de apoyo vital a bordo —dijo Lando, volviendo a menear la mano—. Podríamos sobrevivir durante mucho tiempo aquí abajo hasta que organizaran una misión de rescate en la Estación Buscadora de Gemas. También tenemos sistemas de energía y comunicación de emergencia..., pero eso no ocurrirá, así que no os preocupéis.

Una repentina ráfaga de viento les golpeó de lado en ese mismo instante como si quisiera desmentir sus palabras, y el impacto hizo que Jacen cayera de su asiento. El joven se levantó y volvió a ponerse el arnés de seguridad con expresión un poco avergonzada.

El *Mano Veloz* pareció soltarse súbitamente de su conexión energética. Cayeron como una bala de cañón, descendiendo a toda velocidad durante diez segundos. Bajie aulló, y Jacen y Jaina chillaron. Lando aumentó los niveles de energía hasta que por fin consiguió volver a conectar el cable.

— ¿Veis? No hay ningún problema —dijo con una sonrisa despreocupada, pero Jacen pudo ver las gotitas de sudor que perlaban su frente—. Pero tal vez sería mejor que os apretarais el arnés de seguridad —añadió—. Esas tormentas crean

grandes turbulencias en los niveles inferiores de la atmósfera. Eso es lo que remueve la interfaz y da un empujoncito a las gemas corusca. Empezaremos la cacería en cuanto hayamos bajado un poquito más.

—Me gustaría probar suerte —dijo Jaina.

—Dejaré que cada uno de vosotros tenga un turno en los controles, pero debo advertiros que las gemas corusca son muy raras incluso aquí abajo. No esperéis encontrar nada.

—Si estamos en los controles y encontramos una gema corusca, ¿podemos quedárnosla? —preguntó Jacen.

Lando sonrió con indulgencia.

—Bueno, supongo que sí..., pero no podemos pasar mucho tiempo allá abajo buscando gemas.

—Oh, no lo haremos —dijo Jacen—. Pero aun así es bueno tener algún incentivo.

Lando se rió.

—Eres igual que tu padre —dijo.

Jacen sonrió y pensó en todas las veces que Lando Calrissian y Han Solo habían trabajado juntos —o compitiendo el uno con el otro— durante los años de su larga amistad.

Lando volvió a examinar sus controles y abrió más paneles de ventanas en el suelo para que pudieran ver los torbellinos de gases supercargados de energía que había debajo de ellos.

—Bien, probablemente ya habremos bajado lo suficiente —dijo—. Empecemos a pescar. —Echó un vistazo al cronómetro que llevaba en la muñeca—. Pronto tendremos que volver a subir.

Tragó saliva, y Jacen se dio cuenta de lo nervioso que ponía realmente a Lando el estar tan abajo. Normalmente todas las inmersiones profundas corrían a cargo de temerarios buscadores de gemas dispuestos a arriesgar sus vidas por las fabulosamente caras piedras corusca.

El *Mano Veloz* se había adentrado tanto en la atmósfera planetaria que los vientos eran corrientes oscuras que giraban a su alrededor, y se habían vuelto tan densos que ni siquiera la luz del sol de Yavin podía atravesarlos. Lando encendió los reflectores de la campana de inmersión, y conos de una luz lechosa intentaron abrirse paso a través de las tempestades y los torbellinos de gases.

—Voy a desplegar nuestros cables de remolque —dijo Lando—. Son cuerdas electromagnéticas que cuelgan del casco para atrapar las gemas corusca que son lanzadas de un lado a otro por las tormentas. Pronto tendremos que volver a la estación, así que sólo podréis disponer de unos cuantos minutos cada uno. Esos sistemas de tormentas están empeorando.

A Jacen no le había parecido que las tormentas hubiesen estado empeorando —al comienzo ya eran lo bastante malas—, pero la tensión visible en el rostro de Lando hizo que también deseara poner fin a su expedición lo más deprisa posible.

— ¿Por qué no pruebas suerte primero, Bajocca? —sugirió Lando—. Ven aquí y toma los controles.

El joven wookie se incrustó en un asiento que era demasiado pequeño para él, puso las manos sobre las muchas palancas de los controles y empezó a dirigir los siseantes cables de energía que colgaban del casco como tentáculos magnéticos, moviéndolos a través de la tempestuosa atmósfera.

Jacen volvió a abrir los cierres de su arnés de seguridad y se arrastró sobre el suelo para mirar por las ventanillas cuadradas. Pudo ver los látigos magnéticos amarillos que brotaban del *Mano Veloz*, yendo de un lado a otro a través de las nubes gaseosas, pero no capturaron nada.

Pasados unos momentos, Bajie dejó escapar un gemido de frustración.

—El amo Bajocca desea ofrecer un turno a otra persona —dijo Teemedós.

Bajie le cedió los controles a Jaina, que se sentó delante de ellos con el rostro tenso por la concentración y la punta de la lengua atrapada entre los labios en una comisura de la boca. Sus ojos, dos estanques de un marrón dorado clavados en la nada, se entrecerraron mientras manipulaba los controles. Jacen contempló cómo los cables de energía se retorcían debajo de ellos, hurgando y buscando entre las nubes.

—No os desilusionéis demasiado —dijo Lando—. Ya os dije que encontrar aunque sólo sea una gema exige muchísimo trabajo. Son muy raras. Si no lo fuesen, no serían tan valiosas.

Jaina siguió buscando durante unos minutos más y acabó rindiéndose. Jacen se puso en pie y fue hacia los controles, teniendo que esforzarse para conservar el equilibrio bajo aquellos vientos que tenían la fuerza de galernas. Se agarró al brazo del asiento, se instaló en él y dejó que sus manos se posaran sobre los controles.

Movió las palancas y pudo sentir la respuesta de los cables de energía que se agitaban de un lado a otro, balanceándose como ágiles dedos que se introdujesen en la arena para encontrar oro. Jacen desplegó su mente, concentrándose tal como había hecho Jaina y usando lo que sabía de los poderes Jedi para buscar las preciadas gemas. No sabía qué sensación produciría la presencia de una piedra corusca, pero esperaba saber reconocerla si se encontraba con una. Los remolinos de nubes parecían estar vacíos, saturados de gases inútiles y restos aplastados y sin contener nada de interés.

Su hermana gemela estaba sentada detrás de él, y Jacen pudo sentir sus esperanzas de que tuviera éxito. Se disponía a rendirse cuando de repente sintió un destello, un resplandor en su mente. Movié las palancas hacia un lado, estirando los largos dedos eléctricos, buscando y desplegándolos todo lo lejos que podían llegar. Hurgó por entre las nubes con una punta resplandeciente,

estirándola, estirándola..., y acabó logrando atrapar el destello que había percibido en su mente.

Los paneles de control se iluminaron.

— ¡Tengo una! —gritó.

Lando parecía estar tan sorprendido e impresionado como los demás.

— ¡Sí, la tienes! —exclamó—. De acuerdo, vamos a subirla deprisa. Ya es hora de que nos vayamos.

Lando tomó los controles e hizo volver los tentáculos magnéticos al casco del *Mano Veloz*, trayendo la captura con ellos. Volvió a estabilizar la conexión energética, y después abrió un pequeño panel de acceso en el suelo y sacó de él una caja de carga de duracero recubierta de escarcha. Lando extrajo una gema corusca irregular pero muy hermosa, y más grande que la que les había enseñado antes. La joya relucía con el fuego atrapado en su interior.

Jacen la tomó de entre los dedos de Lando conteniendo el aliento y la sostuvo sobre las palmas de sus manos.

— ¡Mirad lo que he encontrado! —exclamó.

Jaina y Bajie le ofrecieron sus felicitaciones. Lando, sabiendo que había prometido dar el trofeo a los chicos, meneó la cabeza con reluctante admiración.

—Guárdala en un lugar seguro, Jacen —dijo—. Apuesto a que bastaría para comprar medio bloque de ciudad en Coruscant.

— ¿Tanto valor tiene? —Jacen deslizó los dedos sobre la lisa e increíblemente dura superficie de la gema—. ¿Y si la pierdo? —preguntó.

—Métetela en la bota —dijo Jaina—. Ya sabes que nunca pierdes lo que guardas allí.

—Lo haré —asintió Jacen—. Creo que se la daré a mamá para su próximo cumpleaños.

Lando se dio una palmada en la frente.

— ¡Ni siquiera Han le ha regalado jamás nada tan valioso a Leia! Casi me hace desear tener un par de crios —murmuró—. De acuerdo, volvamos arriba.

Otro puñetazo de viento golpeó el flanco del *Mano Veloz* como si quisiera animarle a darse prisa, y todos se tambalearon. Jacen intentó conservar su gema corusca, estuvo a punto de dejarla caer al suelo, logró aferrarla y la rodeó con el puño. Después se la metió inmediatamente en la bota, donde no tendría que preocuparse temiendo que se cayera.

Lando Calrissian, con la frente todavía arrugada por la preocupación, fue recogiendo la conexión de energía y llevó el *Mano Veloz* de regreso a los niveles más seguros de la atmósfera de Yavin.

Las tormentas los sacudieron de un lado a otro. En un momento dado oyeron un ruidoso spang en el casco blindado con la armadura cuántica. Lando soltó un chillido y echó un vistazo a la pared.

— ¡Otra! Jaina, ve ahí y comprueba esa juntura —dijo.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jacen.

Jaina fue a cuatro patas por el suelo hasta la juntura para inspeccionarla.

—Parece estar bien —dijo.

— ¿Qué ha sido eso? —insistió Jacen.

Vio una abolladura casi imperceptible en la pared, pero no percibió ninguna pérdida de atmósfera.

—Acabamos de ser golpeados por una gema corusca que los vientos impulsaban a una gran velocidad. Es como si hubiéramos recibido el impacto de un arma de proyectiles, y sólo la armadura cuántica nos salvó. Es una suerte increíble. —Lando meneó la cabeza—. Me paso horas y más horas buscando esas gemas por mi cuenta y subo con las manos vacías. Pero cuando os traigo aquí abajo, Jacen logra coger una casi enseguida y luego chocamos con otra cuando estamos subiendo.

Bajie gritó un comentario.

—Estoy fervientemente de acuerdo con usted, amo Bajocca —dijo Teemedós—. Esperemos no encontrarnos con ninguna más.

Haces de relámpagos ardían alrededor del casco, lanzando chispazos de claridad azulada por entre las oscuras nubes. Pero los vientos de tormenta se fueron calmando poco a poco, y se volvieron menos insistentes a medida que iban subiendo hacia el refugio de la Estación Buscadora de Gemas. Lando se relajó visiblemente.

Cuando por fin subieron hasta la resplandeciente Estación Buscadora de Gemas y el suelo se selló debajo de ellos, Lando dejó escapar un suspiro de alivio y se recostó en el asiento de pilotaje.

El hangar presurizado volvió a llenarse de atmósfera, y Lando manipuló los controles para abrir los cierres de la escotilla blindada.

—Ya está. Hemos vuelto sanos y salvos —dijo, incorporándose sobre unas piernas algo temblorosas—. Creo que ya hemos tenido suficientes aventuras por hoy. ¿Qué os parece si descansamos un rato y comemos algo?

Pero Lando apenas había acabado de hacer esa sugerencia cuando el repentino gemir de las alarmas de la estación resonó estridentemente por los sistemas de intercomunicación.

— ¿Y qué pasa ahora? —preguntó—. ¿Qué está ocurriendo?

Los tres jóvenes Caballeros Jedi salieron a toda prisa del *Mano Veloz* y siguieron a Lando mientras éste corría hacia un puesto de comunicaciones de la pared.

—Aquí Lando Calrissian. Quiero un informe de situación actual.

—Una flota no identificada acaba de surgir del hiperespacio —dijo la tensa voz de un jefe de seguridad de la estación—. No contestan a nuestras señales, y vienen hacia la Estación Buscadora de Gemas a gran velocidad con intenciones desconocidas.

La voz dejó de hablar y la comunicación terminó con un chasquido.

Jacen y Jaina fueron corriendo hasta una mirilla y clavaron los ojos en la oscuridad del espacio. Entonces Jacen vio las naves, como un reluciente enjambre de meteoros que avanzaban velozmente en su dirección. No habría sabido explicar de qué forma se dio cuenta, pero percibió que estaban activando sus sistemas de armamento..., y que no estaban tramando nada bueno. Jacen tragó saliva.

—A mí me parece que eso es una flota imperial —dijo Jaina.

4

Lando echó a correr hacia el puente de la Estación Buscadora de Gemas.

— ¡Vengan, chicos! —gritó—. ¡Seguidme!

Jaina fue la primera en hacerlo mientras Bajie y Jacen corrían detrás de ella. Bajie se dio tanta prisa que sus largas piernas de wookie casi hicieron que chocara con la espalda de Lando.

— ¡Oh, Bajocca, ten cuidado! —exclamó Teemedós.

Cogieron un turboascensor hasta la torre de observación superior y entraron a la carrera en el puente de mando, una tórrela cilíndrica que sobresalía por encima de la mas blindada que formaba el cuerpo principal de la Estación Buscadora de Gemas. La sala de control estaba circundada por angostos ventanales rectangulares que permitían una visibilidad máxima en todas direcciones. Las pantallas de diagnóstico iluminadas que había debajo de cada ventanal mostraban advertencias de alarma. Los guardias armados de Lando corrían de un lado a otro, colgándose armamento adicional de los cinturones y preparándose para defender la estación.

—Estamos siendo atacados, señor —murmuró Lobot con su voz suave y un poco difícil de oír.

El cyborg era un borroso torbellino de movimientos, con sus manos yendo velozmente de un teclado a otro mientras sus ojos escrutaban las pantallas que lo rodeaban para captar y evaluar silenciosamente cada detalle. Las luces de los implantes de ordenador colocados a ambos lados de su cabeza brillaban como fuegos artificiales.

Lando recorrió con la mirada las estrechas mirillas de observación y vio a la flota de naves que se aproximaba desde el espacio profundo.

— ¿Piensas que son piratas? —preguntó—. No os preocupéis —añadió después en tono tranquilizador, volviéndose hacia los gemelos y Bajie—. Tenemos a todo el servicio de seguridad de la estación en estado de alerta. Estos tipos no tienen ninguna probabilidad contra nuestras defensas.

Jaina estudió una de las pantallas de diagnóstico y frunció los labios. Después meneó la cabeza.

—No son simples piratas —dijo, reconociendo algunas de las naves por la forma elipsoide de su masa principal y las torretas motrices inclinadas hacia atrás como si fuesen alas de contornos irregulares en la parte superior e inferior—. Son aparatos imperiales. Las cuatro de fuera son cañoneras Skipray, y cada una está equipada con tres cañones iónicos, un lanzador de torpedos protónicos, cohetes de fragmentación y dos cañones láser de fuego sincronizado.

Lando parecía un poco perplejo.

—Sí, tienes razón —dijo.

Jaina alzó los ojos sin inmutarse hacia su rostro lleno de sorpresa.

—Papá me hizo estudiar un montón de naves —le explicó—. Créeme, ni siquiera tus sistemas de seguridad pueden enfrentarse a esas fuerzas.

Lando se dio una palmada en la frente y soltó un gemido.

— ¡Eso no es una simple flota pirata, es toda una armada! ¿Qué es esa nave tan grande del centro? No la reconozco.

Jaina repasó mentalmente las especificaciones mecánicas de todos los diseños de naves que había aprendido de su padre, pero acabó descubriendo que no tenía ni idea.

— ¿Alguna clase de lanzadera de asalto modificada, tal vez? —preguntó. Los dos siguieron contemplando el implacable avance de las naves a través de las imágenes amplificadas de las pantallas—. Pero no entiendo qué puede ser esa estructura montada en la proa.

La misteriosa lanzadera de asalto llevaba un extraño artefacto instalado en su extremo delantero, una estructura circular con protuberancias irregulares que hacían pensar en las fauces abiertas y llenas de colmillos de un depredador submarino.

—Envía una señal de emergencia —le dijo Lando a Lobot—. Cubre todo el espectro. Asegúrate de que todo el mundo sabe que estamos siendo atacados.

Lobot meneó su calva cabeza con la irritante calma propia de un humano mejorado cibernéticamente.

—Ya lo he intentado. Nos encontramos bajo un bloqueo de estática, señor... No puedo hacer pasar ninguna señal a través de sus pantallas.

—Bueno, ¿y qué quieren? —preguntó Lando con exasperación.

—No han presentado ninguna exigencia —respondió Lobot—. Se niegan a responder a nuestras señales. No sabemos qué quieren.

Jaina se volvió hacia el ventanal y las naves que se aproximaban y sintió un escalofrío helado en las entrañas. Se estremeció. Jacen le apretó la mano, con la frente arrugada por la preocupación. Los dos acababan de tener la misma intuición.

—Esto me huele mal —dijo Jacen—. Nos... Nos quieren a nosotros, ¿verdad?

—Sí. Puedo sentirlo —dijo Jaina, y su voz apenas llegaba a ser un susurro.

Bajie meneó su peluda cabeza y dejó escapar un gemido para indicar que estaba de acuerdo con ellos.

— ¿Qué queréis decir, chicos? —Lando les contempló con sus grandes ojos marrones llenos de incredulidad—. Tienen que andar detrás de nuestras gemas corusca... Es la única explicación que tiene sentido.

Jaina meneó la cabeza, pero Lando estaba demasiado ocupado para seguir prestándole atención. Las cuatro cañoneras de flanqueo se desviaron de la trayectoria seguida por la lanzadera de asalto central y avanzaron hacia los satélites defensivos dispuestos alrededor de la Estación Buscadora de Gemas.

— ¿Has desconectado los bloqueos de los sistemas de puntería? —preguntó Lando.

Lobot asintió.

—Los sistemas están preparados para hacer fuego —murmuró.

Rayos láser de alta potencia surgieron de los satélites defensivos y avanzaron hacia las cañoneras, pero los pequeños satélites eran incapaces de generar la energía suficiente para atravesar el grueso blindaje imperial.

Cada cañonera Skipray tomó como objetivo a uno de los pequeños satélites y lanzó una nube de energía chisporroteante con sus cañones iónicos. Los satélites defensivos volvieron a activarse y se prepararon para hacer fuego de nuevo, pero un momento después todas las luces se apagaron.

—Los cañones iónicos han quemado los circuitos —anunció Lobot con su voz impasible—. Todos los satélites han dejado de funcionar.

Las Skiprays avanzaron para desencadenar otro ataque y dispararon sus cañones láser, y esta vez convirtieron los satélites defensivos en vapores de metal fundido.

—Seguimos teniendo el blindaje de la estación —dijo Lando, pero su voz temblorosa ya traicionaba su falta de confianza.

La lanzadera de asalto modificada situada en el centro de la armada se dirigió hacia una de las puertas espaciales inferiores. Después hubo un estrépito ahogado y ruidos metálicos procedentes de los niveles inferiores de la estación cuando algo grande y pesado chocó con el blindaje exterior..., y se quedó allí.

— ¿Qué están haciendo? —preguntó Lando.

—La lanzadera de asalto modificada se ha adherido al muro exterior de la Estación Buscadora de Gemas —informó Lobot.

— ¿Dónde?

El cyborg calvo inspeccionó las lecturas.

—En uno de los hangares de equipo. Creo que están intentando abrirse paso por la fuerza.

Lando descartó esa posibilidad con un meneo de la mano.

—Bueno, pueden llamar pero no pueden entrar. —Sonrió nerviosamente—. Basta con que nos limitemos a mantener cerradas todas las escotillas. El blindaje de nuestra estación debería aguantar.

—Discúlpame, pero creo que ya sé en qué consiste esa modificación —dijo Jaina—. Creo que planean perforar los muros de la estación. Esas protuberancias que vimos parecían dientes, así que supongo que se abren paso a través del metal.

—No de este metal. —Lando meneó la cabeza—. El muro de la estación tiene un blindaje doble. Nada podría abrirse paso a través de él.

—Creía que habías dicho que las gemas corusca podían atravesar cualquier cosa —intervino Jacen.

Lando volvió a menear la cabeza.

—Claro, pero eso exigiría todo un cargamento de gemas corusca de calidad industrial y... —Se calló y abrió mucho los ojos—. Bueno... Eh... Hemos enviado algunas gemas de calidad industrial desde que iniciamos nuestras operaciones a gran escala.

Lando cogió un comunicador y habló por él.

—Aquí Lando Calrissian: todos los efectivos de seguridad deben ir al hangar de equipo inferior número... —se inclinó sobre el hombro de Lobot para echar un vistazo a la pantalla—, número treinta y cuatro. Que lleven armadura y armamento completos. Estamos a punto de ser abordados por fuerzas hostiles.

Lando sacó un desintegrador del compartimento sellado de armamento incrustado en la cubierta del puente y se volvió hacia Lobot.

—Nadie entra en mi estación sin mi permiso. —Echó a correr pasillo abajo, gritando por encima del hombro mientras corría—. ¡Buscad un sitio seguro y quedaros allí, chicos!

Y los jóvenes Caballeros Jedi le siguieron, naturalmente.

Guardias de la estación con uniformes acolchados azul oscuro llegaban a la carrera por los cruces de los pasillos. Los colores suaves y los sonidos de la naturaleza de la Estación Buscadora de Gemas parecían extrañamente fuera de lugar, y ya no resultaban relajantes entre el caos de preparativos defensivos y el estrépito de las alarmas que no paraban de chillar.

Cuando llegaron al hangar de equipo inferior 34, un pelotón de guardias de la estación ya había ocupado sus posiciones detrás de los recipientes de almacenamiento y módulos de suministros y tenía sus rifles desintegradores apuntando hacia la pared.

Jaina oyó un sonido estridente y metálico que le hizo vibrar los dientes. Una sección circular del muro exterior empezó a relucir, y Jaina pudo imaginarse a la lanzadera de asalto al otro lado, unida a la Estación Buscadora de Gemas como una gigantesca anguila abisal preparada para entrar en combate, royendo el blindaje de la estación para abrirse paso a través de él.

Una brillante línea blanca apareció en el círculo cuando un diente de gema corusca atravesó la gruesa plancha.

Ya era un poco tarde para pensar en ello, pero Jaina esperó que el contacto establecido por la nave atacante sobre la estación fuese hermético y no dejase escapar el aire.

Uno de los guardias de la estación de Lando no pudo resistir por más tiempo la abrumadora tensión y disparó dos veces su rifle desintegrador. Los haces rebotaron en el muro y dejaron una mancha descolorida en el casco interior, pero las mandíbulas de la máquina taladradora siguieron royendo las planchas.

Un gran disco de casco exterior se desprendió con un destello, una nube de vapor y el *crump* de los pequeños explosivos adheridos a él, cayó sobre el suelo del hangar de equipo.

Las fuerzas de seguridad de Lando empezaron a hacer fuego inmediatamente incluso antes de que se despejara el humo, pero el enemigo que había al otro lado tampoco esperó ni un instante. Docenas de soldados de las tropas de asalto imperiales protegidos con sus armaduras blancas irrumpieron por el agujero en un estallido tan incontenible como el de una colmena de lagartos-hormigas que Jacen había tenido en su colección de mascotas exóticas hacía tiempo. Los soldados de las tropas de asalto dispararon mientras se lanzaban a la carga, pero Jaina sintió un cierto alivio al ver que sólo usaban los arcos azulados de los haces aturdidores.

Cuatro soldados de las tropas de asalto se desplomaron con agujeros humeantes en sus armaduras blancas, pero más y más soldados surgían de la lanzadera de asalto. La atmósfera del hangar de equipo quedó surcada por el brillante zigzaguear de los haces de energía.

Alzándose detrás de los soldados de las tropas de asalto, envuelta en sombras y en nubes de humo, había una mujer alta y siniestra vestida con una capa negra que llevaba unas protuberancias puntiagudas en cada hombro. Su abundante melena color ébano se agitaba como las alas de un ave de presa. A pesar de su creciente terror, Jaina vio que los ojos de la mujer eran de un color impresionante, como el violeta de las flores iridiscentes de la jungla de Yavin 4. Jaina sintió una repentina opresión en el corazón, igual que si unas manos de hielo acabaran de tensarse a su alrededor.

La ominosa mujer oscura entró por el agujero humeante del muro de la Estación Buscadora de Gemas sin prestar ninguna atención a los continuos disparos. Una tenue corola azul eléctrico de chispas estáticas flotaba a su alrededor, como si estuviera envuelta por las potentes descargas que habían hecho bambolearse al *Mano Veloz* en las tempestades atmosféricas de Yavin.

— ¡Recordad que no debéis hacer ningún daño a los chicos! —gritó la mujer.

Su voz era grave y hablaba despacio, pero cada palabra contenía un matiz de amenaza tan afilado como una navaja.

La mención de los chicos hizo que Lando girase sobre sí mismo para ver que Bajie y los gemelos le habían seguido.

— ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó—. ¡Venga, tenemos que poneros a salvo!

Señaló la entrada con su desintegrador. Después, como si se le acabara de ocurrir en el último momento, se dio la vuelta y disparó tres veces más, acertando de lleno en el pecho a uno de los soldados de las tropas de asalto de armadura blanca.

Jacen y Jaina echaron a correr por el pasillo. Bajie, que no necesitaba más estímulos, gritó mientras corría.

Lando les siguió a la carrera.

—Supongo que teníais razón —dijo jadeando—. No sé por qué, pero vienen a por vosotros.

—No soy más que un simple androide —gimoteó Teemedós—. Espero que no me quieran a mí.

Una serie de explosiones ahogadas hizo erupción detras de ellos, y una onda expansiva de calor onduló por los pasillos metálicos de la estación haciendo que los chicos se tambalearan.

Lando recuperó el equilibrio y sostuvo a Jaina.

—Tuerce a la derecha —boqueó—. Ahí arriba.

Continuaron corriendo. Más disparos desintegradores les siguieron, y después hubo una tercera explosión. Lando apretó los dientes.

—No ha sido un buen día —gruñó.

—Estoy totalmente de acuerdo con esa opinión —dijo la vocecita chillona de Teemedós desde el cinturón de Bajie.

— ¡Aquí! Entrad en la cámara de envíos.

Lando movió la mano, indicándoles que se detuvieran delante de la puerta protegida con una barricada de la sala de lanzamiento donde habían visto las cápsulas de carga y a los androides que colocaban las gemas corusca para el envío automatizado.

Lando tecleó un código de acceso, pero le temblaban los dedos. Una luz roja empezó a parpadear. ACCESO DENEGADO. Lando siseó algo ininteligible y volvió a teclear el número. Esta vez el parpadeo de la luz fue de color verde, y las gruesas puertas triples se abrieron con un silbido. Los dos androides con exoesqueleto de cobre seguían llenando las hipercápsulas al otro lado de ellas.

—Disculpenme —dijo un androide, pareciendo un poco irritado—. ¿Tendrían la bondad de dejar de producir esas explosiones? Las vibraciones hacen que el procesado nos resulte mucho más difícil.

Lando ignoró a los androides mientras empujaba a los chicos hacia el interior de la cámara.

—No podemos sacaros de aquí porque esas cañoneras os pillarían antes de que pudierais daros cuenta, pero éste es el sitio más seguro de la estación. Yo me quedaré fuera y protegeré la puerta —añadió, aferrando su desintegrador y fingiendo confianza.

Bajie gruñó, obviamente deseoso de luchar, pero Lando dejó caer la mano sobre el panel de emergencia antes de que Jacen o Jaina pudieran decir nada. Las gruesas puertas se unieron con un golpe metálico, dejándolos encerrados dentro de la cámara.

Jacen pegó la oreja al grueso panel y escuchó, pero sólo pudo oír los sonidos ahogados de la batalla. Bajie, con el erizamiento de su pelaje color canela indicando que estaba preparado para combatir, se estrujó sus grandes nudillos.

Jaina recorrió la cámara con la mirada, buscando cualquier cosa que les ayudara a luchar.

—Eh, ¿hay algún arsenal aquí dentro? —les chilló Jacen a los androides—. ¿Tenéis alguna clase de armamento?

Los androides interrumpieron su labor de empaquetado e hicieron girar lisas cabezas de cobre hacia él para contemplarle con sus relucientes sensores ópticos.

—Le ruego que no nos moleste, señor —dijeron, y después reanudaron sus tareas—. Tenemos un trabajo esencial que hacer.

El sonido de disparos se incrementó repentinamente al otro lado de la puerta. Jaina apartó a Jacen de ella de un tirón cuando oyó gritar a Lando. La puerta vibró bajo el impacto de los haces de energía, y después todo quedó en silencio. Jaina esperó, retrocediendo lentamente y clavando la mirada en los ojos color castaño dorado de su hermano gemelo. Los dos tragaron saliva. Bajie dejó escapar una especie de débil gimoteo. Los androides de muchos brazos siguieron trabajando impasiblemente.

Un diluvio de chispas se deslizó alrededor de una parte de la puerta cuando los cortadores láser de gran calibre se abrieron paso a través de ella, rebanando una sección.

— ¿Crees que podrías inventar alguna clase de arma para nosotros en los próximos segundos? —preguntó Jacen.

Jaina se devanó los sesos en busca de inspiración, pero su capacidad de inventiva se mostró incapaz de ayudarla.

La puerta se partió por la mitad, deritiéndose y echando humo. La brecha de seguridad activó una nueva alarma, pero los sonidos que produjo resultaban lamentablemente ridículos y superfluos en el ya abrumador estrépito de la batalla para hacerse con el control de la Estación Buscadora de Gemas.

Los soldados de las tropas de asalto entraron por el hueco.

Los dos androides empaquetadores fueron con indignada velocidad hacia los soldados de las tropas de asalto.

—Alerta de intrusos —dijo uno de los androides—. Advertencia. No está permitida ninguna entrada no autorizada. Deben volver a...

Como respuesta los soldados de las tropas de asalto dispararon con todas sus armas, convirtiendo a los dos androides de exoesqueleto de cobre en masas de componentes humeantes que cayeron ruidosamente al suelo para sisear y echar chispas en él.

Jaina vio a Lando caído inconsciente en el suelo delante de la puerta, con su capa formando un pequeño lago verde a su alrededor y el brazo derecho extendido hacia adelante y todavía empuñando el desintegrador.

La imponente mujer oscura entró en la cámara y sus ojos violetas se posaron en los tres compañeros. Los soldados de las tropas de asalto alzaron sus pistolas hacia Jacen, Jaina y Bajocca.

— ¡Espera! —exclamó Jaina—. ¿Qué quieres?

— ¡No permitáis que manipulen vuestras mentes! —gritó la mujer oscura volviéndose hacia los soldados de las tropas de asalto—. ¡Dejadles sin sentido!

Antes de que Jaina pudiera decir nada más, unos cegadores arcos azulados salieron disparados hacia ella y los demás, y todos sucumbieron bajo una oleada de inconsciencia.

Jaina se hundió en la negrura.

5

En Yavin 4, Tenel Ka estaba recorriendo los baluartes del Gran Templo que albergaba la Academia Jedi de Luke Skywalker. Tal como convenía a una guerrera de Dathomir, llevaba una armadura de escamas que brillaban como si acabaran de ser frotadas..., como así había sido. Su cabellera dorado rojiza estaba recogida en una multitud de trenzas ceremoniales, cada una de ellas decorada con cuentas o plumas. Sus impasibles ojos grises escrutaban los cielos plomizos en busca de cualquier señal de la nave que traería a la temida embajadora de su abuela.

El viento agitó las trenzas cargadas de adornos alrededor de su rostro, y Tenel Ka las apartó con una mueca de irritación. El aire húmedo parecía opresivo y cargado de amenazas. La estación seca de Yavin ya había terminado.

Tenel Ka notó un molesto cosquilleo en las profundidades de su mente que le indicó que algo estaba a punto de ocurrir, como si un rayo fuera a caer del cielo sobre ella de un momento a otro. Suspiró. Las mensajeras y enviadas diplomáticas de su abuela podían ser tan letales como el rayo.

Eran capaces de matar a un enemigo, o incluso a un amigo, para asegurar que la sucesión al trono de Hapes recayese en la persona que deseaban tuviera el poder. Se rumoreaba que los asesinos de su abuela habían matado al tío de Tenel Ka, el hermano de su padre el príncipe Isolder.

Tenel Ka se sobresaltó cuando una gota de lluvia tan caliente como la sangre cayó sobre su brazo desnudo con un ruido líquido. No hacía frío, pero se estremeció.

Los sentimientos que albergaba hacia su abuela eran complejos: la joven la admiraba, y al mismo tiempo la despreciaba. Tenel Ka prefería vestirse con la armadura de piel de lagarto de las guerreras de Dathomir, igual que su madre, en vez de llevar las finas telarañas de seda de la Casa Real del Cúmulo de Hapes.

Hasta el momento Tenel Ka había conseguido mantener un delicado equilibrio entre el complacer a su abuela y el irritarla. Sabía que si iba demasiado lejos, cualquier día podía recibir la visita de unos asesinos.

Una rama de rayos chisporroteó a través de aquel cielo ominoso y fue seguida por un retumbar de truenos. Tenel Ka siguió yendo y viniendo de un lado a otro por la cima del templo como si fuese un animal enjaulado, y su agitación se fue incrementando a medida que recorría el borde de la pirámide y se preguntaba por qué la embajadora Yfra no venía. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se dio cuenta de que Luke Skywalker se había reunido con ella en la plataforma de observación hasta que lo tuvo directamente delante.

El Maestro Jedi le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos. La paz y el calor fluyeron de él, y Tenel Ka sintió que empezaba a relajarse.

—Hay un mensaje para ti en el Centro de Comunicaciones —dijo Luke en voz baja y suave—. ¿Quieres que esté presente mientras hablas con la embajadora?

Tenel Ka no pudo reprimir un estremecimiento de repugnancia cuando pensó en la emisaria de su abuela y en sus delgados y pálidos labios.

—Vuestra presencia sería... —se calló durante un momento, buscando las palabras adecuadas—, sería un honor para mí, Maestro Skywalker.

Tenel Ka permanecía erguida, manteniendo la cabeza alta mientras contemplaba a la embajadora de su abuela en la visipantalla del Centro de Comunicaciones, encarándose con una imagen que pese a toda su aparente crueldad todavía conservaba rastros de orgullosa belleza. Los ojos y el cabello de la embajadora Yfra eran del color de la plata pulida.

—Nuestras reuniones en Coruscant consumieron más tiempo de lo que habíamos previsto, muchacha —estaba diciendo Yfra, y su tono de voz indicaba que no estaba acostumbrada a que le hiciesen preguntas—. En consecuencia, nuestro encuentro debe ser retrasado dos días.

Tenel Ka no mostró ninguna señal exterior de su incomodidad, pero sintió que el corazón le daba un vuelco. Jacen, Jaina y Bajie habrían vuelto mucho antes. Tenel Ka envió una mirada suplicante a Luke.

El Maestro Jedi dio un paso hacia adelante y habló con afable suavidad.

—Tal vez yo podría llevar a la princesa de Hapes para que se reuniera con usted en Coruscant —sugirió.

Los labios de la embajadora Yfra se curvaron en lo que Tenel Ka sabía pretendía ser una sonrisa llena de amabilidad, pero no había dulzura ni conciliación en sus ojos.

—Tengo órdenes específicas de observar a la heredera de Hapes en el lugar donde estudia.

Tenel Ka abrió la boca para hablar, pero la luz de emergencia que se encendió de repente al lado de la pantalla le ahorró el tener que hacerlo. Luke reaccionó al instante.

—Estamos recibiendo una comunicación con acceso de prioridad, embajadora Yfra. Tenga la bondad de esperar —dijo, y cambió el canal antes de que la embajadora hubiese tenido una oportunidad de replicar.

El oscuro rostro de Lando Calrissian apareció en la pantalla, sus apuestos rasgos afeados por un fruncimiento de preocupación. Sus ojos un poco vidriosos estaban llenos de confusión. Su cabellera estaba despeinada y sus ropas arrugadas, y las sirenas de alarma chillaban en la lejanía.

—Luke, amigo, no estoy seguro de cómo ha ocurrido exactamente —jadeó—. Ellos... Les frieron los circuitos a nuestros satélites de seguridad, abordaron la estación... Deben de habernos dejado inconscientes con rayos aturdidores. Estamos bien, pero... —Los ojos atormentados de Lando se cerraron y su mandíbula se tensó—. Jacen, Jaina y Bajocca han desaparecido. Han sido secuestrados.

Luke respiró hondo. Tenel Ka supuso que estaba utilizando una técnica Jedi para mantener la calma, pero con menos éxito de lo habitual. Su cuerpo parecía relajado, pero sus ojos azul claro brillaban con la letal intensidad de un rayo láser. Una mano convertida en un puño apretado estaba pegada a su costado.

— ¿Quién hizo eso? —preguntó secamente.

Lando meneó la cabeza.

—No sabemos quién tiene a los chicos o por qué, pero tengo a mis mejores hombres trabajando en ello. De todas maneras se trataba de alguien relacionado con el Imperio, de eso podemos estar seguros.

—Estaré allí antes de una hora —dijo Luke, alargando la mano hacia el comunicador.

—Un momento —dijo Tenel Ka—. Son mis amigos. Sé cómo piensan. Sé lo que harían. No puedo quedarme escondida aquí en un rincón mientras ellos corren peligro. Por favor... He de ir contigo.

Luke asintió.

—Tu presencia me... honraría —respondió, como en un eco de las palabras que había dicho Tenel Ka hacía un rato. Sus ojos volvieron a la imagen de Lando—. Estaremos allí antes de una hora —se corrigió, y después cambió el canal a la frecuencia de comunicación de la embajadora.

La embajadora Yira tenía la boca abierta como si se preparase a protestar ante una manera tan descortés de tratarla, pero Luke se le adelantó.

—Lamento haberla hecho esperar, embajadora, pero ha surgido una emergencia que requiere tanto mi presencia como la de la princesa. Me temo que deberemos posponer cualquier plan para reunimos con usted hasta que esta situación haya sido resuelta. Le ruego que transmita nuestros respetuosos saludos a la Casa Real de Hapes.

Después cortó la conexión con una pequeña reverencia.

Tenel Ka estaba preocupada por sus amigos, pero aun así la destreza con que el Maestro Skywalker había manejado a la embajadora Yfra hizo que no pudiera evitar sentir una cierta satisfacción.

Luke se volvió hacia ella y la miró.

—Estoy seguro de que la embajadora no está acostumbrada a que le impongan un retraso con tan poca explicación, pero tenemos cosas más importantes que hacer en estos momentos.

Tenel Ka asintió enfáticamente.

—Es un hecho comprobado.

Tenel Ka intentó ser imparcial y no dejarse dominar por las emociones mientras el Maestro Skywalker pilotaba expertamente la lanzadera hacia la Estación Buscadora de Gemas. Necesitaba mantenerse impasible y alerta para buscar

cualquier pista que pudiera ayudarles a recuperar a los tres jóvenes Jedi, los mejores amigos que había tenido jamás.

Las luces multicolores de la estación parpadearon mientras las puertas del hangar de atraque se abrían y Luke hacía avanzar la lanzadera para posarla dentro de él. En cualquier otro momento Tenel Ka tal vez se hubiera fijado en lo que la rodeaba y habría percibido todo el ingenio y capacidad técnica invertidos en la construcción de la estación, pero apenas se abrieron las puertas de la lanzadera fue bruscamente atacada por una sensación de oscuridad y violencia que flotaba en el ambiente, como si nada fuese lo que debía ser.

Lando Calrissian, preocupado y todavía despeinado y con la ropa arrugada, fue a recibirles a la lanzadera. Movi6 una mano indicando a Luke y Tenel Ka que le siguieran, y los llev6 hasta el hangar de envíos sellado donde había tenido lugar el último combate.

Tenel Ka recorrió la cámara con los ojos, viendo las quemaduras dejadas por los rayos desintegradores en las paredes y el techo del pasillo exterior, los riachuelos congelados de plastiacer0 derretido y los fragmentos de metal destrozado. Después vio cómo Luke hincaba una rodilla en el suelo, ponía las dos manos sobre las planchas y dejaba que sus ojos se cerrasen.

—Sí, ocurrió aquí—murmuró. Hizo unas cuantas inspiraciones muy profundas y después clavó el penetrante azul de su mirada en el rostro de Lando—. No te culpes —dijo—. Luchaste valientemente.

El rostro de Lando estaba lleno de pena y meneó la cabeza.

—Pero no fue suficiente, amigo. No pude salvarles. —Una sombra de ira y reproche dirigido contra sí mismo se infiltró en su voz—. Estaba demasiado ocupado intentando defender mi estación, pensando que eran piratas que habían venido a robar mis gemas corusca... Ni siquiera comprendí que andaban detrás de los chicos hasta que fue demasiado tarde.

Tenel Ka se dio cuenta de que Luke ni condenaba ni perdonaba a Lando. El Maestro Jedi se limitó a escuchar.

Lando acabó volviendo a hablar en voz muy baja.

—Si hay algo que necesites para que te ayude a dar con ellos... Mi estación, una nave, una tripulación... Lo que sea, cualquier cosa...

La oferta de ayuda de Lando fue interrumpida por la llegada de su ayudante Lobot, cuyos implantes de ordenador craneales brillaban con un despliegue de luces que cambiaba incesantemente.

—Hemos acabado de tapar la brecha del casco en el hangar de equipo inferior número treinta y cuatro —dijo sin más preámbulos.

Lando se volvió hacia Luke y Tenel Ka, y un fruncimiento de indignación le llenó la frente de arrugas.

—Nos rajaron como si fuésemos una lata de raciones de emergencia —dijo.

El cyborg calvo asintió, corroborando sus palabras.

—Su equipo estaba especialmente diseñado para eliminar una sección del casco.

—Sólo conozco una cosa que tenga bordes lo suficientemente afilados para abrirse paso a través del duracero tan deprisa —siguió diciendo Lando—, y es...

—Una gema corusca —terminó Luke por él. —De calidad industrial —añadió Lobot.

—Exacto —dijo Lando con voz abatida—. Utilizaron nuestras propias gemas contra nosotros.

—Raras y caras —dijo Lobot—. No son algo que cualquiera pueda comprar.

Tenel Ka vio cómo un repentino destello de esperanza iluminaba los ojos de Luke.

— ¿Podrías decirnos dónde se vendieron los envíos de ese tipo de gemas?

Lando se encogió de hombros.

—Como ha dicho mi amigo, las gemas de calidad industrial son muy raras —dijo—. Sólo hemos hecho dos envíos desde que iniciamos nuestras operaciones mineras

—añadió, y dirigió una mirada interrogativa a su ayudante cyborg.

Lobot presionó un panel en la parte de atrás de su cabeza y la inclinó hacia un lado como si estuviera escuchando una voz que nadie más podía oír. Un momento después asintió.

—Los dos envíos fueron vendidos a través de nuestro agente en Borgo Prima.

— ¿Puedes averiguar a quién se los vendió? —preguntó Luke

—Lo dudo —respondió Lando—. Los distribuidores de gemas son bastante quisquillosos. Pagan un buen porcentaje, pero guardan celosamente sus secretos. Temen que dejemos de necesitar a los intermediarios si sabemos quiénes son sus clientes.

—Entonces debemos ir a Borgo Prima y averiguarlo por nuestros propios medios —dijo Tenel Ka con apasionada decisión.

Luke le sonrió con dulzura, y después se volvió nuevamente hacia Lando.

—Y de todas maneras, ¿qué es Borgo Prima?

—Un asteroide espaciopuerto y centro comercial. También es un punto de reunión para comerciantes, ladrones, asesinos, contrabandistas..., las heces de la galaxia. —Lando miró a Luke y le sonrió—. Es un sitio muy parecido al local de Mos Eisley en Tatooine. Te sentirás como en casa.

Tenel Ka esperó en silencio mientras el Maestro Skywalker se enfrentaba a la pantalla en el Centro de Comunicaciones de la Estación Buscadora de Gemas.

Han Solo estaba inmóvil con un brazo alrededor de su esposa Leia, que era sostenida al otro lado por Chewbacca, el tío de Bajie.

Tenel Ka examinó las imágenes de la pantalla y acabó decidiendo que en aquel momento Leia Organa Solo parecía mucho más una madre preocupada que una líder de gran poder político.

—Pero son nuestros hijos, Luke —estaba diciendo—. No podemos quedarnos quietos y no hacer nada si están en peligro.

— ¡Ni lo sueñes! —exclamó Han.

—Por supuesto que no —se mostró de acuerdo Luke—. Pero como jefe de Estado de la Nueva República, no puedes permitirte el lujo de exponerte a ese mismo peligro. Moviliza a tus fuerzas. Inicia una investigación. Envía espías y androides de exploración. Pero no te muevas de allí, y actúa como filtro central para la información.

—Muy bien, Luke —dijo Leia—. De momento trabajaremos desde Coruscant, pero en cuanto hayamos hecho todo lo que podemos hacer desde aquí empezaremos a buscarles personalmente.

—Iré a recogerte con el *Halcón* —dijo Han.

—Dame diez días estándar antes —le pidió Luke—. Tengo una pista que voy a seguir ahora mismo antes de que el rastro se haya enfriado. Tenemos que ponernos en marcha. Os mantendremos informados de nuestros progresos.

— ¿«Nuestros»? —preguntó Han—. ¿Es que Lando va a ir contigo?

—No —replicó Luke—. La heredera de Hapes me honrará con su compañía —dijo, señalando a Tenel Ka con la mano.

—Te agradecemos tu ayuda —dijo Leia solemnemente.

Tenel Ka se inclinó hacia la pantalla en una corta y envarada reverencia.

—Jacen, Jaina y Bajocca tienen sobre mí un derecho más fuerte que el del honor —dijo—. Tienen mi amistad.

El rostro de Leia se suavizó.

—Entonces también te debo mi gratitud como madre.

Chewbacca soltó un gruñido que Tenel Ka sólo pudo interpretar como una declaración de que estaba de acuerdo con ella.

—Los encontraremos, no os preocupéis —dijo Luke en un tono repentinamente apremiante—. Pero tenemos que irnos ahora mismo. Han levantó el mentón y sonrió a Luke

—De acuerdo, chico: ponte en movimiento.

Leia volvió a hablar un instante antes de que se cortara la comunicación.

—Y que la Fuerza os acompañe.

6

Jaina volvió a la consciencia con Bajie sacudiéndole los hombros. El alto y desgarbado wookiee siguió soltando gimoteos quejumbrosos hasta que Jaina gimió y despertó, abriendo y cerrando los ojos.

Una oleada de sensaciones desagradables recorrió todo su ser: estómago revuelto, cabeza palpitante, articulaciones doloridas... Eran los efectos residuales de los haces aturdidores de los soldados de las tropas de asalto. El cuerpo humano no estaba diseñado para quedar inconsciente bajo el impacto de un chorro de energía. Además le zumbaban los oídos, pero sus instintos le dijeron que los sonidos eran reales y que se trataba de las profundas vibraciones de una gran nave moviéndose en hiperimpulsión.

Jaina, no muy segura de si se atrevía a correr el riesgo de adoptar una posición más vertical, volvió cautelosamente la cabeza. Vio que ella, Jacen y Bajocca estaban juntos en una pequeña habitación que no tenía nada de particular. Jaina respiró hondo, se rascó su lacia cabellera castaña y deslizó las manos por su mono de vuelo manchado de grasa para asegurarse de que todo seguía estando intacto.

Un instante después Jaina recordó repentinamente el ataque a la Estación Buscadora de Gemas, y se irguió tan deprisa que una nueva oleada de náuseas recorrió todo su cuerpo y sintió un estallido de dolor en sus sienes. Jadeó, y después se obligó a relajarse y a dejar que una parte del dolor se disipara.

Jacen ya estaba sentándose encima de un angosto catre, frotándose sus ojos castaño dorados y deslizando largos dedos a través de su enmarañada cabellera. Parecía muy confuso, y Jaina captó la profunda agitación que emanaba de su hermano.

—No tengo ni idea de dónde estamos —dijo Jacen.

Bajocca también emitió un sonido interrogativo lleno de abatimiento.

—Por lo menos estamos todos juntos —dijo Jaina—, y no nos han puesto ninguna clase de ataduras.

Alzó las manos, sorprendida al ver que los imperiales no habían separado a sus prisioneros ni los habían atado. Un pequeño nicho de la pared contenía agua y una bandeja de comida. A juzgar por su aspecto, Bajie ya había probado parte de la fruta.

—Eh, me pregunto qué le habrá ocurrido a toda la gente de la Estación Buscadora de Gemas... ¿Qué suponéis que le hicieron a Lando? —preguntó Jacen.

Jaina se encogió de hombros, sintiéndose todavía un poco mareada.

—Vi a Lando yaciendo inconsciente en el suelo un instante antes de que nos dejaran sin sentido. Pero no creo que planearan matarle. Tampoco estaban buscando gemas corusca. Parece ser que sólo nos querían a nosotros tres.

—Sí—asintió Jacen con abatimiento—. Eso hace que te sientas bastante valioso, ¿eh?

Bajie soltó un gruñido.

Jaina se levantó y se estiró, sintiéndose mejor a medida que iba moviéndose.

—Pero supongo que estoy bien —dijo—. ¿Qué tal estáis vosotros dos?

Jacen le dirigió una sonrisa tranquilizadora, y Bajie inclinó su peluda cabeza en un gesto de asentimiento. La franja de pelaje negro que pasaba por encima de sus cejas estaba erizada por la inquietud. El joven wookie se la alisó y soltó un gruñido.

Fue entonces cuando Jaina se dio cuenta de que había otra cosa que andaba mal. Bajó la mirada hacia la cintura de Bajie, pero el androide traductor miniaturizado ya no estaba allí.

— ¡Bajie! ¿Qué le ha ocurrido a Teemedós?

Bajie emitió un extraño sonido lleno de tristeza y se dio unas palmaditas en la cintura.

—Los imperiales deben de habérselo quitado —dijo Jaina—. ¿Qué quieren?

—Oh, solamente adueñarse de la galaxia, causar un montón de problemas..., hacer daño a un montón de personas. Ya sabes, lo de siempre —respondió Jacen con burlona jovialidad. Fue hasta la lisa puerta metálica—. Hmmm... Probablemente está cerrada, pero no veo qué hay de malo en intentarlo —añadió, y presionó los controles con los dedos.

Jaina, muy sorprendida, vio cómo la puerta se deslizaba a un lado con un zumbido para revelar a un guardia en posición de firmes al otro lado del umbral. Un soldado de las tropas de asalto con un casco blanco que parecía una calavera se volvió hacia ellos.

— ¡Caramba! —exclamó Jacen, y enseguida bajó la voz—. Bueno, por lo menos la puerta se abre.

—Quizá no son capaces de averiguar cómo hay que cerrar una puerta —dijo Jaina—. Acordaos de lo poco fiable y tosca que es la tecnología imperial. —Permitió que el sarcasmo se fuera infiltrando en su voz en beneficio del guardia—. Y ya sabes lo pésimas que son las armaduras de los soldados de las tropas de asalto. Probablemente ni siquiera conseguiría detener un desintegrador de agua.

—Probemos a salir y pasar junto a él —sugirió Jacen en un susurro de actor de melodrama, viendo que el soldado no se había movido—. Tal vez no nos detenga.

El soldado de las tropas de asalto se llevó el rifle desintegrador al hombro.

—Esperad aquí.

La voz filtrada que surgía del casco blanco carecía de inflexiones, pero aun así conseguía sonar amenazadora. El guardia habló en voz baja por el comunicador de su casco, y después volvió a encerrar a los tres jóvenes Caballeros Jedi dentro de su celda.

Los tres permanecieron inmóviles en un nervioso silencio durante un instante.

—Podríamos contar chistes —acabó sugiriendo Jacen.

La puerta de la celda volvió a abrirse antes de que Jaina pudiese pensar en una respuesta adecuada. Esta vez al lado del soldado se alzaba la imponente y siniestra mujer que había dirigido el asalto a la Estación Buscadora de Gemas. Jaina hizo una rápida inspiración.

La negra cabellera de aquella mujer alta y delgada fluía como olas de oscuridad sobre sus hombros, y su capa color ébano chispeaba con destellos de pequeñas gemas pulimentadas que se arremolinaban a su alrededor como un cielo nocturno lleno de estrellas. Sus labios eran de un oscuro color vino, como si acabara de comer una fruta demasiado madura. La mujer era hermosa, pero su belleza era cruel y amenazadora.

—Bien, Caballeros Jedi, así que por fin estáis despiertos —dijo secamente. Su voz era grave y un poco pastosa, sin un solo rastro del siseo que Jaina había esperado oír—. Debo empezar diciendo lo mucho que me habéis desilusionado. Había esperado más resistencia por parte de unos estudiantes tan poderosos ya adiestrados en la Fuerza. ¡Vuestras defensas Jedi fueron lamentables! Pero nosotros cambiaremos eso. Se os enseñarán nuevos caminos... realmente efectivos.

La mujer giró sobre un talón y su capa negra onduló a su alrededor como una nube de humo.

—Seguidme —dijo, y salió al pasillo.

—No —respondió Jaina—. ¿Quién te piensas que eres? ¿Por qué nos has traído aquí contra nuestra voluntad?

— ¡He dicho que me sigáis! —repitió la mujer.

Cuando no hicieron ningún movimiento para obedecerla, la mujer les señaló con sus brillantes uñas y movió los dedos.

De repente Jaina tuvo la sensación de que un largo y elástico cordón invisible se había enroscado alrededor de su cuello. La mujer curvó el dedo, tirando de Jaina como si fuese un animalito doméstico sujeto a una correa. Jaina se tambaleó cuando la cuerda invisible la sacó de la celda.

Bajocca y Jacen estaban luchando contra ataduras de Fuerza similares, y el wookiee aullaba su desafío. A pesar de sus esfuerzos, los tres jóvenes fueron arrastrados por correas de Fuerza que los obligaron a ir por el pasillo tambaleándose y tropezando.

—Si os gusta, puedo seguir haciéndolo durante todo el trayecto hasta el puente —dijo la mujer, con sus labios rojo oscuro curvados en una sonrisa burlona—. O podéis ahorrar vuestras energías para ofrecer una resistencia más productiva luego.

—Muy bien —graznó Jaina, percibiendo que aquella mujer tenía poderes Jedi que ella no podía igualar..., por lo menos de momento.

Los lazos de la Fuerza se esfumaron y los compañeros se quedaron inmóviles, jadeando y temblando. Se miraron unos a otros con los ojos llenos de ira y humillación, sabiendo que habían sido vencidos.

Jaina fue la primera en recuperarse. Tragó saliva, se irguió, levantó el mentón y siguió a la mujer de negro. Su hermano y Bajie empezaron a avanzar detrás de ella.

— ¿Quién eres? —preguntó Jaina pasado un rato.

La mujer se detuvo a mitad de un paso, como si estuviera pensando que respuesta debía dar, y acabó contestando a su pregunta.

—Me llamo Tamith Kai. Soy de una nueva orden de Hermanas de la Noche.

— ¿Hermanas de la Noche? ¿Quieres decir como las de Dathomir? —preguntó Jacen.

Jaina se acordó de las historias que les había contado su amiga Tenel Ka cuando le tocaba el turno de asustarles antes de que practicasen las técnicas de relajación Jedi, esas historias sobre las horribles mujeres malignas que habían deformado la civilización de su mundo en tiempos pasados.

Tamith Kai miró a Jacen con sus labios color vino fruncidos en una mueca a medio camino entre un gruñido y una sonrisa.

— ¿Has oído hablar de nosotras? Excelente. Mi planeta es rico en capacidades para emplear la Fuerza, y el Imperio nos ha ayudado a resurgir. Ahora tal vez comprenderás que no podéis resistiros. La cooperación, por otra parte, será recompensada.

—No cooperaremos contigo —la desafió Jaina.

—Sí, sí, claro —dijo Tamith Kai, como si se aburriese—. Todo a su tiempo.

—Eh, ¿adonde nos llevas? —preguntó Jacen.

El joven Caballero Jedi apretó un poco el paso para mantenerse a la altura de su hermana. Bajie avanzaba detrás de ellos, gruñendo y tocándose la cintura como si realmente echara de menos a Teemedós.

—No tardaréis en verlo —dijo la Hermana de la Noche—. Ya casi estamos preparados para salir del hiperespacio.

Los cuatro subieron a una plataforma elevadora que los llevó hasta un nivel que daba acceso al puente de la nave que surcaba velozmente el hiperespacio. El único piloto que había presente estaba sentado en un sillón acolchado, encorvado sobre los controles y dándole la espalda. Delante de él Jaina pudo ver los torbellinos de colores del hiperespacio a través de los ventanales del puente.

El piloto extendió su mano izquierda y agarró una palanca mientras una cuenta atrás iba llegando al cero. Después tiró de la palanca y el hiperespacio se desplegó de repente, esfumándose para convertirse en la negrura tachonada de estrellas del espacio normal.

—Estamos cerca de los Sistemas del Núcleo —dijo Jaina inmediatamente, contemplando los grandes campos de estrellas y las cintas de gas interestelar que se amontonaban cerca del centro de la galaxia.

Los Sistemas del Núcleo, muy numerosos y cercanos unos de otros, eran los últimos bastiones del poder imperial y ni siquiera las fuerzas de la Nueva República habían conseguido acabar del todo con ellos. Pero no habían emergido cerca de ningún sistema. Se encontraban suspendidos en el espacio, flotando en el centro de la negrura salpicada de estrellas.

—Hemos llegado a nuestro destino, Tamith Kai —dijo el piloto mientras hacía girar su sillón hasta quedar de cara a ellos.

Jaina sintió que el corazón le daba un vuelco cuando reconoció el rostro cansado y lleno de amargura y la cabellera color gris hierro del antiguo piloto de cazas TIE que había estado atrapado en Yavin 4 durante tantos años.

— ¡Qorl! —exclamó Jacen.

Bajie soltó un rugido de ira.

Qorl había atacado a los jóvenes Caballeros Jedi en las junglas cuando éstos encontraron su caza TIE estrellado e intentaron repararlo. El piloto imperial había disparado contra Bajie y Tenel Ka, quienes habían conseguido huir a la espesura, pero Qorl había hecho prisioneros a Jacen y Jaina.

—Saludos, mis jóvenes amigos. Nunca os di las gracias por reparar mi nave y permitirme volver a mi Imperio.

— ¡Nos traicionaste! —gritó Jaina.

Una oleada de ira dirigida contra el hombre del cerebro lavado inundó todo su ser. Mientras estaban cautivos, los gemelos habían intentado hacerse amigos de Qorl y habían intercambiado historias con él alrededor del fuego del campamento. Jaina había estado segura de que el piloto del TIE se estaba ablandando poco a poco, y que iba comprendiendo que los designios del Imperio estaban llenos de mentiras. Pero al final el condicionamiento militar de Qorl había resultado ser demasiado fuerte.

—Volví tal como habría hecho cualquier soldado y presenté mi informe —dijo Qorl con voz átona—. Estas personas me aceptaron y... volvieron a adoctrinarme. Les hablé de vuestra existencia: jóvenes y poderosos Caballeros Jedi que sólo esperaban ser adiestrados para servir al Imperio.

—Nunca —replicaron secamente Jacen y Jaina al unísono, y Bajocca se unió a las voces de los gemelos con un rugido.

Tamith Kai bajó la vista hacia ellos y les lanzó una mirada burlona. Inmóvil al lado de Qorl, la mujer de cabellos oscuros parecía todavía más alta que antes y más temible y amenazadora que nunca.

—Vuestra ira es buena —dijo—. Alimentadla. Dejad que crezca. La utilizaremos cuando comience vuestro adiestramiento. Pero por ahora... hemos llegado a nuestro destino.

Bajie dejó escapar un gruñido de incredulidad.

Jaina miró por los ventanales delanteros del puente e intentó calmarse. El Maestro Skywalker les había dicho que dejarse dominar por la ira era un camino que llevaba al lado oscuro de la Fuerza. Sabía que no debía perder el control de sí misma, y que debía pensar en alguna otra forma de luchar.

—Estamos en medio del espacio vacío —dijo—. ¿Qué hay aquí para ver?

—El espacio no siempre está vacío —dijo Tamith Kai. Su voz ronca y un poco pastosa había adquirido una cualidad cantarina, como si su mente estuviera pensando en otra cosa—. La realidad no siempre es lo que aparenta.

Qorl verificó las coordenadas en su puesto de control, y después tecleó un código de seguridad.

—Transmitiendo —dijo.

Tamith Kai volvió sus penetrantes ojos violeta hacia los jóvenes Caballeros Jedi.

—Estáis a punto de iniciar una nueva fase de vuestras vidas —dijo, señalando las pantallas visoras—. Mirad.

El espacio tembló y brilló como una manta de invisibilidad repentinamente apartada. De repente una estación espacial apareció suspendida delante de ellos, una gran masa metálica que tenía la forma de un donut. Había emplazamientos de armas espaciados por todo el perímetro de la estación, apuntando en todas direcciones y haciendo que pareciese un collar disciplinario erizado de pinchos para alguna bestia feroz. Altas torres de observación brotaban como pináculos a un extremo de la estación.

Jaina tragó saliva.

—Sistema de camuflaje desconectado —anunció Qorl.

—Vamos, mirad —dijo Tamith Kai, pero no volvió la vista hacia las pantallas visoras. Sus ojos estaban clavados en los jóvenes y relucían con fervor violeta—. Aquí seréis adiestrados como Jedi Oscuros..., para el Imperio.

Qorl habló de repente, recordándole el próximo paso a dar.

—Debemos iniciar el ataque inmediatamente y reactivar el escudo de invisibilidad.

La Hermana de la Noche asintió pero no pareció oírle, y no apartó los ojos ni un solo instante de los jóvenes Caballeros Jedi.

—Bienvenidos a la Academia de la Sombra —susurró.

7

Tenel Ka deslizó una mano por debajo de la red de seguridad del asiento del copiloto y rascó la tela toscamente urdida y nada familiar de su disfraz. Deseó por duodécima vez poder llevar su cómoda armadura de escamas de reptil, que era tan flexible como capaz de proteger y que nunca le irritaba la piel.

Había pasado la mayor parte del viaje hasta Borgo Prima en silencio y sintiéndose intimidada, incapaz de decidirse a hablar. Junto a ella estaba sentado el Maestro Skywalker —el Jedi más famoso y reverenciado de toda la galaxia—, pilotando tranquila y competentemente el *Casualidad*, una vieja nave usada por los contrabandistas para burlar bloqueos que Lando había ganado en una partida de sabacc y que afirmó ya no necesitaba para nada.

La abuela de Tenel Ka había insistido en que el adiestramiento real de la muchacha incluyera la diplomacia y los métodos correctos de dirigirse a individuos de cualquier rango, especie, edad o sexo. Aunque no locuaz, Tenel Ka tampoco era tímida; pero por alguna razón estar a solas con el impresionante Maestro Jedi en el reducido espacio de su diminuta carlinga había hecho que no consiguiera encontrar nada que decir. Intentó pensar, pero su mente aturdida y embotada se negaba a cooperar. El cansancio se pegaba a ella como la ropa empapada de sudor que llevaba. Tenel Ka se removió en su asiento e intentó reprimir un bostezo de puro nerviosismo.

Luke se volvió hacia ella con la sombra de una sonrisa en las comisuras de sus labios.

— ¿Cansada?

—No he dormido mucho —respondió Tenel Ka, avergonzada al ver que el Maestro Jedi había percibido su fatiga—. He tenido malos sueños.

Los ojos azules de Luke se entrecerraron durante un instante como si estuviera buscando un recuerdo, pero enseguida meneó la cabeza.

—Yo tampoco he estado durmiendo muy bien..., pero, cansados o no, no podemos permitirnos el lujo de cometer errores. Repasemos una vez más nuestra historia de cobertura. Dime quién eres.

—Somos comerciantes de Randon. Evitaremos utilizar nombres. Pero si no nos queda más remedio que hacerlo, tú eres litar y yo soy Beknit, tu prima pupila. Comerciamos con tesoros arqueológicos. Somos capaces de quebrantar la ley si eso nos proporciona algún beneficio. Hemos venido de una excavación arqueológica secreta en...

Se quedó callada durante un momento y buscó el nombre del planeta en su cerebro.

—Ossus —la ayudó Luke.

—Ah. Sí, Ossus —dijo Tenel Ka. Respiró hondo mientras grababa el nombre en su mente antes de seguir hablando—. En Ossus descubrimos una bóveda cerrada con un sello de la Antigua República. La cámara del tesoro está incrustada en la

roca y recubierta con planchas de blindaje tan grueso que ningún desintegrador o láser puede atravesarlo.

»No nos atrevemos a volar la roca que rodea la cámara por miedo a destruir el tesoro. Hemos venido a Borgo Prima en busca de gemas corusca de calidad industrial para abrirnos paso a través del blindaje y entrar en la cámara del tesoro. Estamos dispuestos a pagar muy bien el tipo de gemas adecuado.

Tenel Ka contempló con interés la masa oscura e irregular del asteroide Borgo Prima que aparecía en sus ventanales delanteros. La roca había sido ahuecada y convertida en un amasijo de túneles por generaciones de mineros de los asteroides, que buscaban primero un tipo de mineral y luego otro a medida que iban cambiando las condiciones del mercado. Pero ya hacía más de un siglo que Borgo Prima había sido totalmente limpiado incluso de las vetas menos deseables, lo cual había dejado una red de cavernas interconectadas que hacían pensar en una enorme esponja, y que estaban plenamente equipadas con todos los sistemas de apoyo vital y esclusas de transporte que habían necesitado los mineros. Convertir la mina agotada en un espaciopuerto lleno de actividad había sido bastante sencillo.

Luke transmitió la solicitud estándar de permiso para descender y lo recibió sin ninguna dificultad.

—Nos han asignado el hangar de atraque número noventa y cuatro —dijo—. ¿Estás preparada..., eh..., Beknit?

Tenel Ka asintió despreocupadamente.

—Por supuesto, litar.

Luke la observó durante un instante, y una evidente preocupación se extendió por su rostro.

—Ese sitio puede ser bastante duro, ¿sabes? Ya oíste lo que dijo Lando: Borgo Prima está lleno de personas que no tienen conciencia. Ladrones, asesinos, criaturas que son tan capaces de matarte como de saludarte...

—Ah. Aja —dijo Tenel Ka, enarcando una ceja—. Suena como una visita a la corte de mi abuela en Hapes.

Los dos comerciantes randonianos, «litar» y su prima pupila «Beknit», dejaron su nave de contrabandista en la caverna de atraque detrás de una inmensa puerta del hangar y fueron por el corredor que unía el muelle espacial más grande de Borgo Prima con su distrito comercial, que se encontraba en las profundidades del núcleo del asteroide.

A pesar de sus muchos ensayos, Tenel Ka descubrió que le resultaba difícil recordar que se suponía que era una comerciante experimentada y acostumbrada a frecuentar ese tipo de espaciopuertos. No pudo evitar quedarse boquiabierto ante las hileras de grandes edificios prefabricados adosadas a los muros interiores y todas las abigarradas luces de los comercios alienígenas en cúpulas atmosféricas separadas que había a su alrededor.

¡Aquel lugar era tan distinto del mundo primitivo y todavía no domado de Dathomir! Incluso Hapes, con sus tranquilas y majestuosas ciudades —algunas de ellas más grandes que todo aquel asteroide—, no se parecía en nada a los establecimientos chillantemente iluminados del espaciopuerto, que zumbaban con toda una vida propia. Por encima de sus cabezas, a través de la curva transparente del plástiacero que cubría un orificio en el techo, las estrellas y el espacio quedaban prácticamente oscurecidos por las potentes luces de Borgo Prima.

Luke se "quedó inmóvil junto a ella, permitiendo que Tenel Ka pusiera algo de orden en sus pensamientos.

—Nunca habías estado en un sitio como éste, ¿verdad? —preguntó.

Tenel Ka meneó la cabeza y reanudó la marcha mientras buscaba palabras para describir todas aquellas inquietantes emociones.

—Me siento... ridícula. Fuera de lugar —dijo, y deslizó las puntas de sus botas sobre la superficie del corredor, que estaba llena de anuncios saturados de claridad.

Se detuvo para leer un anuncio, y luego leyó otro. El primero contenía una escritura fosforescente que empezó a destellar en cuanto Tenel Ka estuvo un poco más cerca de él.

Atraques de Borgo Muelles espaciales por horas o por meses

El siguiente se limitaba a decir:

Informa todo

Averiguaciones discretas de todas clases completamente confidenciales

Tenel Ka meneó la cabeza.

—No entiendo este sitio —dijo—. Me repele y me..., me atrae al mismo tiempo.

—Ya sabes que no tienes por qué seguir adelante con todo esto —dijo Luke—. Podría hacerlo yo solo.

Tenel Ka comprendió que era totalmente cierto, y la idea le resultó repentinamente incómoda. Volvió a menear la cabeza y deslizó nerviosamente una mano por entre su cabellera, que llevaba suelta al estilo randoniano, con lo que fluía sobre su espalda en una cascada de ondulaciones dorado rojizas como un arroyo bañado por el sol, intentó parecer impasible y segura de sí misma, pero sintió el roce helado de los dedos de la duda hurgando en su mente.

—Haré lo que he de hacer para rescatar a mis amigos —dijo, hablando en el tono más firme y seco del que fue capaz—. ¿Dónde está ese nido o colmena que Lando nos dijo que debíamos encontrar?

Luke señaló otro de los anuncios iluminados a sus pies.

—Creo que acabamos de encontrarlo —dijo con expresión complacida.

La Colmena de Shanko

Bebida y diversión de la mejor calidad

Todas las especies, todas las edades

La imagen plana mostraba un camarero insectoide ofreciendo una docena de bebidas distintas con sus brazos quitinosos de muchas articulaciones. Una hilera de balizas que parpadeaban incrustadas en el pasillo indicaban la dirección de la «colmena».

Tenel Ka se sintió invadida por un repentino ataque de pánico escénico, pero sabía lo importante que era el que se mantuviesen fieles a sus personajes. Se alisó la ropa, carraspeó para aclararse la garganta y miró a Luke.

—Debes de tener mucha sed después de tu largo viaje, litar —dijo.

—Sí. Gracias, Beknit —respondió Luke sin inmutarse—. No me iría nada mal una copa. —Después se inclinó sobre ella—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó en voz más baja.

Tenel Ka asintió con firmeza.

—Estoy preparada para cualquier cosa.

—No esperaba encontrarme con un establecimiento tan grande en un asteroide de este tamaño —dijo Tenel Ka.

Estaba inclinando la cabeza hacia atrás para contemplar las ondulaciones curvadas de la Colmena en forma de cono de Shanko, un edificio gris verdoso envuelto en su propio campo atmosférico. El edificio se elevaba como mínimo un cuarto de kilómetro por encima del suelo interno de Borgo Prima.

Alas impalpables de miedo e incertidumbre se agitaron dentro de su estómago, y se detuvo para respirar hondo. Para gran consternación de Tenel Ka, una chispa de diversión bailoteó en los ojos del Maestro Skywalker.

—Sabes qué nos está esperando ahí dentro, ¿verdad? —preguntó.

—Ladrones —respondió ella.

—Asesinos —añadió él.

—Embusteros, escoria, contrabandistas, traidores...

Tenel Ka fue bajando la voz poco a poco hasta callarse.

— ¿Casi como la familia de Hapes? —preguntó Luke con una suave sonrisa afablemente burlona.

Como heredera del Trono Real de Hapes, Tenel Ka se había enfrentado a asesinos profesionales, al igual que lo había hecho su padre el príncipe Isolder antes que ella. Si podía hacer eso, seguramente sería capaz de enfrentarse a una cantina en un pequeño espaciopuerto.

—Gracias —dijo, aceptando el brazo que le ofrecía Luke—. Ya estoy preparada.

Luke deslizó una ficha de entrada en una pequeña ranura de la puerta.

—Intentemos pasar lo más desapercibidos posible.

La puerta se abrió.

Lo primero que atrajo la atención de Tenel Ka cuando cruzó el umbral fue el camarero insectoide, Shanko, que medía más de tres metros de altura.

El local estaba lleno de olores indescritibles que Tenel Ka ni siquiera podía empezar a identificar. No eran agradables, pero tampoco llegaban a ser totalmente ofensivos. En el aire flotaban partículas surgidas de una multitud de objetos que ardían o contenían fuego: pipas, velas, incienso, trozos de turba en nichos llameantes e incluso pelaje o ropa de algún cliente que se había acercado demasiado a uno de los fuegos.

Luke movió el mentón, señalando la barra sin decir nada. Aunque hubiese hablado en voz alta, Tenel Ka no habría podido oírle por encima del ruido de como mínimo media docena de grupos de músicos distintos que estaban tocando grandes éxitos de otros tantos sistemas.

Por suerte antes de entrar habían decidido dónde deberían empezar sus investigaciones. Sabiendo que en Randon la prima pupila era altamente honrada —principalmente por su herencia potencial— y siempre era servida en primer lugar, Tenel Ka fue hasta la barra para hacer su pedido.

—Bienvenidossss, viajerossss —dijo Shanko, cruzando tres pares de brazos multiarticulados e inclinándose hasta que su cabeza erizada de antenas casi rozó la barra.

—Tu hospitalidad es tan bienvenida como la perspectiva de refrescarse —replicó Tenel Ka.

—Ah, hassss sssssido bien educada —dijo Shanko—. ¿Eressss una esssstudiossssa, quizá? ¿Una diplomática?

—Es mi prima pupila —intervino Luke.

—Entonssssessss essss un auténtico honor ssssservirossss —dijo Shanko, irguiéndose hasta desplegar sus tres metros de altura delante de ellos.

—Me gustaría tomar una Plaga Amarilla de Randon —dijo Tenel Ka sin vacilar—. Bien fría, y que sea doble.

—Y a mí me gustaría tomar un Terminador Remoto —dijo Luke.

Las membranas de cobertura de los ojos multifacetados del camarero parpadearon dos veces, indicando sorpresa.

—No lo piden muchassss vecessss. Essss una bebida muy fuerte, ¿no? —Pareció perplejo durante un instante, y después las profundidades de su tórax emitieron un zumbido gorgoteante que Tenel Ka sólo pudo interpretar como una risa—. ¿Preprogramado o aleatorisssssado?

—Aleatorizado, por supuesto —replicó Luke.

—Ah, un amante de los riessssgossss —dijo Shanko, repiqueteando sobre la barra con dos puntas de brazo en señal de aprobación.

Después sus brazos se convirtieron en un borroso manchón de veloces movimientos mientras tiraba de palancas y pulsaba botones, llenando copas y recipientes y mezclando sus combinados en menos tiempo del que habían necesitado para pedirlos.

—Sin riesgo no hay beneficio —dijo Luke, aceptando la bebida que le ofrecía una de las muchas manos de Shanko.

Tenel Ka se inclinó hacia adelante.

—Buscamos información —dijo en voz baja, y mostró la pequeña sarta de gemas corusca que había mantenido oculta debajo de la tosca tela de su túnica hasta aquel momento.

Shanko asintió para indicar que la entendía.

—Tenemossss lossss mejoresssss agentessss de informassssión de todo el Ssssector. Inclusssso hay un hutt. —Señaló una zona a la derecha del bar—. Ssssi no encontráissss lo que buscáissss aquí —dijo con obvio orgullo—, essss que no puede sssser encontrado en Borgo Prima.

Le dieron las gracias y fueron en la dirección que había indicado. La música de los distintos grupos de instrumentistas se debilitó un poco cuando empezaron a abrirse paso por entre la multitud de clientes, cada uno de los cuales estaba ocupado ingiriendo su bebida favorita. La aglomeración de cuerpos era tan grande que Tenel Ka no podía ver hacia dónde iban.

Luke se detuvo junto a ella y cerró los ojos.

—Un agente de información hutt, ¿eh? —dijo, como si estuviera pensando en voz alta—. Son los mejores que puedes encontrar.

Tenel Ka sintió un ligero cosquilleo mientras contemplaba cómo Luke desplegaba la Fuerza para establecer contacto con las mentes que le rodeaban, buscando. Tenel Ka también buscó, pero con sus ojos grises abiertos. Un rápido vistazo no reveló nada de interés. Alzó la mirada hacia el centro abierto del cono de la colmena y las escaleras curvadas que subían por los lados, y que a juzgar por los letreros de las paredes conducían a salas de juego y alojamientos.

Luke abrió los ojos.

—Bien, ya le tengo —dijo.

Cogió a Tenel Ka del brazo y se abrió paso a través de la multitud. Pasaron junto a una hilera de luces estimulantes, donde un grupo de clientes fotosensibles saltaba y se retorció bajo la silenciosa «música» estroboscópica.

Encontraron al agente de información hutt medio atrincherado detrás de una mesa baja cerca de la pared de la colmena. Un diminuto ranat con el pelaje gris amarronado estaba inmóvil junto al codo del hutt con sus bigotes temblando. El hutt era delgado para lo habitual en su raza, y no podía tener una posición muy

elevada en su mundo natal. Tenel Ka pensó que tal vez por eso hacía negocios en Borgo Prima.

—Hemos venido en busca de información, y estamos preparados para pagar por ella —dijo Luke sin más preámbulos.

El hutt cogió un pequeño cuaderno de datos que había encima de la mesa delante de él y pulsó unos cuantos botones.

— ¿Cuáles son vuestros nombres? —preguntó.

— ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Tenel Ka, alzando ligeramente el mentón.

Los ojos del hutt se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas, y Tenel Ka tuvo la impresión de que el agente estaba revisando su opinión inicial sobre ellos.

—Por supuesto —dijo—. Esas cosas carecen de importancia.

Luke se encogió de hombros.

—Y cada información tiene su precio.

—Por supuesto —repitió el hutt—. Sentaros, por favor, y explicadme qué necesitáis saber.

Luke se sentó sobre un banco repulsor, ajustó la altura y movió una mano para indicar a Tenel Ka que se sentara junto a él, al lado de un macetero que contenía un arbusto lleno de hojas. Luke tomó un largo trago de la bebida que sostenía en la mano, pero le envió una mirada de advertencia cuando Tenel Ka alzó su copa hasta los labios. El hutt se inclinó para conferenciar con su ayudante ranat durante unos momentos, y Luke aprovechó la oportunidad para hablar en susurros con Tenel Ka.

—Esa bebida es tan fuerte que podrías salir disparada hasta el Borde Exterior.

—Ah. Aja —dijo Tenel Ka, y dejó su bebida encima de la mesa con un débil thunk.

Cuando el ranat se fue a toda prisa para ocuparse de la labor que le había asignado el hutt, Luke y Tenel Ka empezaron a contar su historia ficticia, ofreciendo cautelosamente sólo la cantidad de información que pensaban era necesaria.

Mientras hablaban, turnándose para ir embelleciendo los detalles, los otros clientes de la colmena proporcionaron el caos habitual en un bar lleno y de poca categoría. Varias batallas libradas con desintegradores resonaron en zonas oscuras mientras enormes androides blindados encargados de mantener el orden iban y venían de un lado a otro para hacer entrechocar cabezas y expulsar violentamente a cualquier cliente que no pagara el estropicio que había provocado.

Un grupo de contrabandistas estaba jugando una partida de dardos cohete de una manera bastante temeraria, fallando continuamente el enorme blanco de la pared hasta que acabaron incrustando uno de los pequeños cohetes llameantes en el costado de un talz cubierto de pelaje blanco. La criatura lanzó un rugido de

dolor y sorpresa cuando su pelaje se incendió, y después descargó su irritación sobre el ithoriano borracho que estaba sentado junto a ella.

Los clientes de mayor tamaño intentaron comerse a los clientes más pequeños y los grupos de músicos siguieron tocando, y Shanko continuó preparando combinados. El agente de información hutt no se dejó distraer por nada de todo aquello.

Mientras hablaban Luke siguió tomando sorbos de su bebida y Tenel Ka empezó a buscar una manera de librarse de la suya. Cuando el ranat volvió y conferenció nuevamente con el hutt, Tenel Ka se inclinó sobre el macetero que había al lado de su asiento y echó la mitad de su bebida dentro de él.

Y sólo después de que el tallo hubiera empezado a temblar violentamente y las hojas se hubieran enroscado sobre sí mismas comprendió que el arbusto no era un adorno, ¡sino una planta alienígena que formaba parte de la clientela! Murmuró una disculpa, y se volvió nuevamente hacia la mesa en el mismo instante en que el ranat se iba a toda prisa con el cuaderno de datos del hutt y un nuevo encargo.

El ranat volvió en un instante, seguido por un hombre de frondosa barba que cojeaba.

—Este ranat ha dicho que nada de nombres, y por mí estupendo —dijo el hombre de la barba, sentándose a la mesa—. El ranat me ha dicho que andáis buscando gemas corusca de calidad industrial, ¿no? No hay nadie más que pueda conseguíros las. Gemas de calidad industrial... Tarde o temprano tienen que llegar a través de mí.

— ¿Entonces eres el comprador que las distribuye? —preguntó Tenel Ka sin pensar en lo que decía.

El hombre de la barba soltó un resoplido.

— ¿Por qué no nos limitamos a decir que soy un intermediario?

Luke volvió a contar lo más brevemente posible la historia de la cámara del tesoro en Ossus, y antes de que hubiese pasado mucho tiempo ya habían llegado a un acuerdo para comprar una gema corusca de calidad industrial.

Una vez hecho eso, Luke siguió hablando con el intermediario e intentó sacarle alguna información sobre quién más podía haber comprado gemas de calidad industrial. Los ojos del hombre enseguida se llenaron de recelo y desconfianza.

—El trato era que nada de nombres —dijo con seca tozudez.

Tenel Ka sacó otra sarta de las magníficas gemas corusca que colgaban alrededor de su cuello y la colocó encima de la mesa al lado del pago que ella y Luke ya habían entregado a cambio de la gran gema industrial.

—Seguramente comprenderá nuestra cautela —dijo Luke—. Debemos saber si hay alguien que pueda robarnos nuestro tesoro.

El intermediario cogió la sarta de gemas y las examinó con gran atención.

—No puedo decirte gran cosa —murmuró—. El último envío de grandes gemas industriales fue adquirido por una sola persona. Un gran pedido, desde luego.

— ¿Puede describir sus naves, decirnos de qué planeta vinieron? —preguntó Luke.

El barbudo intermediario siguió sin alzar la mirada.

—La verdad es que no. Nunca vi la nave en la que vino. Lo único que sé es que era una mujer y que se hacía llamar dama del..., del atardecer, o hija de la oscuridad, o algo por el estilo.

Tenel Ka contuvo el aliento, y sintió que Luke se envaraba junto a ella.

— ¿Una... Hermana de la Noche, quieres decir? —preguntó Tenel Ka con voz temblorosa.

— ¡Sí, eso era! Una Hermana de la Noche —dijo el intermediario—. Un nombre realmente raro.

Los ojos de Luke se encontraron con los de Tenel Ka y le sostuvieron la mirada.

—Gracias, caballeros —dijo lentamente Luke—. Si no está equivocado, entonces me temo que esa «Hermana de la Noche» tal vez ya se haya llevado algunos de nuestros valiosos objetos.

8

Jacen estaba inmóvil detrás del sillón de pilotaje de Qorl y se mordía el labio. La Hermana de la Noche Tamith Kai se alzaba sobre ellos, poderosa y amenazadora. Jacen lanzó una rápida mirada a Jaina, pero no creía que pudieran hacer nada para resistirse.

Por lo menos todavía no.

Las puertas de atraque del anillo de la Academia de la Sombra se abrieron en el silencio del espacio, dejando al descubierto un oscuro hangar de aspecto cavernoso ribeteado por luces amarillas para guiar a la nave de Qorl durante su entrada. El piloto imperial manipulaba los controles con sombría eficiencia, y Jacen se dio cuenta de que su brazo izquierdo lesionado —que nunca había llegado a curarse correctamente después de que su caza TIE se estrellara en Yavin 4— parecía más grueso que antes. Estaba envuelto en cuero negro desde el hombro hacia abajo, y había tiras y células de energía rodeándolo.

— ¿Qué ha sido de tu brazo, Qorl? —preguntó Jacen—. ¿Te lo curaron, tal como te prometimos que haríamos en la Academia Jedi?

Qorl apartó su atención de las maniobras de atraque y volvió sus ojos llenos de tristeza hacia el muchacho.

—No lo curaron —dijo—. Lo sustituyeron. Ahora tengo un brazo androide que es mejor que el antiguo. Es más fuerte, y puede hacer más tareas —añadió, doblando su brazo envuelto en cuero.

Jacen oyó el débil zumbido de los servomotores y sintió un vacío de repugnancia en el estómago.

—No tenían por qué hacer eso —dijo—. Podríamos haberte curado dentro de un tanque bacta, o un androide médico podría haberte atendido. En el peor de los casos se te podría haber colocado una prótesis biomecánica que es idéntica a un brazo de verdad..., incluso mi tío usa una. No había ninguna necesidad de darte un brazo androide.

El rostro de Qorl estaba tan inmóvil e inexpresivo como si fuese de piedra, y volvió a concentrar su atención en el pilotaje de la nave.

—Pero ya está hecho. Ahora mi brazo es mejor, más fuerte.

La nave imperial entró en el hangar de atraque, y las hileras de luces que se encendían y se apagaban siguieron iluminando los muros de metal reflectante. Un compartimento de observación de transpariacero con ventanales angulares sobresalía del muro interno por encima de ellos. Jacen pudo ver siluetas diminutas llevando a cabo diagnósticos y manejando sistemas para guiar a la nave de Qorl.

La nave se posó con una sacudida apenas perceptible. Las puertas del hangar de atraque se cerraron detrás de ellos, dejando atrapados a los prisioneros dentro de la siniestra Academia de la Sombra.

Jacen no pudo ver ni sentir ninguna diferencia, pero aun así supo que la enorme estación espacial se había desvanecido de repente, dejando la ilusión de que en su lugar sólo había espacio vacío, para volver allí donde nadie podría encontrarles jamás.

Flanqueados por una escolta de soldados de las tropas de asalto, Tamith Kai hizo bajar a los tres compañeros por la rampa y todos se alejaron de la nave de asalto que los había secuestrado en la Estación Buscadora de Gemas. Tamith Kai los llevó a través del hangar, hacia una gran puerta escarlata que se abrió mientras se aproximaban a ella.

Al otro lado esperaba un hombre de aspecto juvenil vestido con una holgada y ondulante túnica plateada. Su lisa y suave piel y su sedosa cabellera rubia parecían brillar. Era uno de los humanos más hermosos que Jacen había visto jamás y estaba perfectamente formado, como una simulación holográfica de un hombre ideal o la obra maestra de un escultor cincelada a partir del alabastro. Un contingente de soldados de las tropas de asalto permanecía inmóvil detrás de él, con los rifles desintegradores apoyados en sus hombros.

—Bienvenidos, nuevos reclutas —dijo aquel hombre con una voz afable y dulce que parecía impregnada de ecos musicales—. Soy Brakiss, líder de la Academia de la Sombra.

Jacen oyó el jadeo ahogado de su hermana y no pudo contener su propia exclamación.

— ¿Brakiss? —preguntó—. ¡Rayos desintegradores! Hemos oído hablar de ti. Eras un espía imperial que fue introducido en la Academia Jedi del Maestro Skywalker para tratar de robarnos nuestros métodos de adiestramiento.

Brakiss sonrió, como si hubiera algo que encontraba muy divertido.

—Así es —siguió diciendo Jaina con excitación—. El Maestro Skywalker ya se imaginaba quién eras, pero cuando intentó llevarte hacia el lado de la luz para salvarte..., entonces fuiste incapaz de enfrentarte a todas las cosas horribles que hay dentro de ti.

La sonrisa de Brakiss no vaciló.

—Ah, con que así es como lo cuenta él, ¿no? El Maestro Skywalker y yo no estábamos de acuerdo sobre los... detalles del adiestramiento en la Fuerza. Pero por lo menos él tuvo una buena idea. Acertó de lleno en lo de hacer resurgir a los Caballeros Jedi. Comprendió que los Jedi eran los preservadores y protectores de la Antigua República. Unificaron el viejo gobierno que ya estaba en decadencia, y lo mantuvieron con vida hasta mucho tiempo después del momento en que tendría que haberse disuelto en la anarquía.

»Y ahora que hay anarquía entre los restos de las fuerzas imperiales, necesitamos una fuerza unificadora de ese tipo. Ya hemos encontrado un nuevo y poderoso gran líder... —Brakiss sonrió—, pero también necesitamos nuestro propio grupo de Caballeros Jedi Oscuros, Jedi del Imperio que unirán sólidamente

a nuestras facciones y nos proporcionarán la voluntad necesaria para derrotar al gobierno perverso e ilegal de la Nueva República y traer el Segundo Imperio.

—Eh, nuestra madre está al frente de la Nueva República —protestó Jacen—. No es perversa. Y no tortura a la gente, y tampoco la secuestra.

—Todo depende de vuestra perspectiva —dijo Brakiss.

—Y, de todas maneras, ¿quién es el nuevo líder? —intervino Jaina—. ¿Acaso no habéis intentado encontrar un líder único antes..., y no habéis acabado con todos peleándose entre sí para dirigir lo que queda del Imperio? No funcionará.

—Silencio —dijo Tamith Kai, con la voz impregnada de amenaza—. No haréis preguntas: recibiréis adoctrinamiento. Seréis adiestrados como poderosos guerreros para luchar al servicio del Imperio.

—No lo creo —dijo Jacen en tono desafiante.

El rostro de su hermana estaba enrojecido por la ira.

—No cooperaremos contigo. No puedes secuestrarnos y esperar que luego seamos tus devotos y diligentes estudiantes. El Maestro Skywalker y nuestros padres peinarán la galaxia para encontrarnos. Nos encontrarán, y entonces lo lamentarás.

Detrás de ellos, Bajie rugió y extendió sus largos brazos como si estuviera ardiendo en deseos de despedazar a alguien, igual que se rumoreaba que hacía su tío Chewbacca cada vez que perdía en una partida de holojuego.

Los soldados de las tropas de asalto alzaron repentinamente sus rifles y apuntaron con ellos al enfurecido wookiee.

— ¡Eh, no le disparéis! —gritó Jacen, interponiéndose entre los soldados y Bajie.

Jaina habló en un tono lleno de autoridad que pilló por sorpresa a Jacen.

— ¿Qué has hecho con Teemedós, el androide traductor de Bajie? Necesita comunicarse..., a menos que todos estos soldados de las tropas de asalto sean capaces de hablar el lenguaje de los wookies, naturalmente.

—Su pequeño androide le será devuelto —dijo Tamith Kai—, tan pronto como haya sido sometido a la... reprogramación adecuada.

Brakiss se volvió hacia sus soldados y dio una palmada.

—Ahora iremos a sus alojamientos —dijo—. Su adiestramiento debe empezar pronto. El Segundo Imperio tiene gran necesidad de Caballeros Jedi Oscuros.

—Nunca nos cambiarás —dijo Jaina—. Estás malgastando tu tiempo.

Brakiss la miró, sonrió con indulgencia y permaneció en silencio durante un momento que se hizo muy largo.

—Tal vez acabes descubriendo que tu mente cambiará —dijo por fin—. ¿Por qué no esperamos a ver?

Los soldados de las tropas de asalto formaron una escolta armada a su alrededor y empezaron a avanzar sobre las planchas metálicas que formaban el suelo, haciéndolas vibrar con sus botas.

La Academia de la Sombra no era cómoda y acogedora como la Estación Buscadora de Gemas de Lando. Las paredes no estaban pintadas con tonos claros; no había música relajante o sonidos de la naturaleza brotando de los sistemas de megafonía, sólo ásperos informes de situación y los campanillazos de los cronómetros que resonaban cada cuarto de hora. Las puertas estaban indicadas con etiquetas rotuladas. De vez en cuando había una terminal de ordenador instalada en una pared que mostraba mapas de la estación y complicadas simulaciones en progreso.

—Es una estación austera —dijo Tamith Kai mientras Jacen contemplaba las frías y hostiles paredes—. Hemos prescindido de los lujos de vuestra academia de la jungla. Pero nos hemos asegurado de que cada uno de vosotros disponga de una cámara privada para que podáis llevar a cabo vuestros ejercicios de meditación, practicar vuestras tareas y concentraros en desarrollar vuestras capacidades para el uso de la Fuerza.

— ¡No! —exclamó Jaina.

—Preferiríamos estar juntos —añadió Jacen.

Bajocca lanzó un rugido de asentimiento.

Tamith Kai se detuvo de repente y bajó la mirada hacia ellos.

— ¡No os he preguntado cuáles eran vuestras preferencias! —dijo con sus ojos violetas echando chispas—. Haréis lo que se os ordene.

Llegaron a una intersección de pasillos y allí se dividieron en tres grupos. Brakiss se fue con el grupo de soldados de las tropas de asalto que rodeaban a Jaina por un pasillo a la derecha. Un grupo más grande de guardias, tensos y con las armas preparadas para hacer fuego, ayudó a Tamith Kai a escoltar a Bajocca. Los guardias restantes rodearon a Jacen y se lo llevaron por la izquierda.

— ¡Esperad! —gritó Jacen.

Se volvió para mirar a su hermana gemela por lo que le pareció era la última vez. Jaina le devolvió la mirada, sus ojos color castaño dorado abiertos y llenos de preocupación, pero cuando alzó valerosamente el mentón Jacen se sintió un poco más animado. Encontrarían alguna manera de salir de allí.

Los guardias llevaron a Jacen por un largo pasillo hasta que se detuvieron delante de una puerta en una hilera de puertas idénticas. «Habitaciones para estudiantes», pensó Jacen.

La puerta se abrió, y los soldados de las tropas de asalto metieron a Jacen en un pequeño cubículo de paredes desnudas y carente de cualquier comodidad. No vio ningún altavoz ni controles en las paredes, nada que le permitiese comunicarse con el exterior.

— ¿Me voy a quedar aquí? —preguntó con incredulidad.

—Sí —respondió el soldado que estaba al mando del grupo.

—Pero ¿y si necesito algo? ¿Cómo se supone que voy a hacerlo saber? —preguntó Jacen.

El soldado hizo girar su máscara de plástiacero en forma de calavera para mirarle a los ojos.

—Entonces aguantarás hasta que alguien venga a buscarte.

Los soldados retrocedieron y la puerta se cerró detrás de Jacen, dejándole encerrado, sin armas y solo.

Y después, para empeorar todavía más su situación, todas las luces se apagaron.

9

Tenel Ka despertó en una oscuridad absoluta, rodeada por una vibración ahogada y casi sin espacio para moverse. Su corazón estaba latiendo en un veloz redoble de tambor, y sintió el cosquilleo de la transpiración sobre su piel. Una vaga sensación apremiante de que algo andaba terriblemente mal se agitó en las profundidades de su mente. Intentó sentarse y se golpeó la cabeza —con bastante fuerza— contra el duro fondo de la litera que había encima de ella. Tenel Ka reprimió una exclamación de disgusto y se acordó de que se encontraba a bordo del *Casualidad*. Se relajó un poco..., pero sólo un poco.

Cuando acabaron de hablar con el agente de información hutt en Borgo Prima, Luke y Tenel Ka decidieron que su mejor esperanza de encontrar a Jacen, Jaina y Bajocca consistía en ir directamente a Dathomir, mundo natal de las Hermanas de la Noche originales. Su única pista era la misteriosa Hermana de la Noche, y tenían que averiguar quién era y si los gemelos y Bajocca estaban en su poder.

Luke había apremiado a Tenel Ka a que durmiera un poco durante el viaje. Era la primera oportunidad de descansar que tenía desde que sus amigos habían sido secuestrados, y Tenel Ka la aceptó con gratitud.

Y así había dormido, protegida de la luz y el sonido en una de las literas del *Casualidad*, pero su descanso había vuelto a verse perturbado por sueños llenos de oscuridad. Tenel Ka movió un interruptor junto a su cabeza y torció el gesto cuando la brillante luz del compartimento inundó el cubículo de reposo. Se dio la vuelta hasta quedar acostada sobre el estómago, pasó las piernas por encima del lado de la litera y saltó el metro y medio que la separaba del suelo del compartimento. Tenel Ka agitó la cabeza para apartar su melena dorado rojiza del rostro, se estiró cuan alta era y percibió con placer la libertad de movimientos que le permitía su dura y flexible armadura de piel de lagarto. Se alegraba de volver a ir vestida como una guerrera.

La sensación de inquietud que le había dejado el sueño persistió mientras Tenel Ka iba a la cabina de pilotaje y se instalaba en el asiento del copiloto al lado de Luke. Después clavó la vista en el ventanal delantero y contempló los torbellinos de colores que indicaban que el *Casualidad* estaba viajando por el hiperespacio.

Luke levantó la mirada de los controles.

— ¿Has dormido un poco?

—Es un hecho comprobado.

Tenel Ka tensó las tiras del arnés de seguridad a su alrededor y después tomó un grueso mechón de cabellos entre sus dedos y empezó a trenzarlo, añadiendo unas cuantas plumas y cuentas que guardaba dentro de una bolsita que colgaba de su cinturón.

—Pero no has dormido bien, ¿verdad?

Tenel Ka parpadeó, un poco sorprendida de que lo hubiese notado.

—Eso también es un hecho comprobado.

Luke no replicó. Se limitó a aguardar en silencio y Tenel Ka, con una creciente incomodidad, acabó comprendiendo que estaba esperando a que se explicara.

—He... He tenido un sueño —dijo por fin—. No es nada importante.

La penetrante mirada azul de Luke escrutó su cara. Cuando habló, Luke lo hizo en voz baja y suave.

—Percibo miedo en ti —dijo.

Tenel Ka torció el gesto y se encogió de hombros.

—Es un sueño que ya he tenido antes.

Luke cerró los ojos durante un momento e inclinó la cabeza a un lado, como podría haber hecho si estuviese observándola con los ojos abiertos.

— ¿Las Hermanas de la Noche? —murmuró por fin.

—Sí. Es una niñería —admitió Tenel Ka mientras la sangre afluía a sus mejillas, manchándolas con el rojo de la incomodidad.

—Es extraño... Yo también he soñado con ellas —dijo Luke.

Tenel Ka le miró con incredulidad.

—Solía pensar que no eran más que una historia que las madres y abuelas de Dathomir contaban para asustar a los niños. Pero todas las Hermanas de la Noche fueron destruidas. ¿Cómo puede haber quedado alguna?

—Las gentes de Dathomir suelen tener grandes capacidades para el uso de la Fuerza, y no resultaría nada difícil para alguien adiestrarlas en los caminos del mal —dijo Luke. Se recostó en el asiento de pilotaje y contempló el hiperespacio como si estuviera invocando un recuerdo muy viejo—. De hecho, hace muchos años, antes de que tú nacieras, fui a Dathomir en busca de Han y Leia, los padres de Jacen y Jaina. Allí conocí a tu padre y a tu madre, y todos unimos nuestras fuerzas para derrotar a las últimas Hermanas de la Noche.

Tenel Ka le observó, sintiéndose llena de curiosidad. Era una parte de la historia de la que sus padres hablaban muy poco.

—Mi madre te tiene en gran estima —dijo, con la esperanza de que Luke seguiría hablándole de lo que ocurrió entonces.

Luke le lanzó una mirada levemente burlona.

—Pero ¿te ha contado alguna vez cómo nos conocimos? ¿Te ha contado que me capturó?

—No querrás decir... —balbuceó Tenel Ka—. Ella no podía haber esperado que...

Su consternación hizo reír a Luke.

—Es un hecho histórico comprobado.

— ¡Oh, Maestro Skywalker!

Tenel Ka dio un respingo, sintiéndose horrorizada ante la mera idea de Luke sometiéndose a las primitivas costumbres matrimoniales que siempre le habían parecido tan pintorescas y provincianas. En Dathomir, una mujer seleccionaba y capturaba al hombre con el que quería casarse. ¿Su madre, Teneniel Djo, le había hecho eso a Luke Skywalker?

Comprender que su madre había capturado al Maestro Jedi más grande de toda la galaxia y había esperado que se casara con ella y fuera el padre de sus hijos hizo que una nueva oleada de vergüenza le enrojeciese el rostro. Un instante después toda aquella situación le pareció tan total y repentinamente ridícula que Tenel Ka dejó escapar lo que en ella era un sonido realmente muy raro: una risita.

—Mi madre siempre me ha enseñado a respetar a los Jedi, y muy especialmente al Maestro Skywalker, pero... Oh, te ruego que no te ofendas, pero... —boqueó, con los ojos llenos de lágrimas de hilaridad—. Bueno, me alegro muchísimo de que no se saliera con la suya.

Luke, que seguía sonriendo, alargó el brazo y le apretó el hombro para indicarle que la entendía.

—Yo también —dijo—. Tus padres nacieron el uno para el otro.

—Quiero mucho a mi padre, ¿sabes? —dijo Tenel Ka, recuperando la seriedad—. Y a mi madre.

—Y sin embargo nunca les has dicho a tus amigos quiénes son tus verdaderos padres —dijo Luke—. ¿Por qué?

Tenel Ka se removió nerviosamente entre las tiras de su arnés de seguridad, que parecían estar repentinamente demasiado apretadas. Había pensado con frecuencia en aquel problema, y había acabado llegando a la misma conclusión una y otra vez.

—Resulta difícil de explicar —dijo—. No me avergüenzo de mis padres, si eso es lo que piensas. Me siento muy orgullosa de que mi madre posea el don de la Fuerza en un grado tan grande y de que ella, una guerrera de Dathomir, gobierne ahora todo el Cúmulo de Hapes. Y estoy orgullosa de mi padre y de lo que ha logrado llegar a ser a pesar de la forma en que fue educado..., y a pesar de la persona que le educó.

Luke asintió

—Te refieres a tu abuela, ¿no?

—Sí. —Tenel Ka apretó los dientes hasta hacerlos rechinar—. No estoy nada orgullosa de esa parte de mi familia. Mi abuela tiene un insaciable anhelo de poder. Manipula a la gente. Ni siquiera estoy segura de que sepa cómo amar. —Se volvió hacia Luke, y sintió una extraña mezcla de tristeza y perplejidad mientras lo hacía—. Y sin embargo mi padre está lleno de sabiduría y amor. No es como ella.

—No, no lo es —dijo Luke—. Hace mucho tiempo Isolder hizo algo muy difícil y que exigía mucho valor. Comprendió que tu abuela amaba el poder hasta tal punto

que estaba dispuesta a matar a cualquier persona que supusiera una amenaza para ella, y rechazó sus enseñanzas. Tu abuela es una mujer fuerte y orgullosa, pero sus lecciones estaban llenas de veneno. Isolder escogió valorar y honrar la vida dondequiera que la encontrase. Esa decisión tan difícil que tomó tu padre era la decisión correcta.

Tenel Ka asintió. Sus pensamientos estaban llenos de amargura.

—Mi linaje está manchado por generaciones de tiranas sedientas de sangre y hambrientas de poder. No me siento nada orgullosa de haber nacido en el seno de la familia real de Hapes —dijo, casi escupiendo las palabras—. No deseo que mis amigos sepan que soy la heredera de ese trono, porque no he hecho nada para ganarlo, elegirlo o merecerlo.

Luke la estaba contemplando con expresión pensativa.

—Jacen y Jaina entenderían eso. Su madre es una de las mujeres más poderosas de la galaxia.

Tenel Ka meneó violentamente la cabeza.

—Antes de decírselo, debo demostrarme a mí misma que no soy como mis antepasadas. He elegido enorgullecerme únicamente de lo que consiga hacer, primero a través de mis propios recursos y luego a través de la Fuerza, y nunca a través del poder político heredado. Mis padres están muy orgullosos de que haya decidido convertirme en una Jedi.

—Lo entiendo —dijo Luke—. Has elegido un camino difícil. Es un buen comienzo para una Jedi —añadió, sonriéndole afablemente.

10

Al día siguiente, la alegría que sintió Jaina al volver a ver a su hermano quedó ensombrecida por la presencia de Tamith Kai y el hecho de que cada uno era llevado a lo largo del pasillo por una pareja de soldados bien armados.

Cuando Jacen se apartó de sus guardias sólo el tiempo suficiente para darle un rápido abrazo, Jaina le habló en un veloz susurro.

—Tengo un plan —le dijo lo más deprisa posible—. Necesito tu ayuda.

Manos acorazadas tiraron sin miramientos del hermano y la hermana, separándolos. Un guardia envuelto en su armadura alzó su pistola desintegradora delante de los gemelos y la agitó para indicarles que volvieran a moverse.

Jaina sonrió con melancólica diversión. Incluso con Tamith Kai presente, Brakiss seguía sin estar seguro de su cooperación. Los soldados de las tropas de asalto estaban allí para asegurar que no causarían problemas.

Una ligera inclinación de la cabeza de Jacen indicó a Jaina que había entendido sus palabras.

— ¿Quieres oír un chiste? —preguntó con voz jovial, cambiando deliberadamente de tema.

—Claro —respondió Jaina fingiendo inocencia.

Jacen carraspeó para aclararse la garganta.

— ¿Cuántos soldados de las tropas de asalto se necesitan para cambiar un panel luminoso?

Jaina se encogió para sus adentros. No cabía duda de que su hermano era valiente..., o tal vez temerario. Aun así, decidió morder el anzuelo.

—No lo sé. ¿Cuántos soldados de las tropas de asalto se necesitan para cambiar un panel luminoso?

Un guardia se puso delante de Jaina y se detuvo ante la puerta de una sala de conferencias dentro de la que pudo ver a docenas de personas sentadas. Supuso que probablemente eran los otros estudiantes de la Academia de la Sombra. El guardia que empuñaba la pistola desintegradora la movió señalando la entrada.

—Se necesitan dos soldados de las tropas de asalto —dijo Jacen, en un tono de voz lo bastante alto para que todo el mundo pudiera oírle—. Hace falta un soldado para cambiarlo, y otro para pegarle un tiro luego y atribuirse el mérito de haber hecho todo el trabajo.

Jaina intentó reprimir una carcajada sin conseguirlo del todo. Tamith Kai fulminó a Jacen con su mirada violeta.

Jacen se removió bajo aquellos ojos llenos de irritación.

—Ya veo que eres de Dathomir —murmuró—. Tu gente no es lo que se dice famosa por su sentido del humor.

Mientras sus dos guardias le agarraban los brazos con una presa lo bastante fuerte para hacerle daño, Jaina se vio obligada a admitir que la pequeña fanfarronada de su hermano había liberado algo dentro de ella y le había demostrado que su mente —por lo menos de momento— seguía libre, y que seguía pudiendo elegir.

Fue llevada a rastras hasta el interior de la sala, donde sus guardias la sentaron de un empujón en un extremo de un angosto banco sin respaldo. Los guardias de Jacen sentaron al joven en el extremo opuesto de la sala, sin duda para castigarle por su chiste. Jaina quedó encantada al ver que Bajie estaba sentado a menos de un metro de distancia de ella, con sólo un estudiante entre los dos. El wookiee les saludó con un rugido.

Los otros estudiantes eran todos humanos y vestían uniformes oscuros. Parecían deseosos de aprender y muy felices de estar en la Academia de la Sombra, auténticos jóvenes imperiales desde la cabeza hasta los pies. Jaina sabía que ella, Jacen y Bajie muy bien podían ser los únicos dispuestos a resistirse al adiestramiento.

Jaina frunció el ceño cuando vio que Teemedós seguía ausente del cinturón de Bajie. Eso haría que la comunicación resultara difícil. Se preguntó qué haría su tío Luke en una situación semejante. Se irguió en el banco, despejó su mente y envió una delicada sonda de investigación en la dirección de Bajie. No percibió ningún dolor. No le habían hecho daño —de eso estaba segura—, pero captó tensión, confusión y una frustración contenida a duras penas. Jaina intentó enviarle pensamientos relajantes. No estuvo muy segura de qué parte de ellos logró llegar hasta su destino, pero cuando Bajie alzó una mano peluda para rozarle el hombro durante un momento supo que había comprendido.

Jaina se preguntó si se atrevería a hablar abiertamente con su amigo wookiee. Antes tendría que averiguar qué tal era el estudiante sentado junto a ella. Tenía más o menos su misma edad, y era un poco más alto. Como todos los estudiantes dispuestos a dejarse adoctrinar, llevaba un ceñido mono color carbón debajo de una holgada túnica del negro más puro imaginable. Tenía el cabello rubio y los ojos color verde musgo, y miró a Jaina sin mostrar ninguna señal de interés o reconocimiento.

Envió su sonda mental hacia el joven, pero no captó nada aparte de retazos escurridizos de sensaciones que resonaron fugazmente dentro de su cerebro, como notas inconexas de una orquesta que estuviese afinando sus instrumentos.

— ¿Por qué estamos aquí? —preguntó Jaina, hablando en un tono de voz que apenas estaba por encima del murmullo.

—Porque estamos aquí —replicó el estudiante, con altivez y un poco a la defensiva—. Porque el Maestro Brakiss desea que estemos aquí. —La miró con una cierta sospecha, como si Jaina acabara de demostrar que era deficiente mental—. ¿No hemos venido todos aquí para aprender los caminos de la Fuerza del Maestro Brakiss?

Brakiss entró en la sala antes de que Jaina pudiera replicar. El silencio que se extendió por la sala fue instantáneo y completo. Ni una tos o sílaba desafiaron su impresionante presencia. Brakiss dejó que sus penetrantes ojos recorriesen los rostros de los estudiantes congregados en la sala. Cuando sus ojos se encontraron con los suyos, Jaina sintió cómo un inexplicable escalofrío recorría su columna vertebral.

Brakiss inició sus enseñanzas sin más preámbulos.

—La Fuerza es una energía que rodea a todas las cosas vivas. Fluye a través de nosotros. Fluye de nosotros.

Jaina sintió que empezaba a relajarse a medida que su voz flotaba alrededor de los estudiantes. Aquello no era tan malo después de todo. El poder que había en la voz de Brakiss apremiaba a actuar y exigía el asentimiento. Jaina vio cómo las cabezas de muchos estudiantes se inclinaban para asentir. Ella también lo hizo.

No pudo recordar las palabras mientras Brakiss les iba llevando fluida y lógicamente de un concepto a otro. Lo único que recordaba eran los pensamientos, la sensación general de que todo aquello era acertado y tal como debía ser.

Y de repente, por la razón que fuese —tal vez por el suave roce de una mano peluda en su espalda— las palabras volvieron a ser claras y comprensibles, y empezaron a abrirse paso a través de la neblina complaciente de asentimiento total y absoluto que había envuelto su mente.

—Todos tenéis en vuestro interior las herramientas necesarias para controlarlos a vosotros mismos y controlar la Fuerza —estaba diciendo aquella voz tan tranquila y segura de sí misma—. Y para poder usar el poder de la Fuerza, debéis aprender a usar lo que es más fuerte en vosotros: emociones intensas, deseos profundos, miedo, agresión, odio, ira.

Un «¡No!» lleno de pasión resonó en la mente de Jaina, y meneó la cabeza para despejarla.

—Eso... no puede ser verdad —murmuró—. No es verdad.

Los ojos del estudiante que estaba sentado a su lado se volvieron hacia ella para lanzarle una mirada llena de desdén.

—Pues claro que es verdad —dijo, como si estuviera empleando una lógica indiscutible—. El Maestro Brakiss lo dice, así que ha de ser verdad.

— ¿Qué te hace estar tan seguro? —siseó Jaina—. ¿Acaso no puedes ver que se ha adueñado de tu mente? Deberías alejarte de este sitio y empezar a pensar por ti mismo.

—No deseo marcharme —respondió el estudiante, y su expresión era implacable—. Deseo estudiar con el Maestro Brakiss y convertirme en un Jedi.

Su tozudez enfureció a Jaina.

— ¿Has llegado a pensar alguna vez en todo esto? No puedes limitarte a aceptar ciegamente lo que él dice sin tomarte la molestia de pensar en ello. ¿Y si está equivocado?

—Él es el profesor.

Los ojos verde musgo del estudiante la contemplaron fijamente, parpadeando como si su pregunta no tuviese ningún sentido. Después se levantó bruscamente, solicitando la atención de Brakiss.

Jaina aprovechó la oportunidad para inclinarse por detrás de él y hablar con Bajie.

— ¡Tengo un plan! —susurró—. Dentro de un par de días, te necesitaré para que dejes sin energía a toda la estación. Procura estar preparado.

Cuando volvió a erguirse, su mente por fin se dio cuenta de que el tozudo estudiante rubio se estaba dirigiendo a Brakiss.

—... está intentando convencer a los otros estudiantes de que no deberían creerlos y que no poseéis las verdaderas enseñanzas de la Fuerza. Por lo tanto, sugiero que esta..., esta muchacha no es una alumna digna de vos, Maestro Brakiss.

Los hermosos y penetrantes ojos de Brakiss se entrecerraron y se posaron en Jaina. Sintió la presión de su poderosa mente sobre la suya, e intentó resistir.

—Eres nueva aquí —dijo Brakiss—. No conoces nuestra manera de obrar. Escucha mis enseñanzas, y juzga después. Decide por ti misma. Pero no animes nunca más a otros a no creer en mí.

Los estudiantes murmuraron su acuerdo al unísono..., con tres excepciones.

—En esta academia no nos limitamos a aprender un lado de la Fuerza —siguió diciendo Brakiss, reanudando su lección aunque sus comentarios parecían dirigidos principalmente a Jacen, Jaina y Bajie—. Ésta no es una escuela de oscuridad. La llamo una Academia de la Sombra, ¿pues qué crea la vida por su misma naturaleza si no sombras? Y sólo a través del uso de toda la gama de vuestras emociones y deseos llegaréis a ser realmente poderosos en la Fuerza y a cumplir vuestro destino. Por sí solo, el lado de la luz ofrece únicamente un poder limitado. Pero cuando la luz es fusionada con la oscuridad y trabajáis dentro de las sombras, entonces por fin tenéis acceso a todo vuestro potencial. Utilizad el poderío del lado oscuro.

Jaina miró a Jacen, que estaba meneando lentamente la cabeza. Bajie dejó escapar un gruñido gutural. Jaina no pudo seguir conteniéndose por más tiempo y se puso en pie.

—Eso no es verdad —dijo—. El lado oscuro no te hace más fuerte. Es más rápido, más fácil y más seductor. También es más tenaz. De la misma manera que el lado de la luz da la libertad, el lado oscuro sólo da la sujeción. Una vez que te has dejado esclavizar por el lado oscuro de la Fuerza, ya nunca puedes escapar de él.

Un jadeo colectivo resonó en la sala, pero nadie dijo ni una sola palabra mientras Jaina y Brakiss se encaraban el uno con el otro por encima de las cabezas de los estudiantes. Brakiss guardó silencio durante un momento muy largo en el que su mente ejerció presión sobre la de Jaina, oprimiéndola con un peso asfixiante.

Jaina rechazó con un poderoso empujón mental la influencia que la mente de Brakiss estaba ejerciendo sobre la suya y le desafió, con los ojos llenos de orgullo y los pensamientos en libertad.

Brakiss acabó meneando la cabeza con el rostro lleno de tristeza.

—No deseo hacer un ejemplo de ti —dijo—. Pero no me dejas elección. Has escogido enfrentar tus insignificantes poderes del lado de la luz a los míos. Te doy una advertencia. No recibirás otra.

Y, con esas palabras, Brakiss alzó su mano unos centímetros, casi como se dispusiera a despedirse cariñosamente de alguien. Fuego azul brotó de las yemas de sus dedos y envolvió a Jaina en un resplandor de agonía.

La tranquila crueldad que Brakiss dirigió contra Jaina hizo que Bajocca sucumbiera a una rabia incontenible. Incapaz de controlarse a sí mismo, se levantó de un salto de su estrecho asiento derribando al estudiante rubio. Aulló con toda la potencia de sus pulmones y mostró sus largos colmillos de wookie. El pelaje color canela se erizó en todas direcciones mientras Bajie levantaba el banco sobre el que había estado sentado y lo alzaba por encima de su cabeza.

Alertados por el estrépito, los guardias entraron corriendo en la sala con sus pistolas aturdidoras desenfundadas en busca de la fuente del caos..., y el enfurecido wookie no resultaba nada difícil de encontrar.

Bajie lanzó el banco contra los soldados que acababan de aparecer. El impacto hizo que el primer grupo de guardias retrocediera y todos cayeron unos encima de otros, derribados como los bloques de un juego de construcción infantil. Cinco soldados más tropezaron con sus compañeros caídos, pero aun así lograron entrar en la sala.

Los otros estudiantes de la Academia de la Sombra se añadieron a la conmoción, intentando atemorizar a Bajie con sus gritos. El wookie se limitó a responderles con un rugido. Brakiss apremió a todo el mundo a mantener la calma desde el estrado, pero nadie le escuchó.

Otra puerta se abrió, y un nuevo contingente de soldados de las tropas de asalto entró a la carrera por el otro extremo de la sala.

Jacen fue corriendo hasta su hermana inconsciente y le sostuvo la cabeza y los hombros sobre su regazo. Con un gran alivio, percibió que la andanada de la Fuerza no la había herido gravemente. Jaina gimió y sus ojos castaño dorados se abrieron y se cerraron mientras intentaba recuperar el conocimiento.

— ¡Jaina! —exclamó—. ¡Vamos, Jaina, tienes que volver en ti!

—De acuerdo..., lo estoy haciendo —dijo Jaina.

Intentó levantarse, y después pareció darse cuenta de repente de la pelea que Bajie había provocado en su beneficio.

El segundo grupo de soldados de las tropas de asalto desenfundó sus pistolas aturdidoras mientras Bajie arrancaba un banco de debajo de otra estudiante de la Academia de la Sombra, haciéndola caer al suelo. La estudiante lanzó un grito de indignación. Bajie la ignoró y alzó el banco para lanzarlo contra los soldados que se aproximaban.

Los soldados apuntaron sus pistolas aturdidoras y dispararon, pero los haces chocaron con el banco y no causaron ningún daño. Bajie arrojó el banco y los soldados se apresuraron a apartarse de su trayectoria, que terminó en la pared de la sala. Bajocca se agachó para coger algo más que lanzar, y el primer grupo de soldados de las tropas de asalto del otro extremo de la sala, que por fin habían conseguido volver a ponerse en pie, abrió fuego con sus pistolas aturdidoras justo cuando lo hacía.

Los brillantes arcos azulados pasaron por encima de la espalda de Bajie, sin acertarle y dando de lleno en tres soldados del segundo grupo del otro extremo de la sala a los que dejaron sin conocimiento. Los soldados cayeron al suelo en un confuso estrépito de armaduras de plástiacero blanco.

— ¡Poned fin a esta alteración del orden! —gritó Brakiss.

Sus rasgos, normalmente impasibles, habían perdido su serena compostura.

Un soldado del primer grupo dio dos pasos hacia adelante y apuntó su pistola aturdidora directamente contra la espalda de Bajie mientras el wookie se ponía en pie, presentando un blanco fácil.

Jacen estaba mirando en esa dirección y reaccionó un momento antes de que el soldado de las tropas de asalto pudiera hacer fuego. Utilizó todo su control de la Fuerza para aferrar el arma del soldado y darle la vuelta, haciéndola girar en la mano enguantada de blanco de tal manera que cuando el guardia presionó el botón de disparo tenía el cañón apuntado hacia su pecho. El haz aturdidor se esparció sobre la armadura e hizo que el soldado cayera al suelo, totalmente inconsciente.

— ¡Estoy bien, Bajie! —gritó Jaina, acabando de recuperarse y poniéndose en pie—. ¡Mira, estoy bien!

Más soldados de las tropas de asalto llegaron a la carrera por los dos extremos de la sala con las armas desenfundadas.

—Cálmate, Bajie —dijo Jacen.

Bajocca volvió la cabeza de un lado a otro, con los dedos extendidos y los brazos preparados para hacer pedazos algo, y acabó viendo que estaba claramente superado en número.

Brakiss tenía los dedos estirados. Un poder iridiscente se enroscaba entre ellos, listo para ser descargado.

—No queremos haceros daño —dijo Brakiss, y su voz estaba llena de una salvaje seriedad—, pero debéis aprender disciplina. —El señor de la Academia de la Sombra volvió la mirada hacia los soldados—. ¡Devolvedlos a sus habitaciones y mantenedlos separados! Tenemos un gran trabajo que hacer aquí, y no podemos ser distraídos por estallidos de emociones mal canalizadas.

Después Brakiss relajó poco a poco sus hermosos rasgos hasta que volvió a tener su aspecto tranquilo e impasible de costumbre. Miró a Bajie y enarcó las cejas en señal de admiración.

—Me complace ver la fuerza que hay en tu ira, joven wookie. Eso es algo que debemos desarrollar. Tienes un gran potencial.

Varios guardias envueltos en su armadura blanca estrujaron los peludos brazos de Bajie en su presa insensible. Los soldados sacaron a los tres jóvenes Caballeros Jedi al pasillo y los llevaron a sus celdas.

11

Dathomir relucía como una hermosa joya color topacio, dando la bienvenida a Tenel Ka mientras Luke pilotaba el *Casualidad* haciéndolo descender por la atmósfera. Tenel Ka sintió un cosquilleo de expectación por todo el cuerpo. A pesar de las tristes circunstancias que los habían traído hasta allí, Tenel Ka no pudo evitar las sensaciones de placer y alegría que palpitaban por sus venas con cada latido de su corazón. «Tu hogar, tu hogar —le decían—. Tu hogar, tu hogar...»

Las turbulencias abofetearon la vieja nave que había burlado tantos bloqueos llevando contrabando mientras descendían. Luke examinaba las lecturas de la consola de navegación, e introducía correcciones en su rumbo.

—Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita al clan de la Montaña del Cántico —dijo Luke—. No recuerdo exactamente cómo se llega allí. Creo que puedo llevarnos bastante cerca, pero a menos que conozcas las coordenadas...

Tenel Ka recitó rápidamente los números antes de que Luke hubiese podido acabar de hablar. Al mismo tiempo, se inclinó hacia adelante e introdujo las coordenadas en el ordenador de navegación.

—Vengo aquí con frecuencia —explicó Tenel Ka—. Es mi segundo hogar en la galaxia, pero es el primer hogar de mi corazón.

—Sí —dijo Luke—. No me cuesta nada entenderlo.

El *Casualidad* fue llevándoles hacia el hogar del clan de la Montaña del Cántico, y pasaron por encima de océanos relucientes, frondosos bosques, vastos desiertos, colinas de suaves laderas y grandes llanuras fértiles. Tenel Ka sintió que la energía y la fuerza fluían a través de ella, como si la atmósfera del planeta tuviese el poder de recargar su organismo.

—Mira —dijo Luke, y señaló un rebaño de reptiles de piel azulada que corrían a una velocidad increíble por una llanura debajo de ellos.

—Es el Pueblo Azul del Desierto —dijo Tenel Ka—. Hacen esa migración cada amanecer y cada crepúsculo.

Luke asintió.

—Uno de ellos me permitió viajar montado sobre su grupa en una ocasión.

—Es un raro honor, Maestro Skywalker —dijo Tenel Ka—. Ni siquiera yo he tenido esa oportunidad.

El sol de un rosa pálido estaba bastante por encima del horizonte cuando llegaron al gran valle en forma de cuenco del clan de la Montaña del Cántico, el segundo hogar de Tenel Ka. Un entrelazado de manchas verdes y marrones que eran campos y huertos se desplegó debajo de ellos, bañado por la claridad rosada del sol. Pequeños grupos de cabañas puntuaban el valle, y los fuegos para cocinar de la mañana destellaban aquí y allá.

Luke señaló la fortaleza de piedra construida en el risco que se alzaba muy por encima del suelo del valle.

— ¿Augwynne Djo sigue gobernando allí?

—Sí, mi bisabuela todavía gobierna.

—Excelente. Entonces iremos directamente a verla. Preferiría que sólo unas pocas personas sepan por qué estamos aquí y me gustaría mantener lo más secreta posible nuestra presencia —dijo, y después guió el *Casualidad* en un impecable descenso hasta posarlo en el valle al lado de la fortaleza.

—Eso no debería ser muy difícil —replicó Tenel Ka—. Mi gente no habla si no hay necesidad de hacerlo.

Luke soltó una risita.

—Sí, lo creo.

Tenel Ka se detuvo a mitad del empinado sendero que llevaba hasta la fortaleza. No sentía ninguna fatiga, y se limitaba a saborear el momento.

Luke, que había estado siguiéndola a la misma velocidad con que andaba Tenel Ka, se detuvo sin una palabra y esperó a que continuara andando. No había ninguna señal de que le faltara el aliento y su respiración era lenta y regular, lo cual ya era una pequeña hazaña considerando lo deprisa que caminaba Tenel Ka.

Cuanto más tiempo llevaba conociendo al Maestro Skywalker, más le admiraba y mejor entendía por qué su madre —que no solía hablar bien de ningún hombre salvo su esposo Isolder— siempre había tenido en tan alta estima a Luke Skywalker.

Tenel Ka respiró hondo. El aire era delicioso, pero no sólo por los succulentos olores de carne asándose y verduras que brotaban de los fuegos para cocinar. Era finales de verano en el valle, y la cálida brisa estaba impregnada por los aromas de las frutas que maduraban, las hierbas doradas y el comienzo de la cosecha. A pesar de la mezcla de olores que surgían de los apriscos para los lagartos y los rebaños de rancors domesticados, el aire estaba impregnado por una dulce limpieza que llenaba de alegría su corazón.

Tenel Ka volvió a ponerse en movimiento, como si no hubiese ni un solo momento que perder. Acabó deteniéndose delante de la puerta de la fortaleza, donde se anunció a sí misma como miembro del clan.

Las puertas se abrieron y las hermanas de clan de Tenel Ka le dieron la bienvenida con cariñosos abrazos y murmullos de saludo. Todas vestían túnicas de piel de lagarto de varios colores, muy parecidas a la que llevaba Tenel Ka. Algunas llevaban complejos cascos, y otras se limitaban a lucir el pelo en trenzas llenas de adornos.

Una hermana de clan con una larga cabellera negra que le llegaba hasta la cintura acompañó a los dos viajeros.

—Augwynne nos dijo que vendrías —dijo.

Su expresión era seria y solemne, pero Tenel Ka vio la sonrisa que le iluminaba los ojos.

—Nuestra misión es urgente —declaró Tenel Ka sin molestarse en saludar a la mujer—. Debemos ver a Augwynne a solas inmediatamente.

Nunca había usado con anterioridad un tono tan imperioso en presencia del Maestro Skywalker, pero sabía que su hermana de clan no se ofendería. En momentos como aquel, la charla cortés era un lujo innecesario entre su pueblo.

La mujer inclinó ligeramente la cabeza.

—Augwynne ya se lo había imaginado. Os espera en la sala de guerra.

La anciana se puso en pie cuando entraron en la sala.

—Bienvenido, Jedi Skywalker, y bienvenida seas tú también, bisnieta Tenel Ka Chume Ta' Djo —dijo antes de abrazarles.

Tenel Ka soltó un gemido.

—Oh, por favor, no uses mi nombre completo —dijo—. Y no digas a nadie que estamos aquí, porque...

Luke la interrumpió.

—Estamos siguiendo una pista que nos ha llevado desde Yavin hasta Borgo Prima y Dathomir —dijo—. Nuestra necesidad de información nos ha traído ante ti.

Tenel Ka respiró hondo y buscó las palabras más adecuadas. Miró a su bisabuela a la cara, y vio que los ojos rodeados de arrugas de Augwynne estaban llenos de cautelosa atención.

—Estamos buscando a las Hermanas de la Noche —dijo por fin—. ¿Queda alguna en Dathomir?

El prolongado suspiro de Augwynne le dijo que habían ido al lugar adecuado. La anciana volvió la mirada hacia Luke.

—No son Hermanas de la Noche tal como tú y yo las conocimos —dijo—. No son viejas marchitas con la piel descolorida, que se iban pudriendo poco a poco debido a los hechizos de la noche que pronunciaban. —Augwynne meneó la cabeza—. No, son una orden de Hermanas de la Noche recién formada. Son jóvenes y hermosas, y están aliadas con el Imperio. —Alzó un dedo para acariciar la mejilla de Tenel Ka—. Su maldad es sutil. Doman rancors y cabalgan sobre ellos como hacemos nosotras. Si les place, se visten con ropas de guerreras. Ni siquiera son todas mujeres..., pero son las hijas de la oscuridad. Son peligrosas, y tienen nuevos objetivos. No intentes dar con ellas.

—Debemos hacerlo —se limitó a decir Tenel Ka—. Es nuestra mejor esperanza de rescatar a mis más íntimos amigos.

Augwynne clavó los ojos en el rostro de su bisnieta.

— ¿Juraste amistad a esas personas que debes rescatar?

Tenel Ka asintió.

—Con toda la ceremonia.

—Entonces no tenemos otra elección —dijo Augwynne con voz firme y decidida

—. Debes exponer tu caso delante del Consejo de Hermanas.

12

Brakiss tenía un despacho privado en la Academia de la Sombra, un lugar al que podía ir para estar a solas y practicar la contemplación.

Mientras pensaba contemplaba las imágenes multicolores que le rodeaban en las paredes: una cascada de lava escarlata en el planeta de roca líquida de Nkllon; un sol eme estallaba lanzando arcos de fuego estelar en la nova de los Denarii; el todavía llameante núcleo de la Nebulosa del Caldero, donde siete estrellas gigantes se habían convertido en supernovas al mismo tiempo; y un panorama de los fragmentos de Alderaan, destruido por la primera Estrella de la Muerte del Imperio hacía más de veinte años.

Brakiss reconocía una gran belleza en la violencia del universo y en el poder desencadenado que brotaba de la galaxia o que era dejado en libertad por el ingenio humano.

Brakiss, rodeado por la soledad y el silencio, utilizó técnicas de la Fuerza para meditar y absorber aquellas catástrofes cósmicas, cristalizando el poder que había dentro de su ser. Sabía cómo hacer que la Fuerza se doblegara a su voluntad a través del lado oscuro. El poder almacenado dentro de la galaxia era suyo para que lo utilizara. Cuando lo capturaba y lo mantenía aprisionado dentro de su corazón. Brakiss podía conservar su calma exterior y no verse inclinado a la violencia, como solía ocurrirle a Tamith Kai, que compartía las tareas de la instrucción con él. Brakiss se recostó en su sillón acolchado y permitió que su aliento saliera lentamente de sus pulmones. El cuero sintético chirrió al ser rozado por su cuerpo, y los calentadores que había dentro del sillón elevaron la temperatura hasta un nivel relajante. Los almohadones se adaptaron por sí mismos a la forma de su cuerpo para proporcionarle la máxima comodidad posible.

Tamith Kai se negaba a permitirse ese tipo de pequeños placeres. Era una mujer dura, e insistía en la privación y la adversidad para aguzar sus capacidades al servicio del Imperio, que había reconocido su potencial y la había sacado del áspero y salvaje planeta Dathomir. Pero Brakiss había descubierto que podía pensar mejor cuando estaba cómodo. Entonces podía hacer planes y reflexionar sobre las distintas posibilidades.

Conectó el cuaderno grabador de su escritorio y solicitó los registros del día. Tendría que hacer un informe y enviarlo en una hiperunidad blindada hasta su poderoso nuevo líder imperial, que se escondía en las profundidades de los Sistemas del Núcleo.

Había transcurrido algún tiempo desde que el campamento que fundó en el Gran Cañón de Dathomir había proporcionado algún estudiante nuevo que tuviera grandes capacidades, pero los tres jóvenes llenos de talento que había secuestrado de la Academia Jedi de Skywalker eran otra historia, y merecían el riesgo que supuso haberlos capturado, Brakiss podía percibirlo.

Pero sus creencias y deseos no podían ser más erróneos. El Maestro Skywalker les había enseñado demasiadas cosas y de las maneras equivocadas. No sabían cómo convertir su ira en una afilada punta de lanza para formar un arma más grande. Pensaban demasiado. Eran demasiado tranquilos, demasiado pasivos..., salvo el wookiee.

Brakiss necesitaba adiestrar a aquellos tres jóvenes. Él y Tamith Kai emplearían sus distintas especialidades para trabajar sobre ellos.

Brakiss movió los dedos y sus yemas golpearon suavemente la lisa superficie de su escritorio. De vez en cuando todavía lamentaba haber abandonado el centro de adiestramiento de Yavin 4. Había aprendido mucho allí, aunque su misión para el Imperio siempre ocupó el primer lugar en sus pensamientos.

El Imperio había escogido a Brakiss hacía ya mucho tiempo debido a su capacidad Jedi no explotada. Había sido sometido a un riguroso entrenamiento y condicionamiento para que pudiese espiar la Academia Jedi de Skywalker y acumular una información que no tendría precio. Se suponía que nadie debía saber que era un explorador, infiltrado allí para aprender técnicas que luego pudiera enseñar al Segundo Imperio. El nuevo líder imperial había insistido en desarrollar sus propios Jedi Oscuros, un símbolo alrededor del que podrían agruparse los que eran fieles al Imperio.

Pero, de alguna manera inexplicable, el Maestro Skywalker había sabido ver inmediatamente a través del engaño. Había comprendido cuál era la verdadera identidad de Brakiss. Pero a diferencia de lo que ocurrió con los espías torpes y carentes de experiencia que habían ido anteriormente a Yavin 4 con la misma misión, Brakiss no había sido expulsado al instante. Skywalker había tenido muy poca paciencia con los otros, pero al parecer había visto un verdadero potencial en Brakiss.

El Maestro Skywalker había empezado a trabajar con él, enseñándole abiertamente aquellas cosas que más necesitaba aprender. Brakiss tenía un gran talento para el uso de la Fuerza, y el Maestro Skywalker le había enseñado cómo emplearlo. Pero Skywalker había intentado repetidamente contaminar a Brakiss con el lado de la luz, con los lugares comunes y las costumbres pacíficas de la Nueva República. Sólo el pensarlo hizo que Brakiss se estremeciera.

Finalmente, en una prueba privada y supremamente importante, el Maestro Skywalker había conducido a Brakiss en un viaje mental por el interior de su ser. No le había permitido mirar hacia fuera a través de los ríos de la Fuerza, y había dado la vuelta al estudiante oscuro como si fuese un guante para que pudiera ver lo que había dentro de su corazón y observar la verdad sobre aquello de lo que estaba hecho.

Brakiss había abierto una trampilla y había caído en un pozo lleno de su autoengaño y de las crueldades potenciales que el Imperio podía obligarle a cometer. El Maestro Skywalker había permanecido junto a él, obligándole a mirar —y a seguir mirando— incluso mientras Brakiss se debatía para escapar de sí mismo, no queriendo enfrentarse a las mentiras de su existencia.

Pero el condicionamiento imperial era demasiado profundo. Su mente estaba demasiado centrada en el servicio al Imperio, y aquella prueba había acabado llevándole al borde de la locura. Brakiss huyó del Maestro Skywalker, y subió a su nave y se alejó por las profundidades del espacio.

Había pasado mucho tiempo en soledad antes de volver al abrazo del Segundo Imperio, donde empezó a emplear sus conocimientos..., tal como había sido planeado desde el principio.

Brakiss era apuesto y estaba perfectamente formado, y no podía hallarse más lejos de la corrupción que había mostrado el Emperador en sus últimos días, cuando el lado oscuro devoró su cuerpo desde el interior. Brakiss intentó negar esa corrupción y consolarse a sí mismo con su apariencia externa, pero no podía escapar a la fealdad oculta en la oscuridad de su corazón.

Sabía que su lugar en el Imperio renacería, y había aprendido a sentirse satisfecho con aquel servicio. Su mayor triunfo era su Academia de la Sombra, donde podía supervisar el adiestramiento de los nuevos Jedi Oscuros: docenas de estudiantes, algunos de ellos con muy poco o ningún talento, pero otros con el potencial para alcanzar una auténtica grandeza tan inmensa como la del mismo Darth Vader.

El nuevo líder imperial también era consciente del peligro que encerraba crear un grupo tan poderoso de Jedi Oscuros, naturalmente. Los Caballeros Jedi que habían sucumbido ante el lado oscuro tendrían sus propias ambiciones, y se verían tentados por el poder que controlaban. El trabajo de Brakiss consistía en mantenerlos a raya.

Pero el gran líder tenía sus propias medidas protectoras. Toda la Academia de la Sombra estaba llena de artefactos autodestructivos: había centenares, si es que no millares, de explosivos capaces de provocar reacciones en cadena. Si Brakiss no conseguía crear su tropa de Jedi Oscuros, o si los nuevos estudiantes acababan organizando una revuelta contra el Segundo Imperio, el líder imperial activaría las secuencias de autodestrucción de la estación. Brakiss y todos los Jedi Oscuros quedarían destruidos en un destello cegador.

Brakiss, un rehén de la oscuridad, nunca podía salir de la Academia de la Sombra. Permanecería allí por orden del gran líder, confinado hasta que él y todos sus estudiantes hubieran demostrado ser dignos de confianza.

Brakiss descubrió que estar sentado encima de una enorme bomba hacía que le resultara difícil concentrarse. Pero tenía una gran confianza en sus capacidades y en las de Tamith Kai. Sin esa confianza nunca habría llegado a convertirse en Jedi, y jamás se habría atrevido a tocar las enseñanzas del lado oscuro. Pero había aprendido aquellos secretos, y se había ido haciendo cada vez más fuerte.

Cambiaría a esos nuevos estudiantes. Estaba seguro de que podía hacerlo.

Brakiss sonrió mientras terminaba el informe que describía sus planes. La ira del wookiee alto y desgarbado podía ser utilizada, y Tamith Kai no tenía rival en ese tipo de trabajos. La nueva Hermana de la Noche era una torturadora nata, y sabía

cumplir extremadamente bien todos sus deberes. Brakiss permitiría que se encargara de adiestrar a Bajocca.

Él, por su parte, trabajaría con los gemelos, los nietos de Darth Vader. Eran demasiado tranquilos y estaban demasiado bien adiestrados, y resistirían de maneras sutiles que demostrarían ser mucho más difíciles de superar.

Brakiss tenía otros métodos para ellos. En primer lugar, tenía que averiguar lo que realmente querían Jacen y Jaina..., y dárselo después.

A partir de ese momento, los gemelos serían suyos.

13

La cámara de adiestramiento de la Academia de la Sombra estaba vacía, un enorme espacio cuadrado delimitado por cuatro paredes que parecía bostezar y esperar ser llenado. Las puertas se cerraron detrás de Jacen, dejándolo confinado con Brakiss y obligándolo a enfrentarse a lo que fuese que el profesor le tenía reservado. Las paredes eran de color gris y estaban recubiertas por una parrilla de sensores de ordenador incrustados en ellas. Jacen no vio controles ni salidas.

Alzó la mirada hacia aquel hombre tan hermoso que permanecía inmóvil envuelto en su túnica plateada, observando a Jacen con una paciente sonrisa llena de calma.

Brakiss metió la mano entre los pliegues iridiscentes de su túnica y extrajo de ellos un cilindro negro que tendría la mitad de la longitud del antebrazo de Jacen. En el cilindro había tres botones de control de energía y una serie de surcos espaciados para que los dedos pudieran empuñarlo.

Era una espada de luz.

—Necesitarás esto para el adiestramiento de hoy —dijo Brakiss, y su sonrisa se hizo un poco más grande—. Cógelo. Es tuyo.

Jacen abrió mucho los ojos. Su mano se movió hacia adelante, pero enseguida se apresuró a retirarla e intentó ocultar su anhelo.

— ¿Qué he de hacer a cambio? —preguntó con voz recelosa.

—Nada —respondió Brakiss—. Límitate a utilizarlo.

Jacen tragó saliva y evitó que sus ojos se encontraran con los de Brakiss, temiendo revelar lo mucho que deseaba tener su propia espada de luz. Pero no quería tenerla en aquel lugar, bajo aquellas circunstancias.

—Eh, se supone que no he de hacerlo —dijo—. No he completado mi adiestramiento. El Maestro Skywalker y yo hablamos de ello hace pocos días.

—Tonterías —dijo Brakiss—. El Maestro Skywalker está frenando tus progresos sin que haya ninguna necesidad para ello. Ya sabes cómo utilizar una de estas armas. Adelante.

Brakiss le ofreció la empuñadura de la espada de luz, acercándola un poco más a Jacen y tentándole con su proximidad.

—En la Academia de la Sombra opinamos que la habilidad con la espada de luz, está entre los primeros talentos que debería desarrollar un Jedi, porque siempre hay necesidad de guerreros fuertes y capaces. Si un Caballero Jedi no está preparado para luchar por una causa, ¿de qué sirve entonces?

Brakiss metió la empuñadura de la espada de luz entre las manos de Jacen, y éste reaccionó instintivamente curvando los dedos alrededor de ella. El arma le pareció cargada por el peso de la responsabilidad y, al mismo tiempo, ligera gracias al poder que contenía. Los surcos de los dedos estaban demasiado espaciados para su joven mano, pero se iría acostumbrando a ella.

Jacen presionó el botón activador y un haz color zafiro surgió de la empuñadura con un silbido chisporroteante, índigo en el núcleo pero azul eléctrico en los bordes. Movié la hoja de un lado a otro, y la energía hendió el aire dejando tras de sí un débil olor a ozono. Jacen lanzó otro tajo con la espada de luz.

Brakiss juntó las manos.

—Muy bien —dijo.

Jacen giró sobre sí mismo y alzó la espada de luz.

—Eh, Brakiss, ¿qué puede impedirme acabar contigo ahora mismo? —preguntó—. Eres un malvado. Nos has secuestrado. Estás adiestrando a enemigos de la Nueva República.

Brakiss se rió. No era una carcajada burlona, sino meramente una expresión de seca diversión.

—No me matarás, joven Jedi —dijo—. Nunca acabarías con un oponente desarmado. El asesinato a sangre fría no forma parte del adiestramiento que el Maestro Skywalker imparte a sus jóvenes estudiantes..., a menos que haya cambiado su programa académico desde que me fui de Yavin 4.

El rostro liso como el alabastro de Brakiss parecía exquisitamente sereno, pero enarcó sus pálidas cejas.

—Naturalmente, si dejaras en libertad a tu ira y me cortaras por la mitad —siguió diciendo—, habrías dado un significativo primer paso por el camino oscuro. Aunque yo no estaría aquí para ver los beneficios, el Imperio sin duda podría utilizar tus capacidades de una manera muy beneficiosa.

—Ya es suficiente —dijo Jacen, y apagó la espada de luz.

—Tienes razón —asintió Brakiss—. Basta de charla. Esto es un centro de adiestramiento.

— ¿Qué me vas a obligar a hacer? —preguntó Jacen, sosteniendo la empuñadura de la espada de luz y manteniéndose alerta y preparado para volver a activarla.

—Será una simple sesión de práctica, muchacho —dijo Brakiss, yendo hacia la puerta—. Esta sala puede proyectar hologramas dirigidos a distancia por control remoto, enemigos imaginarios para que luches con ellos y que te ayudarán a adquirir más habilidad en el manejo de tu nueva arma..., tu espada de luz.

—Si no son más que hologramas, ¿por qué debería luchar? —preguntó Jacen con voz desafiante—. ¿Por qué debería cooperar?

Brakiss cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me siento inclinado a pedirte que me des ese pequeño placer, pero dudo de que fueras a hacerlo..., por lo menos todavía no. Así que vamos a expresarlo de otra manera. —Su voz se volvió repentinamente dura, y tan afiladamente cortante como una navaja de cristal—. Los hologramas serán guerreros monstruosos. Pero ¿cómo sabes que no introduciré un monstruo de carne y hueso en la sesión para

que luche contigo? Los hologramas de control remoto tienen un aspecto tan real que nunca percibirías la diferencia. Y si te quedas quieto y te niegas a luchar, un enemigo real podría hacer que tu cabeza dejase de estar encima de los hombros.

»Probablemente no haré eso en la primera sesión, por supuesto. Probablemente no... O tal vez lo haré, para demostrarte que soy sincero. Pasarás mucho tiempo aquí, adiestrándote en el lado oscuro. Nunca sabrás cuándo puedo perder la paciencia contigo.

Brakiss salió de la cámara de adiestramiento, y las puertas metálicas se cerraron detrás de él con un ruidoso tañido.

Jacen esperó en tensión, solo en la cámara tenuemente iluminada con sus paredes grises. La sala estaba sumida en un silencio total salvo por su respiración y el latir de su corazón, como si enguliese todos los ruidos. Jacen desplazó su peso de un pie a otro, y sintió la dureza de la gema corusca todavía escondida dentro de su bota. El que los imperiales no la hubieran descubierto y se la hubiesen quitado le consolaba un poco, pero no sabía de qué manera podría ayudarle el tenerla.

Jacen hizo girar la empuñadura de la espada de luz en sus manos e intentó decidir qué debería hacer. Intellectualmente, estaba seguro de que Brakiss sólo había estado jugando con él y de que nunca enviaría a un verdadero monstruo asesino. Pero una parte del corazón de Jacen no estaba tan segura, y la ligera punzada de duda hizo que empezara a ponerse nervioso.

De repente el aire brilló. Jacen oyó un sonido rechinante y giró sobre sí mismo para mirar detrás de él. Una puerta que no había visto antes se abrió lentamente para revelar una celda llena de sombras de la que surgió algo enorme y tambaleante que arrastraba garras muy afiladas sobre el suelo.

En casa la gran afición de Jacen siempre había sido estudiar plantas y animales extraños y poco usuales. Había examinado los registros de las razas alienígenas conocidas y se los había aprendido todos de memoria, pero aun así necesitó unos momentos para reconocer al horrendo monstruo que estaba saliendo de su celda.

Era un abyssino, un monstruo tuerto con la piel verde amarronada, hombros muy anchos y largos, y poderosos brazos que colgaban hasta casi rozar el suelo y terminaban en garras que podían destrozar árboles.

La ciclópea criatura acabó de emerger de su celda, gruñó y miró alrededor con su único ojo. El abyssino parecía estar sufriendo algún intenso dolor y lo único que vio —y, en consecuencia, su único objetivo— fue al joven Jacen, armado con su espada de luz.

El abyssino rugió, pero Jacen se mantuvo donde estaba. Alzó su mano libre con la palma vuelta hacia fuera, e intentó utilizar las técnicas de relajación Jedi que habían demostrado tener tanto éxito cuando domesticaba nuevos animales para que fueran sus mascotas.

—Cálmate —dijo—. Vamos, cálmate, no quiero hacerte daño... No estoy con ellos.

Pero el abyssino no quería calmarse y empezó a avanzar, balanceando sus largos brazos como péndulos terminados en garras. Jacen, por supuesto, sabía que si el monstruo realmente no era más que un holograma sus técnicas Jedi no servirían de nada.

El abyssino empuñó un largo garrote de aspecto muy amenazador que había llevado sujeto a la espalda. El garrote parecía una rama retorcida con pinchos en un extremo, y su longitud le permitía llegar mucho más lejos que la espada de luz. El monstruo tuerto podía hacer papilla a Jacen y no ser tocado jamás por la hoja Jedi.

— ¡Rayos desintegradores! —murmuró Jacen.

Encendió la espada de luz y sintió el poder de la hoja de energía que empezó a latir delante de él con un cegador resplandor azulado.

El abyssino abrió y cerró lentamente su enorme y único ojo y después se lanzó a la carga con la boca llena de colmillos abierta. La criatura hizo girar su garrote de pinchos como si fuese un ariete.

Jacen movió instintivamente la espada de luz delante de él en un golpe defensivo. La hoja resplandeciente rebanó la punta del garrote con tanta facilidad como si fuese un trozo de queso blando. El extremo con pinchos cayó ruidosamente sobre el suelo metálico.

El monstruo contempló la punta humeante de su garrote durante un segundo, y después aulló y volvió a atacar. Esta vez Jacen se encontraba preparado. Su corazón latía a toda velocidad y la adrenalina fluía por su cuerpo, y todo su ser estaba sintonizado con la Fuerza y concentrado en su enemigo.

El abyssino dejó caer su garrote, y el ataque pasó demasiado cerca de él para que Jacen pudiera golpear con la espada de luz. Esquivó la acometida haciéndose a un lado y la criatura volvió a atacar, esta vez con un manotazo repleto de garras.

Jacen se arrojó al suelo y rodó sobre sí mismo, sosteniendo la espada de luz lejos del cuerpo con el brazo extendido para evitar herirse a sí mismo con la hoja mortífera.

El abyssino saltó sobre él e intentó golpearle con el extremo más grueso del garrote. Pero Jacen se puso sobre la espalda y alzó la espada de luz, haciendo girar sus muñecas para cortar el resto del garrote hasta reducirlo a un muñón humeante en las manos del monstruo, y después rodó sobre su costado para esquivar el pesado trozo de madera cuando cayó al suelo.

El abyssino arrojó a un lado el inútil resto de garrote, volvió a aullar y después se lanzó sobre Jacen para arrancarle del suelo. Pero Jacen sostuvo la espada de luz enfrente de él y la movió hacia adelante como si fuese una lanza. La punta reluciente se hundió en el ancho pecho del monstruo cuando éste descendía sobre Jacen, calcinándolo hasta que desintegró el corazón del abyssino.

La criatura se encogió sobre sí misma con un ensordecedor chillido de dolor que se fue debilitando rápidamente, y se derrumbó hacia adelante. Jacen torció el gesto, sabiendo que sería aplastado por la bestia..., pero el cíclope brilló y se disolvió en un estallido de estática primero y de vacío después cuando los proyectores del holograma dejaron de funcionar.

Jacen, sudoroso y jadeante, apagó la espada de luz. El siseante haz de energía fue engullido por la empuñadura con un thwoop que duró apenas una fracción de segundo. Jacen se incorporó y se quitó el polvo de las ropas.

La puerta volvió a abrirse y Jacen giró sobre sí mismo, preparado para enfrentarse con otro horrendo enemigo. Pero en el umbral sólo estaba Brakiss, aplaudiendo sin hacer ningún ruido.

—Muy bien, mi joven Jedi —dijo—. No ha estado tan mal, ¿verdad? Muestras un gran potencial. Lo único que necesitas es la ocasión de practicar.

Bajie estaba agazapado sobre la plataforma para dormir de su celda, con la espalda pegada al rincón y las peludas rodillas subidas hasta el pecho. Estaba revolcándose en la desgracia y la autorrecriminación, y dejaba escapar un gemido de vez en cuando.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Había permitido que el oleaje de las enseñanzas de Brakiss fuera arrastrándolo más y más hacia las profundidades de su mar de ira, hasta que se había visto sumergido en él y había sido llevado a la deriva por su corriente.

Jacen se había mantenido firme. Y por muy seductoras que fuesen las enseñanzas de Brakiss —Bajie se negaba a pensar en él como el Maestro Brakiss— Jaina tampoco había sucumbido a ellas. Se había limitado a ponerse en pie para hablar, defendiendo lo que creía.

Un gruñido de reproche dirigido contra sí mismo retumbó en la garganta de Bajie. Sólo él, que siempre se había enorgullecido de su capacidad para pensar antes de actuar irreflexivamente —de su dedicación al estudio, al aprendizaje y la comprensión— se había dejado influir por las venenosas enseñanzas. En el futuro tendría que tener más cuidado. Tendría que resistir y rechazar las palabras.

Si Jacen y Jaina podían aguantar, entonces también podía hacerlo Bajie. Jaina no se había rendido. Había dicho que tenía un plan, y Bajie tendría que estar preparado para hacer su parte cuando llegara el momento de escapar. Pensar en la fortaleza de sus amigos hizo que Bajie se sintiera un poco reconfortado. Podía resistir la tentación de dejarse llevar por su ira. Golpeó la pared junto a él con un puño peludo y gritó su desafío. Resistiría.

La puerta se abrió de repente como en respuesta a su desafío, y dos soldados de las tropas de asalto entraron en la celda, seguidos por Tamith Kai. Bajie arrugó la nariz al percibir que algo más había entrado en aquel cubículo sin ser invitado: el olor desagradable que flotaba a su alrededor, un olor de oscuridad. Los soldados empuñaban varas aturdidoras activadas, y Bajie supuso que esperaban que les causara más problemas.

—Te levantarás —dijo Tamith Kai.

Bajie se preguntó si se atrevería a resistir. Un roce de una de las varas aturdidoras de los soldados se encargó de darle la respuesta a esa pregunta.

La mirada violeta de Tamith Kai recorrió a Bajie desde la cabeza hasta los pies durante un momento y después su boca dejó escapar una corta exhalación, como si se dispusiera a iniciar una tarea difícil que se había impuesto a sí misma.

—Todavía te queda mucho por aprender sobre los secretos de la Fuerza —dijo, en un tono de voz casi afable—, pero posees la capacidad para sentir una gran ira. —Tamith Kai asintió con aprobación—. Es tu mayor recurso. Ahora te enseñaré a recurrir a esa ira para que saque a la luz todo tu poder sobre la Fuerza. Te sorprenderá lo mucho que eso acelerará tu aprendizaje.

Se volvió hacia los soldados.

—Quitadle el cinturón.

Bajie puso una mano protectora sobre las lustrosas fibras brillantes que le rodeaban la cintura y se cruzaban por encima de su espalda. Había arriesgado la vida para adquirir aquellas fibras de la planta syrena como parte de sus ritos de paso a la edad adulta wookie, y después había ido trenzándolas laboriosamente hasta obtener un cinturón que simbolizaba su independencia y su confianza en sí mismo.

Abrió la boca para rugir una irritada objeción, pero volvió a cerrarla enseguida al comprender que era justo el tipo de respuesta que Tamith Kai esperaba obtener: quería llevarle hacia la ira. Esta vez Bajie no se dejaría engañar con tanta facilidad. Permaneció inmóvil, decidido y sin hacer nada, mientras los soldados le quitaban el preciado cinturón.

Tamith Kai movió una mano para indicarle que saliera de la celda caminando delante de ella. Un soldado le administró un empujón con la vara aturdidora para animarle a moverse. La sonrisa de Tamith Kai se burlaba de Bajie.

—Sí, joven wookie —dijo—, tu ira será tu mayor recurso.

Lo llevaron hasta una gran cámara vacía. Una brillante claridad roja y anaranjada brotaba de los paneles luminosos sin filtros instalados en el techo. El aire frío apestaba a metal y sudor. Cuando la puerta se cerró detrás de él con un siseo y un tañido metálico, Bajie miró a su alrededor. Estaba solo.

Bajocca permaneció inmóvil y esperando durante lo que le parecieron horas, alerta y preparado para lo que fuese que Tamith Kai podía utilizar a fin de provocarle. Sus ojos dorados recorrieron las paredes desnudas con suspicacia.

No ocurrió nada.

Mientras esperaba, las luces del cubículo parecieron volverse más potentes y el aire se fue enfriando. Bajie acabó sentándose con la espalda pegada a una pared, todavía receloso, todavía vigilando.

Nada.

Pasado un buen rato, Bajie se irguió con una brusca sacudida y se dio cuenta de que había estado a punto de quedarse dormido. Volvió a escrutar las paredes buscando cualquier cambio, y se encontró deseando tener consigo incluso al irritante Teemedós para que le mantuviese despierto..., y para que le hiciera compañía.

El sonido estalló repentinamente dentro de la cabeza de Bajie, estridente e insoportable, haciendo que despertara de un sueño inquieto. Unas luces muy potentes brillaban en el techo, cegadoras en su intensidad. Bajie se levantó de un salto.

Intentó centrar la vista y miró a su alrededor, buscando la fuente de la sirena, y se apretó los oídos con las manos mientras gemía de dolor. Pero no pudo

bloquear el sonido que se abría paso a través de su cerebro igual que un láser cortaría la madera blanda.

De repente todos los sonidos cesaron sin ningún aviso previo, dejando un vacío de silencio en su lugar. Los paneles luminosos se estabilizaron, volviendo a su nivel de brillantez anterior.

El rostro de Tamith Kai apareció detrás de un gran panel de transpariacero incrustado en la pared que Bajie no había visto antes. El joven wookiee, todavía un poco aturdido a causa de su sueño interrumpido, se lanzó contra el panel impulsado por la frustración. La risita complacida de Tamith Kai hizo que se calmara al instante.

—Un comienzo magnífico —dijo.

Bajie retrocedió hasta el centro de la sala y se sentó, con sus largos brazos peludos rodeándole las piernas y sin atreverse a permitirse cualquier otra respuesta por miedo a perder los estribos de nuevo.

La voz burlona de Tamith Kai resonó en la cámara vacía y la llenó de ecos.

—Oh, nos encontramos muy lejos de haber terminado nuestra lección, wookiee. Estarás de pie.

Bajie pegó la frente a las rodillas, negándose a mirarla y a moverse.

—Ah, tal vez sea lo mejor —siguió diciendo la voz—. El fuego de tu ira arderá con más intensidad cuanto más combustible añada.

El sonido estridente volvió a taladrarle el cerebro y las luces cegadoras agredieron sus ojos. Bajie se concentró y dirigió su mente hacia las profundidades de su ser, y lo soportó todo en silencio.

Las luces y el sonido cesaron cuando un pesado objeto negro cayó desde una compuerta de acceso al suelo delante de él. Bajie estaba tan sumido en su concentración que no se sobresaltó, pero alzó la mirada para ver de qué se trataba.

—Es un generador sónico —anunció la voz grave y llena de matices de Tamith Kai—. Produce la hermosa música de la que has estado disfrutando hoy. —Una sombra de cruel diversión ondulaba a través de sus palabras—. También contiene el relé estroboscópico de alta intensidad que controla los paneles luminosos. Para completar tu lección del día de hoy, lo único que has de hacer es destruir el generador sónico.

Bajie contempló aquella especie de caja: medía menos de un metro de lado, estaba hecha de un metal deslustrado con los cantos y las esquinas redondeadas, y no tenía ningún asidero para agarrarla. Bajie alargó las manos hacia ella.

—Ten la seguridad de que ni siquiera un wookiee adulto puede levantarlo sin utilizar la Fuerza —volvió a decir la voz de Tamith Kai.

Bajie intentó levantar el objeto y descubrió que Tamith Kai tenía razón. Cerró los ojos y se concentró, recurriendo a la Fuerza, y volvió a intentarlo. El generador apenas se movió. Bajie meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más confuso. Se

dijo que el peso en sí, o el tamaño del objeto, no deberían haber tenido ninguna importancia. Después razonó que tal vez sencillamente estaba demasiado cansado, o que tal vez Tamith Kai estaba utilizando la Fuerza para mantener inmóvil el generador.

—Piensa, mi joven Jedi —se burló Tamith Kai—. No puedes esperar levantar el objeto más pesado con tus débiles músculos.

Las luces volvieron a brillar, y una daga de sonido le atravesó las orejas. Pero sólo por un momento.

—No mantengas reprimida tu ira —siguió diciendo la voz de Tamith Kai como si no se hubiera producido ninguna interrupción—. Debes utilizarla..., dejarla en libertad. Sólo entonces podrás ser libre.

Bajie comprendió lo que estaba haciendo Tamith Kai, y el conocimiento le dio nuevas fuerzas. Cerró los ojos, respiró hondo y se concentró, preparándose para resistir las luces y el sonido.

Pero no estaba preparado para lo que ocurrió a continuación.

Chorros de agua helada surgieron repentinamente de las paredes, golpeándole desde todas las direcciones con dolorosa potencia. Bajie quedó empapado y no tardó en estar temblando, pero los chorros de agua a gran presión siguieron embistiéndole e invadiéndole. El líquido se metió por la fuerza debajo de sus párpados, dentro de sus orejas y su boca, y bajó chorreando por su cuerpo, helándole hasta la médula de los huesos.

El ataque acuoso terminó tan inesperadamente como había empezado. Bajie, que estaba temblando convulsivamente de frío, bajó la mirada para encontrarse metido hasta los tobillos en agua que estaba casi tan fría como un deshielo glacial. La ira burbujeó dentro de él, pero Bajie la reprimió y dejó que saliera de su ser en un lento fluir tal como el agua había descendido por su cuerpo. Después intentó volver a mover el generador sónico, pero no lo consiguió.

Como si el esfuerzo de Bajie lo hubiese puesto en marcha, el generador sónico inició una nueva ofensiva contra sus sentidos, desencadenando el efecto estroboscópico de los paneles luminosos e inundando la sala con un estridente gemido hasta que Bajie pensó que acabaría ahogándose en él.

Lo que hizo fue concentrarse en pensamientos de sus amigos Jacen y Jaina. Sería fuerte.

Cuando el generador se calló, más puños de agua helada golpearon su cuerpo desde todas las direcciones.

Bajie no hubiese podido decir durante cuánto tiempo se alternaron aquellas torturas. Pasado un rato, parecía como si su vida siempre hubiese sido una letanía de luces, sonido, agua, luces, sonido, agua...

Pero Bajie siguió manteniéndose firme y no se dejó dominar por su ira.

Cuando Tamith Kai volvió a hablarle, el joven wookie se había hecho un apretado ovillo helado de empapada incomodidad y estaba temblando encima del

generador sónico, en un esfuerzo para devolver algo de sensibilidad a sus piernas y pies entumecidos.

—Tienes dentro de ti el poder de poner fin a tu tortura —dijo la voz de Tamith Kai fingiendo compasión—. Ay, joven Jedi, la resistencia sólo es admirable cuando consigues algo a cambio de ella.

Bajie no alzó la cabeza ni dio ninguna señal de haber oído sus palabras.

—No puedes ayudarte a ti mismo de esta manera. No puedes ayudar a tus amigos. Tus amigos ya han aprendido la verdad de mis palabras —siguió diciendo Tamith Kai.

Bajie alzó la cabeza y dejó escapar un gruñido de incredulidad.

—Ah, pero así es —dijo Tamith Kai, pareciendo querer darle ánimos—. ¿Te gustaría verlos?

Un par de imágenes holográficas apareció delante de los ojos de Bajie antes de que pudiera lanzar un ladrido de asentimiento. Una mostraba a Jacen empuñando una espada de luz con una expresión de salvaje y alegre placer iluminando sus jóvenes rasgos. En la otra, Jama utilizaba la Fuerza para arrojar a un lado objetos muy pesados, y tenía la cabeza echada hacia atrás con una sonrisa desafiante en los labios.

Bajie extendió los brazos hacia las imágenes luminiscentes con un chillido de perpleja incredulidad..., y cayó de bruces en el agua helada que cubría el suelo. Se incorporó, y el generador sónico reanudó su torturante gimoteo.

El horror se mezcló con la rabia y la sensación de haber sido traicionado en las profundidades de su ser, y avivó las ascuas que llevaban tanto tiempo humeando dentro de ellas. Las llamas de la ira se alzaron dentro de Bajie, calentándole con su innegable calor, y fueron haciéndose cada vez más y más altas hasta que brotaron de su garganta bajo la forma de un aullido de furia.

Y después ya no fue consciente de nada más.

Bajie despertó envuelto en la tranquilizadora oscuridad de su celda. El cubículo estaba caliente y Bajie yacía sobre su plataforma para dormir, cubierto con una suave manta. Le dolían los músculos, pero se sentía descansado. Se llevó una mano a la cintura y descubrió que volvía a llevar su cinturón de fibras trenzadas.

La voz de Tamith Kai resonó de repente junto a él. Bajie no se sorprendió al descubrir que la alta y esbelta Hermana de la Noche de cabellos oscuros estaba de pie junto a él. La tenue claridad de los paneles luminosos de la celda le permitió ver que sostenía en las manos un objeto metálico de forma irregular.

—Lo has hecho muy bien, joven wookie —dijo Tamith Kai.

Bajie soltó un gemido lleno de tristeza cuando el recuerdo de lo que había hecho volvió a su mente.

—Tu ira hizo que superases mis máximas expectativas —dijo Tamith Kai, contemplándole con obvio orgullo—. Como recompensa, te he traído tu androide.

Bajie se sintió lleno de confusión. ¿Debería sentirse orgulloso de lo que había hecho? ¿Debería sentirse avergonzado? Recibió a Teemedós de las manos de Tamith Kai con alivio, y volvió a sujetar al pequeño androide en su lugar de costumbre en su cinturón.

—Serás un Jedi magnífico —dijo Tamith Kai, y le sonrió como si los dos ya formaran parte de la misma conspiración—. Después de que dejaras en libertad tu ira, ni siquiera pudimos reparar el generador sónico como habíamos podido hacer en todas las ocasiones anteriores.

Después Tamith Kai salió de la celda, dejándole a solas con sus pensamientos.

Bajie se puso en pie y gimió cuando sus músculos se negaron a cooperar, y volvió a derrumbarse sobre la plataforma.

—Bueno, si quiere saber mi opinión —dijo la aguda voccecita de Teemedós—, usted mismo fue la causa de una gran parte de su dolor a través de su innecesaria resistencia.

Bajocca gruñó una réplica sorprendida.

— ¿Que quién me ha pedido mi opinión? —replicó Teemedós—. Bueno, la verdad es que no sé por qué ha de estar tan preocupado y nervioso. Después de todo, se encuentra en la Academia de la Sombra para aprender. Vaya, tiene mucha suerte de que se hayan tomado tanto interés por usted.

»Los imperiales son muy perceptivos, ¿sabe? De hecho, lo son hasta tal extremo de que supieron ver mi potencial y me han incluido en sus planes. Me siento muy honrado.

Bajie, que había empezado a sentir una inquietante sospecha, ladró una pregunta.

— ¿A qué viene eso de si estoy averiado? —preguntó Teemedós—. No estoy averiado. Todo lo contrario. Como expresión de su completa confianza en mí, Brakiss y Tamith Kai han mejorado y refinado mi programación. Ahora me siento mucho mejor de lo que me había sentido jamás. Voy a ser una parte imprescindible de la instrucción a que será sometido aquí. Debe comprender que sólo desean lo mejor para usted. El Imperio es su amigo.

Bajie emitió un sonido pensativo, como si aceptara las palabras de Teemedós..., y después bajó la mano para desconectar al pequeño androide.

La cabeza se le había despejado de repente. Las palabras de Teemedós habían hecho cristalizar algo en su mente. Bajie podía haber caído una vez, pero no se había rendido. Y si sabía algo sobre Jacen y Jaina, lo mismo era verdad para ellos..., o por lo menos ésa era la esperanza a la que debía aferrarse.

Tenel Ka volvió a media tarde. Encontró al Maestro Skywalker tranquilamente entregado a la contemplación en el pequeño cuarto para esclavos que Augwynne Djo le había ofrecido para mantenerlo alejado de ojos curiosos durante la reunión.

—He hablado con el Consejo de Hermanas —dijo Tenel Ka. Oleadas de calor de la tarde subían ondulando por el risco hasta llegar a la fortaleza de la Montaña del Cántico, impregnando el aire con un seco olor a quemado—. Esperan visitas que llegarán hacia el ocaso. En ese momento serán respondidas todas nuestras preguntas.

—Entonces esperaremos —dijo el Maestro Skywalker, mirándola con sus penetrantes ojos azules—. Es una de las cosas más difíciles de hacer..., especialmente en un momento tan apremiante, cuando no sabemos qué les ha ocurrido a Jacen, Jaina y Bajocca. Pero si el esperar nos proporciona respuestas allí donde la acción no lo haría..., entonces el esperar es la acción que debemos elegir —añadió sonriendo.

Como correspondía a una buena invitada, Tenel Ka estuvo ocupada con pequeñas labores para ayudar al clan de la Montaña del Cántico mientras las horas iban transcurriendo lentamente.

El sol descendió hacia el horizonte y el ocaso. Unas cuantas nubes que flotaban a baja altura en el cielo, que por lo demás estaba despejado, se volvieron de color rosa y anaranjado, y dispersaron por la atmósfera recalentada los rayos sobrantes que no podían absorber. Insectos que chirriaban y lagartos sigilosos empezaron a moverse de un lado a otro mientras su mundo se enfriaba con el crepúsculo, añadiendo débiles sonidos al silencio del día.

Tenel Ka y el Maestro Skywalker acabaron reuniéndose en el nivel inferior de las moradas del risco, desde donde contemplaron la llanura de roca cocida por el sol y las sombras cada vez más largas que el crepúsculo proyectaba encima del desierto. Comparada con las abigarradas pieles de reptil que llevaba Tenel Ka, la túnica marrón del Maestro Skywalker parecía gastada e insignificante, pero la joven conocía la fuerza y la habilidad que el Maestro Jedi escondía en su interior.

Tenel Ka vio algo grande y de color oscuro moviéndose a través de la llanura. Se irguió y entrecerró sus grises ojos, estudiando a la criatura a medida que se aproximaba. Era una bestia de gran tamaño que transportaba un jinete..., no, dos jinetes.

El Maestro Skywalker asintió.

—Sí, lo veo. Un rancor que lleva a dos jinetes.

Tenel Ka volvió a entrecerrar los ojos, y un instante después comprendió que Luke estaba mejorando su visión con la Fuerza, percibiendo tanto como viendo.

Otros miembros del clan de la Montaña del Cántico fueron a las ventanas de sus cabañas de adobe y se asomaron a las balconadas del risco para mirar hacia abajo con nerviosa expectación.

El rancor avanzó, lento pero incontenible. Tenel Ka pudo ver con toda claridad a la gigantesca monstruosidad, cuyo cuerpo nudoso de un color gris amarronado no parecía ser más que un vehículo cargado de temibles colmillos y garras. Una mujer alta y musculosa iba montada delante, y detrás de ella estaba sentado un joven de cabellos oscuros y gruesas cejas que llevaba una capa negra surcada por hebras plateadas, igual que la mujer.

—Es una Hermana de la Noche —dijo Tenel Ka—. Puedo sentirlo.

El Maestro Skywalker asintió.

—Sí, pero esta nueva especie parece bien adiestrada y todavía más peligrosa. Algo está ocurriendo aquí. Noto que vamos por buen camino.

—Pero... ¿Qué está haciendo ese... hombre con ella? —preguntó Tenel Ka—. Ninguna gobernante de Dathomir trataría a un hombre como su igual.

—Bueno, tal vez las cosas hayan cambiado de verdad —dijo Luke.

La Hermana de la Noche detuvo al enorme rancor debajo de ellos. La bestia de cabeza llena de protuberancias siseó y se medio encabritó, arrastrando sus nudosos nudillos por encima del suelo apisonado y endurecido. La Hermana de la Noche desmontó, y su compañero vestido de negro se deslizó hasta el suelo detrás de ella. Los dos se quedaron inmóviles entre dos grandes rocas de bronce que brotaban de las arenas.

— ¡Escuchadme, dignas gentes! —gritó la mujer; alzando el rostro hacia los acantilados.

Su grito creó ecos a lo largo de las rocas, reflejando sus palabras y haciendo que su voz pareciese más grave y potente. Tenel Ka se preguntó cómo se las arreglaba aquella mujer oscura para hacerse oír de manera tan irresistible. Sintió el tirón de la Hermana de la Noche en su imaginación en el mismo instante en que se erguía y escuchaba.

—Está utilizando un truco de la Fuerza —dijo el Maestro Skywalker—. Tira de tus emociones, y hace que te intereses por lo que está a punto de decir.

Tenel Ka asintió. Una brisa fresca creada por las temperaturas rápidamente cambiantes del crepúsculo agitó mechones de cabello dorado rojizo alrededor de su rostro.

—Una vez más, venimos en busca de otros a quienes interese lo que podemos ofrecer. Sí, sabemos que hace mucho tiempo unas Hermanas de la Noche malvadas gobernaron Dathomir con una mano de hierro y una voluntad cruel. Eran malas gentes..., pero eso no quiere decir que su adiestramiento estuviese totalmente equivocado y que todo cuanto sabían acerca del poder haya de ser despreciado.

»Soy Vonnda Ra, y éste es mi compañero Vilas. Sí..., un hombre. Puedo percibir que estáis sorprendidas y confusas, pero no deberíais estarlo. Hemos aprendido de otros aliados que este poder al que llamamos... la Fuerza mora en todas las cosas, tanto masculinas como femeninas. Las Hermanas no son las

únicas que pueden usarlo en beneficio suyo, sino que también los hombres, los Hermanos, pueden manejar ese poder.

Muchas de las siluetas que la observaban desde las moradas del risco se removieron.

—Percibo vuestra incredulidad —dijo Vonnda Ra—, pero os aseguro que es verdad.

Tenel Ka se volvió hacia el Maestro Skywalker.

—He visto muchas cosas durante los últimos años —le susurró—, y creo que sé cómo funcionan otras sociedades, pero me temo que algunos de los clanes más conservadores de Dathomir no están preparados para aceptar semejantes medidas de igualdad.

El Maestro Skywalker asintió, pero frunció solemnemente los labios.

—No hay nada en las enseñanzas Jedi que favorezca al hombre o a la mujer..., y ni siquiera a los humanos, si a eso vamos. Tu pueblo sólo ha estado engañándose a sí mismo.

Vonnda Ra seguía inmóvil al lado de su rancor domesticado muy por debajo de ellos, y volvió a hablar.

—Vilas, mi mejor estudiante varón, os hará una pequeña demostración de lo que ha aprendido. Es algo que os asombrará.

Vilas, el joven de los cabellos oscuros, se quitó la capa negra adornada con hebras de plata y la colgó de la silla hecha con retazos de piel de whuffa que cubría la grupa del rancor. Empezó a concentrarse, totalmente inmóvil sobre la tierra reseca entre las columnas de piedra, con los brazos a los costados y las manos tensas.

Tenel Ka pudo oír el canturreo de Vilas incluso desde lo alto del acantilado. El joven tenía los ojos cerrados debajo de sus frondosas cejas. Su negra cabellera empezó a alzarse y destelló con chispazos de electricidad estática. Su cuerpo onduló con un creciente poder.

Las estrellas habían empezado a relucir en el cielo purpúreo, brillantes luces blancas sobre el cada vez más oscuro telón de fondo del crepúsculo ya casi desvanecido. Las nubes empezaron a acumularse. Al principio sólo eran tenues hilachas, como sombras trenzadas a lo ancho del cielo que se iban anudando y se unían entre sí. Tenel Ka retrocedió mientras la brisa se hacía más fuerte y se volvía más fría.

— ¡Siempre andamos buscando nuevos estudiantes! —gritó Vonnda Ra a la multitud reunida en las alturas. Las gentes de la Montaña del Cántico se inclinaron hacia adelante en sus ventanas y balconadas—. Si alguno de vosotros quiere aprender los secretos de la Fuerza y cómo hacer lo que Vilas y yo podemos hacer, y tanto da que sea hombre o mujer, de noble cuna o esclavo, que venga a unírseos. Nuestras moradas están en el fondo del Gran Cañón, a sólo tres días de viaje desde aquí yendo a pie.

»No podemos garantizar que os elijamos, pero pondremos a prueba vuestras capacidades. Cualquier persona en la que encontremos la clase de talento adecuada, será adoptada y pasará a ser de los nuestros. Os enseñaremos a ser una parte importante en la máquina del universo. Vuestro futuro puede ser magnífico, si estáis con nosotros.

Vonnda Ra estaba acabando de hablar cuando un trueno ensordecedor ahogó sus últimas palabras. Cegadores relámpagos de un azul violeta bailotearon de un lado a otro, formando grandes tridentes que se deslizaron a través del cielo.

Vilas había trepado hasta la cima de uno de los pináculos de las rocas de bronce, subiendo con tanta agilidad como si alguien estuviera tirando de él mediante cables. Estaba inmóvil sobre la roca alisada por las inclemencias del tiempo y tenía los brazos levantados. La electricidad estática giraba a su alrededor como un torbellino mientras la tempestad iba cobrando forma en obediencia a su voluntad.

Más rayos chisporrotearon sobre el desierto, estrellándose contra rocas solitarias en la llanura y lanzando al cielo surtidores de polvo y chispas. La tormenta se intensificó, y los azotó con ráfagas de viento frío. Tenel Ka parpadeó para librarse de las lágrimas que le hacían arder los ojos mientras su cabellera se agitaba violentamente a su alrededor.

Vilas seguía inmóvil sobre su pináculo de roca, controlando la tormenta. Las nubes se hicieron más gruesas y ennegrecieron el cielo.

Tenel Ka bajó la mirada hacia el suelo y vio que Vonnda Ra, inmóvil junto al rancor, también tenía las manos extendidas con las palmas hacia arriba y los dedos estirados, llamando a la tormenta. Los rayos cayeron sobre el desierto. El rancor resopló y se encabritó, pero no huyó.

— ¡Venid al Gran Cañón! —gritó Vonnda Ra por encima del aullido del viento—. Si queréis conocer un poder como éste, venid al Gran Cañón...

Vilas bajó de un salto del pináculo de piedra y aterrizó ágilmente sobre las arenas del desierto barrido por los vientos al lado del rancor que seguía agitándose. Él y Vonnda Ra treparon a la silla de montar.

Vonnda Ra cogió las riendas de la criatura y tiró de ellas, haciéndola girar. El monstruo de terribles garras se alejó al galope mientras la tempestad continuaba rugiendo alrededor de los riscos.

Tenel Ka lo siguió con la mirada, e intentó mantener los ojos clavados en la cada vez más diminuta silueta del monstruo y sus dos jinetes.

—Bien, ahora ya lo sabemos... —dijo—. ¿Qué vamos a hacer?

Luke le puso la mano en el hombro, y Tenel Ka pudo percibir su firme confianza.

—Tenemos que ir hasta ese Gran Cañón y ofrecernos como candidatos —dijo—. Están buscando nuevas personas que adiestrar, y ahora estamos seguros de que seguimos la pista correcta. Jacen, Jaina y Bajocca ya podrían estar allí.

Tenel Ka se mordió el labio y asintió.

—Así es, y tenemos que averiguarlo.

Jaina dejó la espada de luz desconectada y la empujó de vuelta hacia Brakiss, pero éste se negó a aceptarla.

—No jugaré a tus juegos —insistió Jaina.

—En la Academia de la Sombra no jugamos —dijo Brakiss—, pero sí practicamos. Es un adiestramiento importante para una Jedi.

— ¿Luchar con estúpidos monstruos holográficos? No volveré a hacerlo. Ya he hecho demasiadas cosas por ti. Nunca serviremos a tu Academia de la Sombra, así que tal vez sería mejor que te limitaras a llevarnos a casa.

Brakiss extendió las manos delante de él.

—Ah, pero estás empezando a ser tan buena con la espada de luz... —dijo, como si razonara con una niña recalcitrante—. Pruébalo una vez más. Te proporcionaré un oponente digno de ti, alguien a quien sea un desafío más grande combatir.

— ¿Por qué debería hacerlo? —preguntó Jaina—. No te debo nada. Quiero ver a mi hermano. Quiero ver a Bajie.

—Muy pronto los verás.

—No lucharé a menos que me prometas que puedo verlos.

Brakiss suspiró.

—Muy bien. Prometo dejar que os veáis de nuevo durante las clases. Pero solamente —alzó un dedo— si prometéis no causar más altercados.

Jaina tensó los labios formando una delgada y sombría línea. De momento, aquello era lo mejor que podía esperar conseguir.

—De acuerdo.

—Intenta verlo de esta manera: cuanto más adiestramiento recibas, más probabilidades tendrás si alguna vez llegas a luchar conmigo —dijo después Brakiss, y el que pareciera estar dándole ánimos hizo que su tono resultara muy inquietante—. Piénsalo... Adiestrarte para tu eventual huida, ¿hmmm?

Jaina encontró insoportablemente irritante la sonrisa impasible que iluminaba su rostro joven y hermoso.

—Esta mañana habrá otro cambio en nuestra sesión —siguió diciendo Brakiss—. Cuando luches estarás envuelta en un disfraz holográfico. No estorbará tus movimientos, pero tal vez te distraiga un poco. Debes aprender a luchar llevando esta máscara tridimensional: por el bien del Imperio, es posible que en algunas ocasiones necesitemos emplear a nuestros Jedi Oscuros bajo un disfraz.

Jaina alzó la espada de luz delante de ella.

—Muy bien, lucharé en esta sesión de adiestramiento..., y después tendrás que dejar que vea a mi hermano y a Bajie.

—Ése fue nuestro acuerdo —respondió Brakiss—. Ahora iré a hacer los arreglos necesarios. Mientras tanto, buena suerte.

Cruzó el umbral, y la puerta se cerró detrás de él.

Las lisas paredes grises brillaron y Jaina vio sombras que ondularon hasta envolver su cuerpo. No eran lo bastante espesas para cegarla, y sólo hacían que su visión fuese un poco borrosa. Jaina comprendió que debía de ser el disfraz holográfico.

Una puerta de madera imaginaria se abrió con un chirrido al otro extremo de la sala, y Jaina alzó los ojos hacia el techo. Sólo era otra ilusión ridícula, como lo habían sido todas las demás. Jaina no se sintió nada divertida. Su único desafío era tratar de averiguar cómo funcionaba el equipo de la estación. Algún día vencería a la Academia de la Sombra y frustraría sus propósitos haciendo que todos sus sistemas dejaran de operar. De momento le seguiría la corriente a Brakiss, y con el paso del tiempo acabaría encontrando una forma de volver los planes del instructor jefe contra él.

Su nuevo oponente salió por la puerta de la mazmorra: era una silueta alta e imponente totalmente envuelta en negro. La máscara de plásticero negro siseaba y emitía ecos cada vez que Darth Vader respiraba a través de sus rendijas.

Jaina se sobresaltó y contuvo el aliento, y reaccionó instintivamente conectando su espada de luz. ¡Brakiss no estaba jugando limpio! Aquello iba más allá de cualquier otra de las ilusiones que hubiese enviado contra ella anteriormente. Darth Vader había muerto antes de que los gemelos naciesen, pero el Señor Oscuro del Sith había sido su abuelo. Jaina lo sabía todo sobre él.

La espada de luz de Vader era de un palpitante rojo oscuro, el color de la sangre recién derramada, y brillaba con una claridad interior. Jaina se sintió invadida por una mezcla de ira y consternación, y dio un paso hacia adelante para enfrentarse con él. Su traje holográfico onduló a su alrededor, pero Jaina no permitió que eso la distrajese.

Jaina odiaba los actos malignos que Darth Vader había llevado a cabo durante su alianza con el Emperador, pero también amaba la idea de lo que su abuelo Anakin Skywalker hubiese podido ser, el hombre bueno en el que se convirtió durante sus últimos momentos de vida, cuando se volvió contra el Emperador y puso fin a su reinado de terror.

Tal vez fuese su miedo o tal vez se tratara de algo más profundo, pero Jaina sintió una gran tensión en la cámara de adiestramiento, un temor palpitante que hacía más lentos sus movimientos.

Darth Vader aprovechó su perpleja vacilación y fue hacia ella con la espada de luz escarlata siseando. Los ecos de su respiración la rodearon por todas partes. Vader lanzó un mandoble con su arma y Jaina contraatacó con su haz, produciendo un diluvio de chispas cuando las hojas de energía se entrecruzaron y chocaron.

Volvieron a chocar una vez, y otra más. Lanzaron golpes. Los pararon. Atacaron. Se defendieron.

Jaina giró sobre sí misma e intentó asestar un mandoble a la armadura pectoral de Darth Vader, pero el Señor Oscuro alzó su haz de energía para que chocara con el suyo. Jaina retrocedió mientras Vader atacaba con mayor ímpetu, lanzando tajos y estocadas con su espada de luz. Los aullidos de la descarga eléctrica casi la ensordecieron. Pero cuando Jaina empezó a desfallecer, se imaginó que Vader era Brakiss o Tamith Kai —los que la habían secuestrado y los habían traído a todos hasta aquella escuela de la oscuridad—, y fue capaz de defenderse con renovada fuerza, y esta vez consiguió hacer retroceder a Vader.

Lanzó un golpe detrás de otro. Las espadas de luz se encontraron, pero Darth Vader pareció extraer nuevas fuerzas de la furia de Jaina. Siguieron luchando durante largo rato sin que ninguno consiguiera imponerse al otro. Jaina acabó perdiendo toda idea de cuántos minutos u horas habían transcurrido.

Permanecieron inmóviles con las espadas de luz juntas y arcos eléctricos revoloteando a su alrededor, empujándose el uno al otro y esforzándose con todas sus reservas de fortaleza. Pero Vader no podía derrotarla, y ella no podía derrotarle. Estaban perfectamente igualados.

Jaina apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y se esforzó al máximo, la respiración entrecortada y los pulmones abrasados por un fuego frío. Jadeó, pero no estaba dispuesta a rendirse. Vader también siguió luchando.

— ¡Ya es suficiente! —gritó la voz de Brakiss por el intercomunicador.

La simulación holográfica de la sala de adiestramiento se esfumó, dejando a Jaina en el centro de la cámara de lisas paredes grises con su espada de luz todavía cruzada con la de su oponente. Sólo entonces pudo ver quién era en realidad su adversario.

Era Jacen.

Brakiss juntó los dedos en la sala de control mientras contemplaba las imágenes transmitidas desde la cámara de simulación, viendo con gran placer cómo los gemelos se enfrentaban el uno al otro en combate.

Qorl, vestido con su negro uniforme imperial, estaba inmóvil junto a él observando la actividad. El monitor no mostraba ninguno de los dos disfraces holográficos, sólo a los gemelos luchando y enfrentándose en una batalla a muerte..., ¡y sin ni siquiera saberlo! Sus espadas de luz se encontraban y se bloqueaban la una a la otra, y ningún gemelo era capaz de vencer al otro.

Qorl permaneció en silencio durante un momento muy largo, removiéndose nerviosamente a causa de la preocupación que intentaba reprimir.

— ¿No es peligroso, Brakiss? —preguntó por fin—. Un solo resbalón y esos chicos podrían matarse el uno al otro. Perderías dos de tus mejores estudiantes de la Academia de la Sombra.

—Dudo mucho de que los pierda —dijo Brakiss, descartando la idea con un barrido de la mano—. Pero si uno mata al otro, entonces sabremos quién es el luchador más fuerte y a partir de entonces concentraremos nuestro adiestramiento sobre quien haya ganado.

—Pero qué desperdicio —dijo Qorl—. ¿Por qué razón ibas a querer hacer eso? ¿De qué sirve?

Brakiss se volvió hacia el antiguo piloto de cazas TIE y permitió que una leve sombra de ira apareciese en su rostro perfecto.

—Sirve para obtener y desarrollar los luchadores más poderosos, los Jedi Oscuros de mayor talento para el Imperio.

— ¿Sin importar cuál sea el coste? —preguntó Qorl.

—El coste no tiene ninguna importancia —replicó Brakiss—. Esos jóvenes gemelos no son más que simples herramientas a utilizar..., como lo eres tú y como lo somos todos.

Qorl frunció el ceño y contempló la batalla que continuaba librándose.

— ¿Me estás diciendo que los gemelos pueden ser sacrificados si es necesario?

—Son ingredientes..., componentes a instalar en una gran máquina. Si no superan las estrictas exigencias de nuestras pruebas, entonces no nos sirven de nada.

»Pero tal vez tengas razón —dijo Brakiss, cediendo por fin—. Los dos han luchado bien y han demostrado sus habilidades con la espada de luz. Ahora vamos a producir un auténtico impacto sobre ellos.

Se volvió hacia el comunicador.

— ¡Ya es suficiente! —dijo, y apagó el generador de disfraces holográficos.

Los gemelos gritaron y después se separaron de un salto, asombrados al descubrir que habían estado luchando entre ellos.

Pasados unos momentos Brakiss desconectó el intercomunicador, no queriendo seguir escuchando los gritos de enfado de los dos jóvenes. Se encogió de hombros y sonrió a Qorl.

—Prometí que le dejaría ver a su hermano —dijo—. No sé por qué se lo ha de tomar así.

Qorl giró sobre sus talones y fue hacia la salida para que Brakiss no pudiera ver la profundidad de su incertidumbre. La dureza con que eran tratados Jacen y Jaina le inquietaba, y le afectaba en contra de sus deseos.

—Su adiestramiento se va desarrollando estupendamente —dijo Brakiss cuando Qorl llegaba a la puerta—. Estoy complacido con sus progresos. Llegarán a ser grandes Jedi Oscuros a nuestro servicio.

Qorl replicó con un murmullo ininteligible antes de salir y cerrar la puerta detrás de él.

Tenel Ka y Luke montaban un joven rancor que todavía no había sido marcado por ningún clan en particular para indicar su propiedad.

El aire nocturno era cálido y todavía estaba impregnado por la humedad de la tormenta antinatural que habían invocado Vonnda Ra y Vilas, su estudiante. Las dos lunas de Dathomir entraban y salían de entre las nubes, dejando una difusa luz perlina en su trayectoria.

Tenel Ka estaba sentada delante de Luke sobre la silla de piel de whuffa, guiando al rancor en dirección al Gran Cañón. Era buena jinete, y lo sabía. Tenía que admitir que resultaba muy agradable poder demostrar al Maestro Skywalker que era una experta en algo.

Una suave brisa agitó las hojas de los arbustos que había a su alrededor y las hizo crujir, por lo que cuando Luke se inclinó hacia adelante para hablarle en susurros al oído, al principio Tenel Ka apenas pudo oírle.

—En una ocasión tuve que matar a un rancor —dijo—. Fue una lástima... Son unas criaturas magníficas.

—Aun así, son peligrosas para quienes no son amigos suyos —respondió Tenel Ka.

Luke guardó silencio durante unos instantes.

—He librado muchas batallas —dijo por fin—, y sí, he tenido que matar. Pero he aprendido del lado luminoso de la Fuerza que es mejor hacer cuanto esté en mis manos antes para... dar la vuelta a una situación que...

—Pero seguramente —le interrumpió Tenel Ka— una Hermana de la Noche, o cualquier otra persona seducida por el lado oscuro, no vacilaría en matarte.

— ¡Exactamente! —La suave exclamación de Luke la pilló por sorpresa—. Ahora empiezas a entender —siguió diciendo—. Quienes utilizan el lado de la luz no creen las mismas cosas que quienes utilizan el lado oscuro. Pero sólo podemos demostrar nuestras diferencias actuando según nuestras creencias. De otra manera..., no somos tan distintos después de todo.

—Ah. Aja —dijo Tenel Ka—. Al igual que yo me esfuerzo para demostrar que soy distinta de mi abuela de Hapes... —murmuró, y se quedó callada durante unos segundos—. Sí, ahora lo veo.

A pesar de la oscuridad, su rancor de paso firme y seguro fue descendiendo sin vacilación por el empinado sendero que llevaba hasta el suelo del Gran Cañón. Durante su bajada divisaron más de una docena de hogueras de acampada, y supieron que habían encontrado el campamento de las Hermanas de la Noche.

Cuando llegaron al suelo del cañón, tanto Luke como Tenel Ka estaban doloridos y cansados. El aire era fresco, con una tenue neblina flotando cerca del suelo, y los dos se alegraron de contar con las gruesas capas que Augwynne había insistido en que aceptaran durante sus apresurados preparativos para la

partida. También había dado a cada uno ropa adecuada para la historia que contarían, junto con una bolsa de provisiones. Después había estrechado a Tenel Ka entre sus brazos.

—Hija de la hija de mi hija, que tu camino sea seguro dijo—. Los pensamientos del clan de la Montaña del Cántico están contigo. —Después se volvió hacia Luke—. Y que la Fuerza te acompañe.

Augwynne soltó a Tenel Ka y le volvió a hablar.

—Estoy orgullosa de lo que haces por tus amigos. Eres una auténtica guerrera de nuestro clan. Recuerda siempre nuestra regla más sagrada del Libro de Leyes: «Nunca te rindas ante el mal.»

Mientras se iban aproximando a aquel mal, Tenel Ka se estremeció y trató de taparse mejor con su capa. Se preguntó si encontrarían a Bajocca, Jacen y Jaina en el campamento de las Hermanas de la Noche, o si sólo sería un paso intermedio en su búsqueda. ¿Podían las Hermanas de la Noche estar adiestrándolos en los caminos oscuros de la Fuerza? Tenel Ka dejó que sus ojos se cerraran y buscó con su mente, pero no percibió ningún rastro de sus tres amigos.

Luke volvió a inclinarse hacia adelante, como si comprendiera la dirección que seguían sus pensamientos.

—Si no los encontramos aquí, la Fuerza nos guiará. Estamos cerca... Lo noto.

Un grito ululante surgió de las rocas del cañón por encima de ellos. Tenel Ka se sobresaltó.

—Una exploradora dando la alarma —dijo, irritada consigo misma por haber sido pillada desprevenida.

—Bien —replicó Luke—. Entonces saben que estamos aquí.

Al principio Tenel Ka vaciló, no muy segura de si era prudente seguir adelante, y después hizo avanzar al joven rancor. Alzó la mirada hacia el cielo, que se había aclarado pasando del negro al gris que precedía al amanecer, y eso volvió a recordarle cuánto tiempo había transcurrido desde que sus amigos fueron capturados.

El rancor dobló la siguiente curva del sendero y se detuvo bruscamente. Tenel Ka volvió la vista hacia el camino que se extendía delante de ellos y vio que estaba bloqueado por tres rancors adultos, cada uno con un jinete cuya indumentaria era muy parecida a la que habían vestido Vonnda Ra y Vilas aquella tarde.

La presión de la mano de Luke sobre su cintura era una advertencia, pero Tenel Ka ya lo sabía. A pesar de la penumbra, podía ver que cada jinete empuñaba un desintegrador imperial apuntado hacia ellos.

Tenel Ka había sido educada para tomar el mando, y la reacción le llegó de una manera totalmente natural a pesar de que rara vez ejercitaba ese poder. Se irguió un poco más en la silla de montar y levantó un brazo.

—Hermanas y hermanos del clan del Gran Cañón —dijo—, hemos oído vuestro mensaje en lugares tan lejanos como la morada del clan de las Cataratas Brumosas y hemos viajado hasta aquí para unirnos a vosotros. No carecemos de habilidad en el uso de la Fuerza, y deseamos aprender vuestros secretos para usar toda la Fuerza y llegar a tener un gran poder.

Tenel Ka y Luke dejaron a los rancors en el bien aprovisionado aprisco y siguieron a los guardias hasta el centro del campamento. Tenel Ka se sorprendió al ver dos caminantes de exploración imperiales AT-ST rechinando como pájaros mecánicos alrededor del perímetro en funciones de vigilancia, cerca de los rancors encerrados.

Pasaron por entre tiendas de colores abigarrados hechas con pieles de lagarto que repelían el agua, y Tenel Ka vio unas diez mujeres y por lo menos otros tantos hombres que se ocupaban de sus labores de primera hora de la mañana en un silencio fantasmagórico, como si las neblinas calientes que brotaban del suelo y se arremolinaban hasta sus rodillas ahogaran todo sonido. No vio ningún niño en el campamento, y no oyó gritos de bebés ni ruidos de jóvenes jugando. De hecho, vio a muy pocas personas en el clan del Gran Cañón que fueran tan jóvenes como ella.

Tenel Ka ya había sabido qué debía esperar, pero aun así le asombró que los hombres deambularan de un lado a otro con tanta libertad como las mujeres, aparentemente sin ser esclavos de nadie. Se preguntó si realmente era posible en Dathomir que aquellos hombres y mujeres pensaran en el otro sexo como su igual.

Una vez en el centro del campo, acabaron llegando a un enorme pabellón de muchos colores que flotaba sobre la neblina como una isla bárbara hecha con pieles y trozos de cuero de lagarto cosidos juntos. Estaba sostenido en el centro y en las esquinas por lanzas, de tres metros de altura y tan gruesas como las muñecas de Tenel Ka.

Una Hermana de la Noche alzó un lado de la tienda y les señaló el interior con una mano. Entraron, pero la Hermana no los siguió. La piel de lagarto cayó detrás de ellos, dejando fuera las neblinas espectrales y la luz de la mañana. Tenel Ka intentó percibir la presencia de sus amigos mientras esperaba a que sus ojos se adaptaran a la penumbra. Siguió sin encontrar ni rastro de ellos, pero el suave roce de la mano del Maestro Skywalker sobre su brazo la reconfortó.

Un diminuto puntito luminoso apareció de repente en el centro de la tienda y se convirtió en una brillante llama, y Tenel Ka vio que surgía de una lámpara de aceite que había sido fabricada con el cráneo invertido de un lagarto de las montañas. Junto a la lámpara, sobre una gran plataforma cubierta con pieles y almohadones hechos de las pieles de una gran variedad de animales salvajes, había una mujer imponente recostada en un gigantesco sillón hecho con la cabeza de un rancor. La mujer movió una mano, invitándoles a entrar en el parpadeante círculo de luz.

— ¿Qué vienes a hacer aquí? —preguntó Vonnda Ra sin ningún saludo preliminar.

Tenel Ka había reconocido a la mujer de cabellos oscuros al instante.

—He venido a unirme a las Hermanas de la Noche, y he traído conmigo a mi esclavo.

— ¿Qué tienes que ofrecernos? —Vonnda Ra parecía levemente interesada, pero no impresionada—. Son muchas las personas que llegan deseando unirse a nosotros, pero son débiles. Las mujeres nos buscan porque sus poderes son pequeños o porque no tienen una posición dentro de sus clanes. Los hombres vienen aquí porque nunca han tenido poder, y nuestras enseñanzas les ofrecen la libertad..., pero normalmente tienen todavía menos que ofrecer. ¿Qué tienes tú?

La mano de Vonnda Ra señaló el cráneo de lagarto lleno de aceite ardiente.

— ¿Puedes hacer esto?

La lámpara subió hasta el vértice de la tienda proyectando un círculo de claridad más ancho pero más tenue, y después descendió lentamente hasta quedar encima de la plataforma al lado de Vonnda Ra.

Tenel Ka asintió.

—He recibido algún adiestramiento.

Decidió que sería mejor no utilizar ningún gesto teatral o palabras y entrecerró los ojos para concentrarse, aferrando la lámpara con su mente. Nunca le había gustado mostrar sus habilidades con la Fuerza y sólo la utilizaba cuando resultaba absolutamente necesario hacerlo, pero aquella demostración no era en su beneficio. Si no conseguía enseñar su verdadero potencial a aquellas Hermanas de la Noche, probablemente nunca volvería a ver a Jacen, Jaina y Bajocca.

Tenel Ka tragó una honda bocanada de aire y la expulsó. La lámpara se deslizó sobre la plataforma sin hacer ningún ruido y fue subiendo por el aire hasta quedar encima de sus cabezas. Tenel Ka pensó en la llama, alimentándola con su mente y haciéndola cada vez más y más brillante hasta que su cálido resplandor llegó incluso a los rincones más oscuros del pabellón. Después hizo que la lámpara recorriese el perímetro de la tienda. La lámpara describió el círculo completo tan deprisa que oyó cómo Vonnda Ra lanzaba un jadeo de asombro. A través de sus ojos entrecerrados Tenel Ka vio que la mujer de cabellos oscuros se erguía con una mano extendida, la palma hacia arriba como si quisiera hacer una pregunta.

Tenel Ka hizo que la lámpara se acercase para iniciar un segundo círculo y luego la llevó en otro, más pequeño y más próximo al poste central de la tienda, hasta que la lámpara acabó girando alrededor del poste central en una vertiginosa espiral cada vez más baja sin que su potente resplandor se debilitara en lo más mínimo, y todo ello en cuestión de pocos segundos. Tenel Ka acabó haciendo descender la lámpara hasta dejarla en la mano extendida de Vonnda Ra.

La Hermana de la Noche soltó una risita.

—Eres bienvenida aquí, Hermana —dijo—. ¿Cuál es tu nombre?

Tenel Ka echó la cabeza hacia atrás.

—Mi nombre... Nuestros nombres ya no tienen ningún significado para nosotros. Los abandonamos cuando dejamos nuestro clan.

—Ven aquí —ordenó Vonnda Ra. Tenel Ka obedeció, y la Hermana de la Noche se puso en pie y tomó el mentón de la joven entre sus dedos y la miró a los ojos—. Sí —dijo con un asentimiento de cabeza lleno de satisfacción—. Hay mucha ira dentro de ti. ¿Estás dispuesta a ir a otro sitio para aprender? ¿Estás dispuesta a ir hasta un lugar de instrucción entre las estrellas?

Tenel Ka sintió que el corazón le daba un vuelco. Tal vez aquel fuera el lugar al que habían sido llevados Jacen, Jaina y Bajocca.

—Deseo ir allí donde estén vuestros mejores maestros —replicó.

—Pero debes dejar a tu esclavo —dijo Vonnda Ra—. No nos serviría de mucho.

— ¡No!

Vonnda Ra suspiró.

— ¿Y si te dijera que los hombres rara vez tienen algún talento, y que nunca hemos adiestrado a uno que fuese tan viejo? Sólo te distraería de aquello que debes aprender. Hay muy pocas esperanzas de poder enseñarle algo. Si supieras todo esto, ¿qué dirías entonces?

—Entonces diría... —replicó Tenel Ka, lanzando la mirada más impasible de sus pupilas grises a Vonnda Ra—, diría que eres una estúpida.

Vonnda Ra abrió mucho los ojos, visiblemente sorprendida, pero Tenel Ka siguió hablando.

—Este hombre ha contemplado y aprendido los caminos de la Fuerza desde antes de que yo naciese. No son muchos.... No son muchos los que han visto su poder y siguen con vida. Pero yo lo he visto.

Vonnda Ra volvió su mirada llena de escepticismo hacia Luke.

—Si puedes levantar esto —dijo, señalando la lámpara-cráneo de lagarto—, y dar tanta luz al interior de esta tienda como hizo ella —señaló a Tenel Ka con una inclinación de cabeza—, entonces la acompañarás.

La Hermana de la Noche miró a Luke y después volvió la mirada hacia la lámpara. Cuando ésta no se movió, una sonrisita despectiva bailoteó en las comisuras de sus labios. Un instante después algo muy grande y oscuro apareció entre ellos y le obstruyó la visión. La llama de la lámpara de aceite se hizo más brillante, y el gigantesco sillón hecho con una cabeza de rancor le sonrió mientras sus ojos sin vida relucían con la luz reflejada. Después la cabeza se alzó y recorrió el perímetro de la tienda como si fuese una lanzadera.

Tenel Ka podía ver al Maestro Skywalker inmóvil con los brazos cruzados encima del pecho, una rodilla medio doblada en una postura aparentemente relajada y la cabeza inclinada a un lado, sonriendo a Vonnda Ra mientras hacía que la cabeza de rancor se moviese alrededor del pabellón.

—Ya que me lo has pedido, te daré luz —dijo.

La cabeza de rancor disecada salió bruscamente disparada hacia arriba en un movimiento tan veloz que apenas podía ser visto, ascendiendo con la rapidez de un haz surgido de una pistola desintegradora. Desapareció a través del techo de la tienda, dejando detrás de ella un gran agujero por el que entraron los brillantes rayos del sol de la mañana.

Vonnda Ra parecía estar más que un poco nerviosa cuando dio un paso hacia adelante y tomó el mentón de Luke entre sus manos. Después permaneció inmóvil durante más de un minuto, mirándole a los ojos como si estuviera fascinada.

—Sí—siseó por fin—. Sí, comprendes el lado oscuro.

Retrocedió lentamente, alejándose de él entre impresionada y temerosa, y alzó la vista hacia el desgarrón en el techo de su pabellón, y después volvió nuevamente la mirada hacia Luke y Tenel Ka.

—Esperamos una lanzadera de suministros imperial mañana al amanecer —dijo—. Cuando se vaya de este planeta, los dos iréis a bordo de ella.

Al principio Jacen, Jaina y Bajocca se sintieron sorprendidos y encantados de que fueran a estar juntos durante el próximo ejercicio, pero las expresiones sombrías de Brakiss y Tamith Kai no tardaron en estropearles el placer. Jacen pensó que estaba claro que los dos instructores de la Academia de la Sombra tenían preparado algo difícil y peligroso.

—Debéis seguir progresando en vuestro adiestramiento —dijo Brakiss, moviendo la mano hacia adelante para expresar ese progreso—, por lo que hemos concebido ejercicios que presenten desafíos cada vez mayores a vuestras capacidades.

Bajie soltó un gemido de consternación.

—En esta prueba los tres deberéis trabajar juntos. Cada estudiante debe aprender a actuar de manera concertada con otros en beneficio de nuestra causa. Hay momentos en los que debemos estar unidos para proporcionar el servicio adecuado al Segundo Imperio.

—Oh, desde luego que sí... El servicio adecuado al Segundo Imperio —repitió Teemedós como si fuese un loro desde la cintura de Bajocca.

Bajie ordenó al androide traductor que se callara con un gruñido.

— ¡No es necesario que emplee ese tono conmigo! Me limito a recalcar las cosas que necesita saber —replicó el reprogramado Teemedós, un poco ofendido.

Esta vez los tres compañeros se encontraron en una nueva sala, más pequeña y más claustrofóbica, con numerosas escotillas redondas incrustadas en todas las paredes.

Tamith Kai fue hasta un panel de control en una esquina y tecleó una serie de órdenes con sus dedos de largas uñas. Cuatro de las escotillas metálicas se abrieron hacia un lado, y sistemas remotos esféricos salieron de ellas flotando sobre campos repulsores.

Los sistemas remotos eran bolas de metal de las que sobresalían diminutos cañones láser. A Jacen le recordaron los satélites defensivos que habían sido incapaces de impedir que las cañoneras imperiales invadiesen la Estación Buscadora de Gemas. Se sintió un poco inquieto, y se preguntó si las unidades flotantes empezarían a disparar contra ellos.

—Estos sistemas remotos son vuestra protección —dijo Tamith Kai—. Es decir, si el wookiee puede manejarlos correctamente...

Bajie gruñó una pregunta.

—Oh, ten paciencia, Bajocca —dijo Teemedós—. Estoy seguro de que lo explicará todo a su debido momento. Ya sabes que se le dan muy bien estas cosas, y...

Brakiss movió una mano señalando las escotillas restantes de la pared.

—Se abrirán de manera aleatoria y lanzarán objetos contra vosotros —dijo.

Después metió la mano entre los pliegues de su túnica plateada y sacó un par de bastones de madera pulimentada, cada uno aproximadamente de la longitud del brazo de Jacen, y se los entregó a los gemelos.

—Éstas son vuestras únicas armas: estos bastones... y la Fuerza. Si la Fuerza es vuestra aliada, entonces contáis con un arma muy poderosa.

—Eso ya lo sabemos —replicó secamente Jacen.

—Excelente —dijo Brakiss, con su sonrisa intensamente tranquila todavía en los labios—. Entonces no protestaréis ante las otras restricciones que vamos a imponeros. —Sacó de su manga dos largas tiras de tela negra—. Estaréis vendados. Debéis utilizar la Fuerza para detectar los objetos lanzados contra vosotros.

Jacen se sintió lleno de consternación.

—Cuando los objetos vayan hacia vosotros, deberéis apartarlos mediante la Fuerza o golpearlos con los bastones de madera. —Brakiss se encogió de hombros—. Eso es todo. Es un juego muy sencillo.

Tamith Kai se encargó de seguir con la explicación.

—El wookiee estará en una cámara de observación, y también trabajará para protegeros. Tendrá pleno control del ordenador para manejar estos cuatro sistemas remotos. Cuentan con cañones láser lo suficientemente poderosos como para desintegrar cualquiera de esos proyectiles. Si falla, naturalmente, y si el rayo láser os acierta a vosotros en vez de a los proyectiles, entonces el wookiee podría causaros serias lesiones.

—Bien... —Brakiss se restregó las manos con una expresión de impaciente expectación en su hermoso rostro—. Tenéis vuestras armas, y el wookiee tiene los sistemas remotos. Los tres debéis trabajar juntos para manteneros con vida.

Jacen tragó saliva nerviosamente. Jaina alzó el mentón y contempló a los dos instructores con el ceño fruncido. Bajie tenía el pelaje erizado, y estaba abriendo y cerrando sus peludas manos.

—Permitidme señalar que no se trata de hologramas —dijo Tamith Kai con su voz ronca e imperiosa—. Son amenazas reales, y si una de ellas os acierta, sentiréis un dolor real.

— ¿Y de qué clase de objetos se trata? —preguntó Jacen—. ¿Qué vais a lanzar contra nosotros?

—Vuestra prueba tendrá tres niveles —respondió

Brakiss—. Durante la primera fase os arrojaremos bolas de una sustancia dura. Pueden resultar dolorosas, pero no causarán ningún daño permanente. En la segunda fase, cuando el ritmo de la prueba se acelere, lanzaremos rocas, que podrían romper huesos y causar lesiones graves.

Los labios rojo oscuro de Tamith Kai estaban curvados en una gran sonrisa, como si estuviese saboreando algún pensamiento agradable.

—La tercera fase involucrará cuchillos.

Jaina hizo una temblorosa inspiración de aire.

—Me alegra que tengas tanta fe en nuestras capacidades —gruñó Jacen.

—Me sentiré considerablemente decepcionado si los dos acabáis muriendo —les dijo Brakiss, poniendo cara de preocupación.

— ¡Eh, nosotros también! —exclamó Jacen.

—Creo que él lo superará antes que nosotros —añadió Jaina en voz baja;

Jacen cambió el peso de un pie a otro, y logró reprimir una mueca de dolor cuando lo dejó caer sobre la dura gema corusca que había dentro de su bota. La había mantenido escondida allí sin saber qué otra cosa hacer con ella, pero en aquel momento lo último que quería era sentir los agudos cantos de la gema debajo de su tacón y que le distrajesen. Jacen movió el pie hasta que la gema quedó a un lado, allí donde no le molestaría.

Brakiss aseguró la venda sobre los ojos de Jacen y todo se volvió negro.

—El wookiee hará lo que pueda para protegeros.

Jacen empuñó el duro bastón con las dos manos y pensó en atizarle un buen golpe al instructor Jedi Oscuro en las rodillas con él, y después alegar que la venda le hizo perder el sentido de la orientación y que había sido un accidente. Pero acabó decidiendo que ese acto sólo les proporcionaría problemas, y necesitaban sus energías para otros propósitos.

—Buena suerte —dijo Brakiss, invisible, muy cerca de su oído.

Jacen no respondió, y un instante después oyó la risita de Tamith Kai mientras sacaban a Bajie de la sala. El wookiee soltó un gimoteo, pero la vocecita metálica de Teemedós intervino al momento.

—Vamos, Bajocca... Las quejas no le servirán de mucho. Debe aprender a ser valiente y a cumplir con su deber, tal como hago yo. Jacen, inmóvil en la negrura sin nada a lo que agarrarse salvo su bastón, oyó cómo las puertas se cerraban con un siseo detrás de ellos.

— ¿Estás preparada para esto, Jaina? —preguntó.

— ¿Qué clase de pregunta es ésta? —respondió Jaina.

La sala permaneció en silencio a su alrededor. Jacen podía oír su respiración y el rápido latir de su corazón en sus oídos. Percibió la presencia de Jaina junto a él, y oyó el susurro de sus ropas cuando se movió.

—Tal vez sería mejor que nos pusiéramos espalda contra espalda —sugirió—. Así nos cubriríamos el uno al otro todo lo que podemos hacerlo.

Adoptaron esa postura, y escucharon y esperaron. No tardaron en oír un zumbido de maquinaria, un débil rechinar, cuando una de las escotillas metálicas

se abrió. Jacen usó la Fuerza para ver a través de la venda y poder detectar de dónde vendría el proyectil.

Y entonces un objeto salió disparado contra ellos como una bala de cañón con un súbito whump de aire comprimido. Jacen giró sobre sí mismo utilizando sus sentidos, e hizo girar el bastón como si fuese un garrote. Intentó apartar la bola de su trayectoria, pero ésta le golpeó en el hombro. La bola era muy dura, y el impacto le dolió.

— ¡Ay! —chilló.

Una segunda bola fue disparada. Jacen oyó el chisporroteo de los sistemas remotos haciendo fuego, pero un instante después Jaina también gritó detrás de él, no tanto de dolor como de sorpresa e incomodidad.

Jacen intentó visualizar de dónde vendrían los siguientes proyectiles. Los ruidos se habían acelerado. Oyó el siseo de otra escotilla metálica al abrirse, y otra bola dura salió disparada hacia él. Jacen hizo girar el bastón de madera en el aire, y esta vez logró rozar la bola con el canto. Se sintió invadido por una oleada de triunfo, pero comprendió que había acertado a la bola más por suerte que por cualquier habilidad con la Fuerza.

Otro siseo de una escotilla, otra bola, y otra, procedente de una dirección distinta. Los sistemas remotos, bajo el control de Bajie, dispararon diminutos rayos láser contra las pelotas voladoras. Jacen oyó un impacto y pensó que Bajie quizá había acertado uno de los blancos. Esperaba que el alto y desgarrado wookie no fallara sus disparos.

Brakiss les había dado instrucciones de utilizar la ira para incrementar su control sobre la Fuerza. Cuando otra bola acertó a Jacen en las costillas, el aguijón del impacto hizo que sintiera el deseo de lanzar un golpe de represalia. Pero Jacen también se acordaba de las lecciones de su tío Luke: un Jedi siempre conoce mejor la Fuerza cuando está calmado y en actitud pasiva, cuando permite que fluya a través de su persona en vez de tratar de adaptarla a sus propios propósitos.

Jacen oyó un ruidoso crujir de madera cuando su hermana acertó a una de las bolas.

— ¡Te pillé! —gritó.

Jacen dejó que su mente se abriese y vio un pequeño y borroso manchón brillante a través de la oscuridad creada por la venda, y supo que la próxima bola vendría de esa dirección. Utilizó la Fuerza para apartarla de su camino, y la bola se desvió en un gran arco y acabó chocando con la pared. Entonces vio otro manchón brillante, ¡y luego otro, y otro, cuando más proyectiles llegaron a una velocidad cada vez mayor!

Utilizó la Fuerza. Hizo girar el bastón de madera e intentó no dejarse vencer por el diluvio de pelotas voladoras. Percibió que Jaina también lo estaba haciendo mejor, y que los rayos láser de los sistemas remotos de Bajie parecían estar

acertando en sus objetivos con más frecuencia. Pero dado el número total de proyectiles, Bajie tenía que fallar de vez en cuando.

Algo duro le golpeó en el brazo derecho justo por encima del codo, y la oleada de dolor llameante le dejó sin aliento. El brazo se le entumeció enseguida, y Jacen se pasó el bastón a la mano izquierda, comprendiendo que la prueba había llegado a su segunda fase. Estaban siendo bombardeados con piedras de cantos muy afilados.

En la cámara de observación, Bajie trabajaba frenéticamente con sus controles de ordenador guiando a las cuatro unidades defensivas. Disparó sus cañones láser y vaporizó unos cuantos blancos. Pero entonces los lanzadores de proyectiles empezaron a funcionar más deprisa, y Bajie comprendió que no se atrevía a correr el riesgo de fallar un disparo..., porque si acertaba a uno de los gemelos con un láser, le causaría por lo menos tanto daño como una de las piedras.

Falló otro blanco, y una roca golpeó a Jaina en el muslo. Vio cómo su rostro vendado se retorció en una mueca de repentina agonía. Las rodillas se le doblaron y estuvo a punto de caer, pero consiguió conservar el equilibrio y movió automáticamente el bastón, desviando otra piedra que iba directa hacia su cabeza.

Más rocas afiladas fueron disparadas contra los gemelos, lanzadas con una mortífera velocidad. Bajie empezó a disparar todos los sistemas remotos a la vez: escoger blanco, disparar, escoger blanco, disparar. Ya había conseguido fundir una de las escotillas, con lo que la sala no podía seguir lanzando piedras desde ella. Pero entonces volvió a fallar a pesar de todos sus esfuerzos, y esta vez una roca golpeó a Jacen en el costado.

Los dos gemelos estaban heridos, y ambos se hallaban llenos de morados y se tambaleaban, aunque seguían luchando lo mejor que podían hacerlo. Bajie gruñó una disculpa ahogada y siguió sudando sobre los controles del ordenador.

—Bajocca —dijo en un tono de voz tan seco como irritante—, ¿necesito observar que el Imperio se sentirá muy desilusionado si no emplea sus capacidades al máximo durante esta prueba?

Bajie no malgastó energías diciendo al androide traductor que guardara silencio. Siguió manipulando los complejos controles, solicitando programaciones, reasignando parámetros, martilleando instrucciones con su mano derecha y utilizando todo cuanto sabía sobre ordenadores. Bajie tenía un plan desesperado, pero sus intentos absorbieron una parte de su concentración. Ese momento de distracción bastó para que más y más rocas lograran pasar para golpear a los gemelos Jedi. Pero si quería que su plan diera resultado, Bajie no tenía otra elección.

Se había dado cuenta de que los profesores de la Academia de la Sombra querían demostrar su poder costara lo que costase, y de que estaban dispuestos a correr el riesgo de hacer daño a sus estudiantes. Mientras acabaran quedándose con los más fuertes, les daba igual que alguien llegase a morir durante los ejercicios. La única esperanza de Bajie era que lograra interrumpir la prueba.

Alzó la mirada, sacudiendo la cabeza para apartar mechones de pelaje color canela de sus ojos, mientras las piedras seguían volando por los aires.

Jacen estaba de rodillas en el suelo, y movía vacilantemente el bastón de un lado a otro con una sola mano. Su brazo derecho colgaba nacidamente junto a su costado. Bajie vio que sus dos amigos estaban llenos de golpes y morados, y que las rocas seguían volando implacablemente hacia ellos.

Después de un momento de pausa algo cambió..., y largos cuchillos metálicos empezaron a salir despedidos por las escotillas.

Bajie estaba al borde del pánico, pero se obligó a concentrar todos sus esfuerzos en el ordenador. Era su única esperanza, y la única esperanza de Jacen y Jaina.

Los gemelos usaron sus capacidades con la Fuerza para enviar las hojas letales contra las paredes, donde dejaban largas cicatrices blancas en el metal. Otro cuchillo salió disparado. Y otro.

Bajie tecleó frenéticamente más órdenes en la terminal de control y permitió que los sistemas remotos flotantes quedaran silenciosos. Tenía una última idea. Una última oportunidad.

—Amo Bajocca —empezó a reñirle Teemedós—, ¿qué cree estar...?

Bajie tecleó una serie de órdenes que esperaba no sería detenida por las otras secuencias informacionales, y después la ejecutó.

Cinco escotillas se abrieron simultáneamente, cada una preparada para lanzar su cuchillo letal...

Y toda la sala de adiestramiento dejó de funcionar de repente. Las luces se apagaron. Las escotillas se cerraron con un golpe seco. Todo quedó sumido en la oscuridad.

Bajie se derrumbó sobre el respaldo de su asiento con un ruidoso gemido de alivio y pasó una manaza peluda sobre la tira de pelaje negro que tenía encima de las cejas. Por lo menos había conseguido desactivar la rutina de aquella prueba asesina.

— ¡Oh, Bajocca! —gimoteó Teemedós—. ¡Cielos, realmente lo ha estropeado todo! ¿Tiene idea de cuánto trabajo supondrá reparar todo este estropicio?

Bajie sonrió mostrando sus colmillos, y soltó un ronroneo de satisfacción.

Brakiss y Tamith Kai entraron corriendo en la sala de observación. La Hermana de la Noche estaba furiosa, y su negra capa ondulaba a su alrededor como una nube de tormenta. Sus ojos violeta parecían a punto de escupir relámpagos.

— ¿Qué has hecho? —preguntó Tamith Kai.

Brakiss enarcó las cejas, con una expresión de divertido orgullo en el rostro.

—El wookiee ha hecho exactamente lo que le dije que hiciese —dijo—. Defendió a sus dos amigos. No le dijimos que tuviera que seguir nuestras reglas. Parece ser que ha logrado alcanzar el objetivo de una manera admirable.

Los labios color vino de Tamith Kai formaron una mueca de irritación.

— ¿Acaso encuentras aceptable lo que ha hecho, Brakiss? —preguntó.

—Demuestra iniciativa—dijo Brakiss—. Aprender a encontrar soluciones innovadoras es una habilidad importante. Bajocca será una magnífica adición a los defensores del Imperio.

Bajie rugió ante el insulto.

— ¡Oh, Bajocca, estoy tan orgulloso de ti! —exclamó Teemedós.

Unos soldados de las tropas de asalto sacaron de la sala a Jacen y Jaina, que se tambaleaban mientras caminaban y estaban obviamente heridos. Sus ropas estaban llenas de desgarrones. Sus caras, brazos y piernas estaban cubiertos de morados y arañazos. La sangre goteaba de una docena de pequeñas heridas, y las potentes luces de la sala de observación hicieron que los gemelos abrieran y cerraran sus ojos castaños.

Brakiss los felicitó a ambos por sus esfuerzos.

—Una prueba excelente —dijo—. No paráis de impresionarme, jóvenes Caballeros Jedi. El Maestro Skywalker debe de estar haciendo un buen trabajo a la hora de seleccionar sus candidatos.

—Son mejores candidatos de los que nunca tendrás tú —dijo Jaina, encontrando la energía para desafiarle a pesar de sus heridas.

—Cierto —se mostró de acuerdo Brakiss—. Por eso decidimos llevarnos a algunos de los que ya ha seleccionado. Vosotros tres sólo habéis sido los primeros que obtuvimos de la Academia Jedi. Habéis demostrado tal potencial que ahora estamos preparados para secuestrar otro grupo de Yavin 4. A partir de ahí, tendremos todos los estudiantes Jedi que podemos llegar a utilizar.

Bajie gruñó. Jacen y Jaina se miraron el uno al otro, perplejos y horrorizados, y después miraron a su amigo wookiee. Incluso sin usar la Fuerza, los tres compañeros sabían que todos compartían el mismo y apremiante pensamiento.

Tenían que hacer algo... y pronto.

Tenel Ka utilizó una técnica de relajación Jedi con la esperanza de calmar su nerviosismo antes de que Vonnda Ra pudiera percibirlo. Luke parecía estar muy tranquilo mientras esperaba junto a ella en la extensión de tierra apisonada que las Hermanas de la Noche usaban como pista de descenso, pero Tenel Ka captó una sombra de curiosidad y excitación en él, como si se estuviera embarcando en una gran aventura.

—Allí —dijo Vonnda Ra.

Extendió un brazo hacia el punto del horizonte en el que parpadeaba un destello plateado. La esbelta forma metálica fue aumentando de tamaño rápidamente mientras Tenel Ka la observaba.

—Sois muy afortunados —dijo Vilas, apareciendo detrás de ellos. Vonnda Ra le lanzó una mirada interrogativa, y Vilas se encogió de hombros—. Sentí su presencia, y no he podido evitar el venir a saludarla. —Señaló la nave que se aproximaba—. Garowyn, una de nuestras jóvenes hermanas más capaces, os escoltará personalmente hasta vuestro nuevo lugar de adiestramiento.

Tenel Ka supuso que Garowyn también debía venir de Dathomir, dado que el nombre era corriente allí. Otra Hermana de la Noche, por lo tanto. «¿Cómo es posible que tantas Hermanas de la Noche se hayan reunido tan rápidamente?», se preguntó. Todavía no habían transcurrido dos décadas desde que Luke y sus padres habían erradicado a las antiguas Hermanas de la Noche, y a pesar de ello allí volvía a haber un enclave creciente de mujeres y hombres que habían sido seducidos por el lado oscuro de la Fuerza, atraídos por sus promesas de poder. El Imperio también había estado allí en busca de nuevos aliados.

Tenel Ka apretó los dientes. ¿Era realmente tan débil su pueblo? ¿O sería que la tentación de un gran poder, una vez saboreado, resultaba demasiado difícil de resistir? Renovó su decisión: no utilizaría la Fuerza a menos que sus poderes físicos fuesen inadecuados para la situación. No le gustaban las soluciones fáciles.

Tenel Ka reprimió sus emociones mientras una nave compacta y reluciente se posaba con grácil precisión no muy lejos de donde se encontraban. Sabía que pertenecía a las Hermanas de la Noche —o a quien había secuestrado a Jacen, Jaina y Bajocca, fuera quien fuese— pero aun así se maravilló ante su construcción.

La nave no era muy grande, y probablemente había sido construida para transportar a una docena de personas, pero sus líneas eran limpias y elegantes, y casi invitaron a Tenel Ka a deslizar una mano sobre su costado. No había señales de carbón manchando el casco, y la superficie no mostraba abolladuras, golpes ni evidencias de los meteoritos normalmente encontrados en el espacio o la atmósfera. El diseño general parecía vagamente imperial, pero Tenel Ka no logró identificarlo como perteneciente a ningún tipo de nave que hubiese visto con anterioridad.

Oyó que Luke dejaba escapar un leve silbido y una pregunta murmurada —«¿Armadura cuántica?»—, como si hablase consigo mismo.

—Exactamente —dijo Vilas, pareciendo complacido.

Una rampa de entrada surgió de la esbelta parte inferior de la pequeña nave y Vonnda Ra dio un paso hacia adelante para recibir a la mujer que emergió por ella, estrechándole las manos entre las suyas en un gesto de bienvenida. Tenel Ka vio que era medio metro más baja que Vonnda Ra. La recién llegada tenía una constitución robusta a pesar de su pequeña estatura. Una larga y lacia cabellera castaña en la que también había mechones color bronce caía hasta su cintura, asegurada con la cantidad de trenzas y correas mínima para que no le estorbase, como convenía a una guerrera de Dathomir.

La piloto se apartó de Vonnda Ra sin más preámbulos, yendo hasta donde estaban Luke y Tenel Ka y deteniéndose delante de ellos. Sus ojos color avellana los escrutaron con gran atención.

— ¿Sois nuevos reclutas?

—Descubriré que tienen un potencial notable, capitana Garowyn —intervino Vilas antes de que Vonnda Ra pudiese abrir la boca, como si estuviera desesperadamente deseoso de hablar con la piloto.

Tenel Ka oyó tensión y esperanza —y anhelo— en su voz. Se preguntó si Vilas podía estar secretamente enamorado de Garowyn. Los rasgos de la mujer eran refinados, y su piel de un marrón cremoso quedaba perfectamente realzada por su ceñida armadura de piel de lagarto roja. La capa negra larga hasta las rodillas que llevaba abierta por delante parecía ser su única concesión exterior al hecho de que era una Hermana de la Noche. La expresión altiva de su boca y sus ojos llenos de astucia hicieron que Tenel Ka supusiera que Garowyn no solía hacer concesiones.

—Ocúpate de descargar los suministros, Vilas —dijo Garowyn en un tono casi despectivo—. Yo misma pondré a prueba a estos dos.

Vilas se encogió sobre sí mismo y se alejó arrastrando los pies para descargar la nave, pero Garowyn ni siquiera se dio cuenta. Lanzó una mirada desafiante a Luke y Tenel Ka, y les dirigió una pregunta—. ¿Qué opináis de mi nave, la *Cazadora de Sombras*?

—Es hermosa —replicó Luke en voz baja y suave—. Nunca había visto nada parecido.

—Es un hecho comprobado —dijo Tenel Ka en un tono lleno de reverencia.

—Sí, lo es —dijo Garowyn, aparentemente satisfecha—. La *Cazadora de Sombras* es la nave más avanzada que existe, y de momento es la única de su clase. No deseo desperdiciar el tiempo —dijo después, pareciendo olvidar que Vonnda Ra y Vilas existían—. Subid a bordo. Nos iremos en cuanto el hangar haya quedado vacío.

Después giró rápidamente sobre sus talones y fue hacia la nave. Luke y Tenel Ka la siguieron.

Tenel Ka contempló cómo Garowyn activaba sus controles automáticos y se levantaba del asiento de pilotaje mientras la *Cazadora de Sombras* aceleraba por el hiperespacio y las luces centelleantes de la pantalla visora delantera se alargaban, convirtiéndose en líneas estelares.

—Nuestro viaje durará dos días estándar —dijo Garowyn, pasando junto a ellos y saliendo de la cabina—. Creo que será mejor que os muestre mi nave. La *Cazadora de Sombras* ha sido construida sin reparar en gastos.

Les enseñó los sistemas de procesamiento de la comida y los desperdicios, los motores hiperlumínicos y los cubículos de descanso, pero Tenel Ka apenas se enteró de la mayor parte de lo que veía.

—Y éstos son los módulos de escape —dijo Garowyn, señalando varias escotillas en la parte de atrás de la cabina—. Cada uno es lo bastante grande para llevar únicamente a un pasajero, y está equipado con una baliza que transmite su situación en una frecuencia especial que sólo puede ser descifrada en la Academia de la Sombra, donde descubriréis vuestro verdadero potencial.

Garowyn reanudó el recorrido después de haber pronunciado aquellas palabras, pero Tenel Ka lanzó una mirada llena de alarma al Maestro Skywalker, quien la recibió con idéntica preocupación en sus ojos. El horror y la confusión invadieron su mente ante la idea de que existía otra Academia Jedi, una academia para aprender a usar los poderes oscuros de la Fuerza..., una Academia de la Sombra.

Garowyn decidió someterles a una concienzuda serie de pruebas. Interrogó a Luke y Tenel Ka sobre su familiaridad con la Fuerza. Luke se mostró vago en sus respuestas, pero Garowyn —tal vez porque era de Dathomir y consideraba que los hombres tenían muy poca importancia— concentró sus esfuerzos en averiguar más cosas acerca de Tenel Ka.

Cuando Garowyn le preguntó qué experiencia había tenido, Tenel Ka le respondió sin faltar a la verdad.

—He utilizado la Fuerza, y creo que tengo una considerable capacidad para manipularla. Pero —añadió, y su voz se endureció— no confiaré en la Fuerza hasta el extremo de volverme débil. Si hay algo que pueda hacer mediante mis propios recursos, no utilizaré la Fuerza para hacerlo.

Garowyn se rió con una carcajada áspera y llena de cinismo que resonó desagradablemente en los oídos de Tenel Ka.

—Te haremos cambiar de parecer sin demasiada dificultad —dijo—. ¿Qué otra razón podrías tener para acudir a nosotros en busca de adiestramiento?

Tenel Ka meditó su respuesta durante unos momentos y acabó formulándola con el máximo cuidado.

—No hay nada que desee más que conocer los caminos de la Fuerza —dijo por fin.

Garowyn asintió, como si eso pusiese punto final al tema, y se volvió hacia Luke.

—Me niego a que se hagan sesiones de práctica con espadas de luz a bordo de la *Cazadora de Sombras*, pero pronto averiguaremos hasta qué punto sois capaces de percibir mis intenciones utilizando la Fuerza.

Cogió una varilla aturdidora en cada mano y arrojó una a Luke. Luke estiró el brazo y sus dedos tropezaron con ella sin cogerla limpiamente, pero consiguió agarrarla antes de que tocara el suelo.

Los exámenes continuaron durante la mayor parte del día. Tenel Ka se esforzó al máximo en cada fase de las pruebas, pero pudo ver que Luke se estaba conteniendo y que no revelaba toda la extensión de su poder. Había observado lo suficiente al Maestro Skywalker para saberlo.

Pero después de haber visto que se debilitaba o fallaba varias de las pruebas, Tenel Ka empezó a sentir cómo una sombra de preocupación se insinuaba en su mente. ¿Y si el Maestro Skywalker había enfermado? ¿Qué ocurriría si no podía utilizar sus poderes? ¿O qué ocurriría si —y sólo el pensarlo ya le resultaba doloroso— se había equivocado después de todo? ¿Y si el lado oscuro era realmente más fuerte? En ese caso, ella y el Maestro Skywalker no tenían ninguna posibilidad de rescatar a Jacen, Jaina y Bajocca.

Cuando hubo acabado de levantar el décimo objeto para satisfacer el deseo de Garowyn de que todo se hiciese de una forma lo más completa posible, Tenel Ka se sintió cansada y sin fuerzas. El bloque de titanio osciló y tembló en el aire mientras lo iba bajando hasta el suelo de la cabina.

Garowyn soltó una risita despectiva.

—El orgullo que te inspira tu autosuficiencia es tu debilidad.

Después cerró sus ojos avellana, echó la cabeza hacia atrás y extendió un brazo hacia Tenel Ka.

Tenel Ka sintió que sus cabellos y el vello de su piel eran recorridos por un veloz cosquilleo, como si estuviese a punto de caer un rayo. Se le revolvió el estómago, y se sintió mareada y desorientada. Dobló las piernas para sentarse, pero no encontró nada que pudiera sostenerla. Estaba flotando en el aire, a un metro por encima del suelo de la cabina. Tenel Ka reprimió un jadeo de indignación e intentó utilizar su mente para liberarse.

El rostro marrón cremoso de Garowyn estaba recorrido por crueles líneas de profunda concentración.

—Sí—dijo con voz triunfante y gutural—, intenta resistirte a mí. Utiliza tu ira.

Tenel Ka comprendió que eso era exactamente lo que había estado haciendo, y se relajó de repente. Garowyn perdió una parte de su presa sobre ella como

consecuencia, y Tenel Ka se tambaleó en el aire. «Ah —se dijo—, así que la Hermana de la Noche no es tan fuerte como ella piensa que es.»

Tenel Ka fingió que volvía a debatirse para ocultar lo que estaba haciendo y cogió el fibrocable y el gancho que llevaba en la cintura, y después miró a su alrededor en busca de un punto de anclaje. No tardó en encontrar algo que funcionaría a la perfección como tal: la rueda de la escotilla de un módulo de escape.

Garowyn seguía divirtiéndose con los «esfuerzos» de Tenel Ka cuando ésta lanzó su fibrocable con un ágil giro de la muñeca fruto de una larga práctica. El gancho se posó sobre el objetivo que pretendía alcanzar y permaneció asegurado en él. Tenel Ka volvió a quedarse completamente flácida antes de que la Hermana de la Noche pudiera darse cuenta de lo que ocurría. Cuando la presa de Garowyn volvió a flaquear un poco, Tenel Ka tiró del fibrocable y se liberó, cayendo al suelo y aterrizando dolorosamente sobre su trasero.

Alzó la mirada para ver la pequeña silueta de Garowyn alzándose sobre ella. Pero en vez de una reprimenda enfurecida, lo único que oyó de la Hermana de la Noche fue una seca carcajada llena de asombro.

Garowyn le alargó una mano para ayudarla a levantarse.

—Tu orgullo te ha servido esta vez, pero todavía puede ser tu perdición —dijo.

—Eso es algo que suele ocurrir con el orgullo —dijo Luke en voz baja, pareciendo estar de acuerdo con ella. Sus ojos escrutaron a la Hermana de la Noche—. Creo que yo podría hacer eso.

Los labios de Garowyn se curvaron en una sonrisa despectiva.

— ¿El qué? ¿Crees que podrías caerte de...?

—No —la interrumpió Luke—. Creo que podría levantar a una persona por los aires.

—Ah, bien. —Garowyn volvió a reír, como si estuviera aceptando un desafío—. Haz cuanto puedas.

Cruzó los brazos sobre el pecho y sus ojos avellana desafiaron a Luke a que la moviera. Después el asombro y la confusión le desorbitaron los ojos cuando sus pies dejaron de estar en contacto con el suelo y se encontró subiendo un metro y medio en el aire.

—Veo que ha llegado el momento de que tú también descubras el poder del lado oscuro —dijo Garowyn con seca altivez, y cerró los ojos y usó todo su poderío para liberarse.

Tenel Ka percibió que Luke aflojaba su presa..., pero sólo parcialmente. Garowyn seguía flotando sobre la cubierta, pero Luke permitió que la fuerza de su movimiento hiciese que su cuerpo empezara a girar vertiginosamente.

— ¿Tendrías la amabilidad de abrir el primer módulo de escape, Tenel Ka? —preguntó Luke, sin apartar los ojos ni un instante de la Hermana de la Noche que daba vueltas en el aire.

Tenel Ka comprendió su intención inmediatamente, e hizo lo que le pedía. Unos instantes después la aturdida Hermana de la Noche rotatoria ya estaba depositada dentro del módulo y encerrada en él. La mano de Tenel Ka se movió hasta quedar encima del interruptor de lanzamiento automático. Luke asintió.

Tenel Ka activó el ciclo de lanzamiento sintiendo una gran satisfacción. El módulo de escape que contenía a Garowyn salió disparado hacia el espacio con un whoooosh y un thump ahogado.

—Maestro Skywalker —dijo Tenel Ka con el rostro muy serio—, me parece que ahora entiendo de qué manera es posible, tal como habías dicho, dar la... vuelta a una situación.

Luke la miró fijamente, parpadeó asombrado y se echó a reír.

—Creo que acabas de hacer un chiste, Tenel Ka —dijo—. Jacen estaría orgulloso de ti.

Cuando salieron del hiperespacio unas horas después ese mismo día y el piloto automático les avisó de que estaban a punto de llegar a su destino, Luke y Tenel Ka permanecieron sentados en la cabina buscando en vano un planeta, una estación espacial, cualquier cosa sobre la que pudieran descender.

Pero no vieron nada.

Tenel Ka se volvió hacia Luke, sintiéndose muy confusa.

— ¿Es posible que el piloto automático no haya funcionado correctamente? —preguntó—. ¿Teníamos coordenadas equivocadas?

—No —respondió Luke, pareciendo muy tranquilo y seguro de sí mismo—. Debemos esperar.

Y entonces, como si un telón hubiera sido apartado de repente, la vieron: una estación espacial. «Una Academia de la Sombra», se recordó Tenel Ka. El anillo erizado de protuberancias giraba en el espacio, protegido por emplazamientos artillados exteriores y coronado por varias torres de observación de gran altura.

—Debía de estar protegida por una capa de invisibilidad —dijo Luke.

Las puertas de los hangares de atraque se abrieron automáticamente cuando se acercaron a la Academia de la Sombra, y Luke puso una mano tranquilizadora sobre el hombro de Tenel Ka.

—El lado oscuro no es más fuerte —dijo.

Tenel Ka dejó escapar el aire que había estado conteniendo en sus pulmones, y una parte de su tensión se fue con él.

—Es un hecho comprobado —murmuró.

20

Durante el período de sueño de la Academia de la Sombra, todos los estudiantes eran encerrados en sus cámaras individuales y se les ordenaba que descansaran y meditasen, y que volvieran a acumular energías para ejercicios aún más agotadores. Era una parte más de las reglas imperiales, y la inmensa mayoría de los estudiantes las seguían sin cuestionarlas.

Jacen estaba sentado en su pequeño cubículo, dolorido y lleno de morados después de la dura prueba del adiestramiento. Humedeció uno de sus calcetines y lo usó para calmar el dolor de los muchos cortes y arañazos que le habían infligido las rocas de cantos afilados y los cuchillos.

Él y Jaina habían solicitado unos simples calmantes, pero Tamith Kai se había negado de plano y había insistido en que los dolores servirían para endurecerlos. Se suponía que cada pinchazo de dolor les recordaría su fracaso a la hora de desviar una bola o una piedra. Jacen utilizó sus conocimientos sobre la Fuerza para mitigar los dolores más intensos, pero aún así siguió bastante dolorido.

Después siguió sentado con las piernas cruzadas, intentando dar con alguna manera de huir antes de que Brakiss lanzara otra incursión sobre Yavin 4 para capturar más estudiantes del tío Luke.

Su hermana Jaina siempre había sido mejor que él a la hora de urdir planes complicados. Comprendía cómo funcionaban las cosas, y cómo encajaban las distintas piezas. Jacen, en cambio, al que le gustaba vivir el momento y disfrutar de lo que estaba haciendo, era un poco más desorganizado. Conseguía acabar haciendo las cosas..., pero no siempre en el mismo orden que había planeado originalmente.

El paso más importante tal vez fuese liberar a Jaina y Bajie. Después de eso, podrían decidir qué hacer a continuación. La gran pregunta era cómo Jacen podía sacarlos a todos de sus celdas, por supuesto.

Entonces se acordó de su gema corusca.

Jacen casi se echó a reír. ¿Por qué no había pensado en ella antes? Cogió su bota izquierda, la sacudió y se sorprendió al no oír ningún ruido. Después recordó que había metido la gema dentro de su otra bota. La cogió y dejó caer la preciada joya en la palma de su mano. Lisa por un lado y con afilados cantos y facetas en el otro, la gema corusca brillaba con un fuego interno, la luz atrapada de cuando se había formado en las profundidades del núcleo de Yavin hacía eras.

Lando Calrissian había dicho que una gema corusca podía abrirse paso a través del transpariacero con tanta facilidad como un láser a través de la jalea sullustana. Pero, naturalmente, Lando decía muchas cosas que no podían ser creídas del todo. Lando esperaba que ésta no fuese una de ellas.

Sostuvo la joya entre su pulgar y sus dos primeros dedos y fue hasta la puerta cerrada. Cuando Tamith Kai y sus fuerzas imperiales habían asaltado la Estación Buscadora de Gemas, utilizaron una gran máquina equipada con gemas corusca

de calidad industrial para abrirse paso a través de los muros blindados. La pequeña gema de Jacen seguramente podría abrirse paso a través de una delgada plancha metálica...

Deslizó los dedos sobre el liso metal cerca de la juntura de la puerta y el marco. Jacen deseó ser capaz de entender la maquinaria y la electrónica igual que lo hacía su hermana, pero haría cuanto pudiese.

No creía poder abrirse paso a través de toda la puerta usando sólo la fuerza de sus dedos, pero Jacen sabía dónde estaba el panel de control. Tal vez pudiera quitar aquel lado de la puerta, llegar hasta los cables y arreglárselas de alguna manera para hacer que la puerta se abriese..., aunque no tenía ni la más mínima idea de cómo conseguirlo. Aun así, cogió la gema, localizó el sitio en el que debería estar la caja de control e hizo un delicado sondeo con la Fuerza. Percibió la presencia de una fuente de energía y de una masa de controles. Era lo que andaba buscando.

Jacen dibujó un generoso rectángulo con la gema, rascando con facilidad una delgada línea blanca sobre la plancha metálica. «Es un buen comienzo», pensó.

Volvió a trazar el rectángulo, esta vez presionando con más fuerza y sintiendo cómo el afilado canto de la gema se incrustaba más profundamente en el metal. Después de su tercer esfuerzo los dedos le dolían, pero pudo ver que había producido un claro corte a través de la plancha. El corazón le latía a toda velocidad, y la excitación le dio nuevas energías. Jacen se olvidó de todas sus molestias y dolores.

Un lado quedó cortado y se dobló hacia dentro. Jacen jadeó. «Ya casi está.» Fue serrando el lado largo del rectángulo. El metal se separó con un clink. Los últimos dos lados resultaron más fáciles, y Jacen los cortó rápidamente.

El rectángulo de metal resbaló de los cansados y doloridos dedos de Jacen y cayó al suelo haciendo bastante ruido.

— ¡Oh, rayos desintegradores! —murmuró.

Estaba seguro de que los otros estudiantes de la Academia de la Sombra despertarían y que los soldados de las tropas de asalto vendrían a la carrera.

Pero los pasillos permanecieron sumidos en el silencio más absoluto, como si la estación estuviera envuelta en una gruesa mordaza de tela que ahogaba todo sonido. Todo el mundo seguía encerrado en sus cámaras. Sólo unos cuantos guardias recorrían los pasillos durante la noche.

Jacen estaba a salvo por el momento. Miró por el agujero que había hecho, y contempló con abatimiento la masa de cables y circuitos que controlaba la puerta. «De acuerdo, ¿qué haría Jaina?», se preguntó. Cerró los ojos y permitió que su mente se desplegara y fuera siguiendo el trazado de los cables y los circuitos. Algunos iban a sistemas de comunicaciones, o a terminales de ordenador instaladas a intervalos regulares a lo largo de los pasillos, o a luces, o a termostatos. Algunos iban hasta sistemas de alarma, y otros... ¡Otros estaban conectados al mecanismo de la puerta!

Jacen respiró hondo e intentó calmarse. «Y ahora, ¿qué hago con esos cables?» Probablemente tenía que cortocircuitarlos, pero de una manera particular. Lo único que podía hacer era intentarlo.

Jacen desconectó con dedos doloridos uno de los cables del grupo que había aislado y lo puso en contacto con otro, cuidando de que los extremos expuestos electrificados no rozaran su piel. Hubo un pequeño chispazo y las luces de su habitación parpadearon..., pero no ocurrió nada más. Jacen probó con el segundo cable, y no obtuvo ninguna respuesta.

Esperó no estar activando alarmas silenciosas en los puestos de guardia y suspiró. ¿Y si nada de todo aquello daba resultado? Bueno, razonó, entonces tal vez tendría que acabar abriéndose paso a través de la puerta después de todo. Sacudió sus dedos torturados por los agujonazos del cansancio, anticipando el dolor, y acabó decidiendo que probaría suerte con el último conjunto de cables.

Y la puerta, como si hubiera percibido la creciente desesperación de Jacen, se abrió en silencio cuando unió los cables.

Jacen soltó una carcajada y echó un vistazo por el pasillo vacío. Miró a un lado y a otro, pero sólo vio una hilera de puertas selladas de metal desnudo. Los paneles luminosos iluminaban los corredores metálicos a la mitad de su intensidad habitual, ahorrando energía durante el período de sueño de la Academia de la Sombra.

Los controles de las puertas parecían mucho más sencillos desde el exterior, y Jacen pensó que no tendría ningún problema para liberar a Jaina y Bajie..., en cuanto hubiera dado con ellos.

Resultó ser menos difícil de lo que se había temido. Había visto los pasillos por los que los guardias solían llevar a Jaina y Bajie, así que fue en esa dirección, llamando con su mente mientras lo hacía. «Jaina será la más fácil de encontrar», pensó. Avanzó de puntillas, temiendo que un grupo de soldados de las tropas de asalto doblara la esquina en cualquier momento.

Pero la Academia de la Sombra permaneció silenciosa y dormida.

«Jaina —pensó—. ¡Jaina!»

Jacen siguió avanzando y escuchó en cada puerta. No quería armar demasiado jaleo, porque los estudiantes candidatos a convertirse en Jedi Oscuros podían hacer sonar una alarma si notaban su presencia.

La encontró en la séptima puerta. Jacen percibió la proximidad de su hermana, despierta y muy excitada, y sabiendo que estaba allí fuera. Manipuló los controles hasta que la puerta de Jaina se abrió. Jaina salió corriendo y lo abrazó.

—Te he estado esperando —dijo.

—Usé mi gema corusca —explicó Jacen, señalando su bota, donde había vuelto a esconder la piedra preciosa.

Jaina asintió, como si hubiera sabido desde el principio lo que iba a hacer su hermano.

—Tenemos que encontrar a Bajie y liberarle también —dijo Jacen.

—Por supuesto —asintió Jaina—. Escaparemos y advertiremos al tío Luke antes de que Brakiss haga su incursión contra la Academia Jedi.

—Exacto —dijo Jacen con una sonrisa torcida—. Eh... Ya que he conseguido que lleguemos hasta aquí, esperaba que tú podrías encargarte del resto del plan.

Jacen le dirigió una sonrisa radiante, como si ése fuese el mayor elogio que pudiera imaginar.

—Ya lo he hecho —dijo—. ¿A qué estamos esperando?

Consiguieron encontrar a Bajie, que se alegró mucho de verles, y a Teemedós, que no se alegró nada.

—Me siento obligado a advertirles de que tengo el simple e ineludible deber de dar la alarma —dijo el androide traductor—. Ahora me debo al Imperio, y es mi responsabilidad...

Jaina golpeó al pequeño androide con los nudillos.

—Haz algún ruido, aunque sólo sea un silbidito —dijo—, y recablearemos tus circuitos vocales para que hables al revés, y luego te arrojarán al cubo de la basura.

— ¡Usted nunca haría eso! —replicó Teemedós con indignación.

— ¿Quieres apostar? —preguntó Jaina en un tono de voz peligrosamente dulce.

Jacen estaba junto a ella y fulminó con la mirada al androide traductor miniaturizado. Bajie añadió un gruñido amenazador.

—Oh, de acuerdo, de acuerdo —dijo Teemedós—. Pero me someto a esto sólo bajo la más firme protesta. Después de todo, el Imperio es nuestro amigo.

Jaina soltó un bufido.

—No, no lo es. Creo que habrá que hacerte un borrado cerebral completo en cuanto te llevemos de vuelta a Yavin 4.

—Oh, pobre de mí —dijo Teemedós.

Jaina miró a su alrededor, y sus ojos fueron de un extremo del pasillo silencioso al otro. Después se restregó las manos y se mordisqueó el labio inferior mientras pensaba en las distintas opciones.

—Muy bien, éste es el plan —dijo, y señaló una de las terminales del pasillo—. ¿Puedes usar ese ordenador para acceder a los controles principales de la estación, Bajie? Necesito que desactives el sistema de camuflaje de la Academia de la Sombra, y también que selles todas las puertas para que nadie pueda salir de sus habitaciones. No hay ninguna necesidad de buscarnos problemas.

Bajie emitió un sonido de optimista asentimiento.

—No eres capaz de conseguirlo, Bajocca —dijo Teemedós—, y estoy seguro de que lo sabes.

Bajie le gruñó.

—Si podemos llegar hasta el hangar de las lanzaderas —siguió diciendo Jaina—, creo que podré pilotar una de las naves y sacarla de aquí. Me he adiestrado en simuladores para distintos modelos, y ya sabéis que estaba decidida a pilotar ese caza TIE antes de que Qorl se lo llevara.

Bajie movió velozmente sus largos dedos peludos sobre el teclado de la terminal de ordenador. Se encorvó para mirar la pantalla, que no había sido colocada pensando en alguien de la estatura de un wookie. Bajie solicitó las pantallas que necesitaba, y éstas mostraron la situación del hangar de lanzaderas de la Academia de la Sombra.

—Perfecto —dijo Jaina—. Una nueva nave acaba de llegar, y todavía tiene los sistemas conectados y está preparada para volar. Nos iremos en esa nave tan pronto como Bajie haya dejado encerrado a todo el mundo dentro de sus habitaciones.

Bajocca gruñó para indicar que estaba totalmente de acuerdo con ella y siguió trabajando, pero no tardó en encontrarse con una impenetrable muralla de códigos de seguridad. El joven wookie acabó soltando un gemido de frustración.

—Bien, ahí lo tienen —dijo Teemedós—. Ya te dije que no serías capaz de hacerlo sin ayuda.

Bajie gruñó, pero de repente Jaina tuvo una idea que le iluminó el rostro.

—Tiene razón —dijo—. Pero Teemedós fue reprogramado por el Imperio. ¿Por qué no lo conectamos al ordenador principal y dejamos que se encargue de hacer el trabajo por nosotros?

Jaina descolgó el pequeño androide traductor de la cintura de Bajocca y empezó a abrir el panel de acceso trasero de Teemedós.

—Nunca haré eso —dijo Teemedós—. Soy sencillamente incapaz de hacerlo. Estaría siendo desleal al Imperio, y además sería totalmente incorrecto por mi parte que...

Bajie emitió un sonido amenazador, y Teemedós se calló.

Jaina trabajó rápidamente con sus ágiles dedos y fue sacando cables, hilos eléctricos y conexiones de entrada de la carcasa del androide y las introdujo en los orificios adecuados en la terminal de ordenador de la Academia de la Sombra.

—Oh, cielos —dijo Teemedós—. Ah, esto es mucho mejor. ¡Puedo ver tantas cosas! Siento como si mi cerebro estuviera a punto de rebosar. Todo un tesoro de información me aguarda...

—Las contraseñas, Teemedós —dijo Jaina, alargando una mano hacia el androide recalcitrante.

—Oh, cielos, sí. Por supuesto... ¡Las contraseñas! —se apresuró a decir Teemedós—. Pero les recuerdo que realmente no deberían...

—Limítate a hacerlo —replicó secamente Jaina.

—Ah, sí, aquí están. Pero luego no me echen la culpa si todo un batallón de soldados de las tropas de asalto empieza a perseguirles.

La pantalla parpadeó y mostró los archivos a los que había estado intentando acceder Bajocca. Jacen y Jaina soltaron un suspiro de alivio, y Bajocca emitió un sonido complacido. Sus dedos cubiertos de pelaje color canela descendieron rápidamente a través de un menú detrás de otro, moviéndose tan deprisa que apenas podían ser vistos, y acabaron abriéndose paso hasta el núcleo principal del ordenador de la estación.

Bajie desconectó el sistema de camuflaje de la Academia de la Sombra con dos rápidas órdenes. Después, con un ruidoso clunk que creó ecos por toda la estación, cerró y selló todas las puertas salvo aquellas que los tres compañeros necesitarían usar para huir. El joven wookiee lanzó un aullido de triunfo.

Las alarmas de la estación se activaron por fin, chirriando y rechinando con un sonido áspero y penetrante, tan desagradable como sólo los ingenieros imperiales podían crear.

Bajie desconectó a Teemedós.

—Bien, intenté advertirles —dijo el androide plateado—. Pero no querían escucharme, ¿verdad?

21

Brakiss estaba meditando en su despacho sumido en la penumbra cuando el resto del personal ya se había retirado hacía mucho rato para la noche. Disfrutaba con las espectaculares imágenes de sus paredes: desastres galácticos en progreso y la furia del universo desencadenada como una tormenta a su alrededor, con Brakiss como su tranquilo centro, capaz de establecer contacto con todas esas fuerzas inmensas pero sin ser afectado por ellas.

Acababa de redactar los planes para un rápido ataque sobre Yavin 4 a fin de poder robar más estudiantes Jedi del Maestro Skywalker. Había enviado el mensaje codificado a las profundidades de los Sistemas del Núcleo al gran líder imperial, quien había aprobado inmediatamente los planes. El líder ardía en deseos de obtener más estudiantes Jedi cuidadosamente seleccionados para adiestrarlos como guerreros oscuros.

El ataque tendría lugar dentro de pocos días, mientras Skywalker sin duda todavía estaba terriblemente afectado por la pérdida de los gemelos y el wookiee, tal vez incluso buscándolos fuera de Yavin 4. Tamith Kai acompañaría al grupo de ataque. Necesitaba descargar su ira de alguna manera, y tenía que disipar una parte de la rabia que mantenía acumulada dentro de ella. De esa manera resultaría más efectiva.

Brakiss se puso en pie y contempló la imagen cegadoramente brillante de la nova de los Denarii, dos soles que derramaban fuego el uno dentro del otro. Algo le estaba molestando, y no conseguía precisar qué era. El día había transcurrido de una forma totalmente rutinaria. Los tres jóvenes Caballeros Jedi estaban progresando todavía mejor de lo que había esperado, pero aun así Brakiss seguía sintiendo una débil y vaga inquietud.

Salió lentamente de sus aposentos, con su túnica plateada chispeando a su alrededor como destellos de luz de vela. Dejó que la puerta de su despacho permaneciese abierta mientras se volvía para inspeccionar el pasillo vacío. Todo estaba tranquilo y en silencio, exactamente tal como debía estar.

Brakiss frunció el ceño, decidió que debían de ser imaginaciones suyas y se dispuso a volver a su despacho. Pero la puerta se cerró como si tuviera voluntad propia antes de que pudiera llegar allí. Brakiss se encontró atrapado fuera de su despacho.

Las pocas puertas abiertas que había en el pasillo también se sellaron por sí solas. Brakiss oyó los chasquidos producidos cuando los mecanismos de cierre funcionaron por toda la estación.

Las alarmas automáticas empezaron a chillar. Brakiss no toleraría semejante interrupción en su rutina. Alguien sería castigado por aquello. Contuvo la tormenta que se agitaba en su interior y avanzó por los pasillos, decidido a poner fin a toda aquella alteración.

Jacen, Jaina y Bajocca entraron corriendo en el hangar de atraque, tensos y preparados para escapar de la Academia de la Sombra luchando.

Una reluciente lanzadera imperial de un diseño muy extraño estaba inmóvil en el centro de la pista de descenso brillantemente iluminada, sin haber terminado de llevar a cabo sus procedimientos de desconexión. Varios cazas TIE y cañoneras Skipray estaban inactivos y en distintas fases de mantenimiento. Las alarmas seguían produciendo su estrépito ensordecedor.

Jacen vio movimiento en la lanzadera y agitó frenéticamente la mano indicando a los otros que se agacharan, justo a tiempo de ver dos siluetas que aparecían por la rampa de entrada. Una de las siluetas se agazapó y empuñó una espada de luz.

— ¡Tío Luke! —gritó Jaina, y se levantó de un salto.

La segunda silueta, una muchacha de cabellos rojizos, giró velozmente sobre sí misma, preparada para atacar. Su cabellera dorado rojiza recogida en trenzas onduló como una llamarada sobre sus ojos grises.

— ¡Y Tenel Ka! —exclamó Jacen—. ¡Eh, me alegro mucho de verte!

Bajie rugió una bienvenida llena de placer.

—Bueno, no cabe duda de que es lodo un alivio ver caras familiares en esta espantosa situación —dijo Teemedós.

—Bien, chicos —dijo Luke Skywalker—, hemos venido a rescataros..., pero dado que habéis logrado llegar tan lejos sin ayuda, supongo que estamos preparados para irnos. En marcha.

Jaina le informó rápidamente de lo que habían hecho.

—Hemos conseguido desconectar el sistema de camuflaje, tío Luke. También hemos sellado casi todas las puertas de la estación. No creo que haya mucha gente en condiciones de perseguirnos, pero deberíamos salir de aquí lo más pronto posible.

— ¿Cómo volveremos a abrir las puertas espaciales selladas? —preguntó Tenel Ka, mirando por encima de sus anchos hombros—. Será difícil abrirlas sin ayuda de alguien desde dentro. ¿Acaso no es un hecho comprobado?

Bajie respondió a su pregunta con toda una serie de gruñidos y resoplidos acompañados por movimientos de sus largos brazos.

—No, Bajocca, no puedes hacerlo tú solo —le riñó Teemedós, con su plancha cromada trasera todavía suelta y haciendo ruido—. Vuelves a padecer delirios de grandeza. Fui yo quien ayudó a superar las defensas de la Academia de la Sombra y... Oh... Oh, cielos, ¿qué he hecho?

—Tal vez yo pueda ayudar —dijo Jaina—. Vayamos a la cabina de pilotaje de la lanzadera. Lo intentaremos desde allí.

Qorl, inmóvil en el centro de control del hangar de atraque, estaba asombrado mientras la inesperada alarma seguía produciéndose.

Vio cómo los tres jóvenes Caballeros Jedi entraban corriendo en la gran sala de abajo. La *Cazadora de Sombras* acababa de volver de un viaje de aprovisionamiento a Dathomir, y un hombre de cabellos color arena salió de ella

acompañado por una joven de aspecto duro y decidido. Qorl la reconoció como una de las estudiantes Jedi que habían trabajado en su caza TIE estrellado en la jungla.

Apenas sonaron las alarmas, Qorl supo que Jacen, Jaina y Bajocca eran responsables de alguna manera de la perturbación. Los otros candidatos a convertirse en Jedi Oscuros estaban muy complacidos de tener una oportunidad para incrementar sus poderes y seguían entusiásticamente el adiestramiento, pero Qorl había estado seguro de que aquellos tres jóvenes causarían problemas..., especialmente dado que Brakiss y Tamith Kai parecían decididos a herirles o matarles.

Qorl se había sentido seriamente afectado por el duelo a muerte entre hermano y hermana disfrazados holográficamente. También sabía que la peligrosa rutina de prueba con piedras voladoras y cuchillos ya había sido responsable de las muertes de media docena de prometedores estudiantes de la Academia de la Sombra.

No estaba de acuerdo con las tácticas de Brakiss, pero Qorl no era más que un piloto. Nadie escuchaba sus puntos de vista, sin importar lo seguro que estuviese de ellos. Y sin embargo Qorl servía a su Imperio, y tenía que hacer lo que sabía era correcto.

Abrió el canal de comunicaciones e informó con voz seca y sombría.

—Maestro Brakiss, Tamith Kai..., cualquiera que pueda oírme. Los prisioneros están intentando escapar. En este momento se encuentran en el hangar de ataque principal. Creo que tienen intención de robar la *Cazadora de Sombras*. Todas mis defensas han dejado de funcionar debido a un fallo del ordenador. Si pueden ofrecer ayuda, les ruego que vayan inmediatamente al hangar de ataque principal.

Los ojos violeta de Tamith Kai se abrieron de golpe y se levantó de un salto de su dura e incómoda litera al primer sonido de alarma. Despertó al instante, con su mente llena de preguntas y el deseo de saber qué estaba ocurriendo. Alguien amenazaba la Academia de la Sombra.

La Hermana de la Noche se puso su capa negra, que onduló a su alrededor en un revoloteo de relucientes líneas plateadas que recordaban las rayas de las estrellas durante un lanzamiento al hiperespacio. Fue hasta la puerta de sus aposentos, pero ésta se negó a abrirse. Tamith Kai la golpeó con los puños y pulsó los controles de anulación manual, pero los mecanismos de cierre siguieron conectados.

— ¡Déjame salir! —gritó.

Tamith Kai volvió a manipular los controles, nuevamente sin éxito. La rabia fue creciendo dentro de ella. Algo estaba ocurriendo, algo terrible..., ¡y Tamith Kai sabía que los tres estudiantes secuestrados estaban detrás de ello! Habían causado muchos más problemas de lo que valían. La Academia de la Sombra podía encontrar tantos candidatos dispuestos a ser adiestrados en todos los

mundos de la galaxia que el potencial catastrófico de aquellos tres era demasiado grande fuera cual fuese su talento.

Destruiría a los tres jóvenes de una vez y para siempre, y después la Academia de la Sombra podría volver a su fluida y tranquila rutina habitual, con Tamith Kai dominando y Brakiss encargándose de los detalles. Entonces podría volver a ser feliz.

Sus dedos se curvaron, y chispas de electricidad negruzca se enroscaron entre ellos.

— ¡Salir! —rugió—. ¡He de salir!

Tamith Kai movió las dos manos en un gesto de abertura mientras gritaba su orden. La puerta se dobló bajo el impacto de un estallido de poder, quedando aplastada entre un diluvio de chispas y humo surgidos de los cables arrancados de los controles. Después Tamith Kai utilizó sus manos desnudas para arrancar una de las gruesas planchas metálicas, sacándola totalmente de las guías y arrojándola al suelo con un ruidoso ¡clonngg! Tamith Kai salió de su habitación, enfurecida y con los ojos hirviendo como lava violeta.

El mensaje de Qorl brotó de los sistemas de comunicación del pasillo, y Tamith Kai no permitió que su ira se debilitase ni un solo instante. «El hangar de ataque...» Echó a correr como una exhalación.

Luke se quedó en la pista con Tenel Ka mientras Jacen, Jaina y Bajie subían a bordo de la *Cazadora de Sombras*.

— ¡He de saber más cosas sobre este lugar! —les gritó a los gemelos volviendo la cabeza hacia ellos—. Hay algo familiar y... terriblemente equivocado aquí.

—Sí—dijo Jaina—. Tío Luke, la persona que dirige la Academia de la Sombra es...

Pero Luke se había distraído. En realidad, estaba como fascinado.

—Esperad —dijo, irguiéndose de repente mientras sus cejas se unían en un fruncimiento de ceño—. Percibo algo. Es una presencia que no había sentido en mucho tiempo...

Atravesó lentamente el hangar y volvió a empuñar su espada de luz, sintiendo una tormenta en la Fuerza, un conflicto mortífero. Luke fue hacia una de las puertas rojas selladas que llevaban hasta las profundidades de la estación-academia, moviéndose como si estuviera en trance.

— ¡Eh, tío Luke! —gritó Jacen, pero Luke alzó una mano para indicar al muchacho que esperase.

Tenían que escapar lo más pronto posible. Era su única posibilidad. Debían aprovechar el momento. Pero Luke también tenía que ver, y necesitaba saber. Oyó el ruido de los sistemas de armamento de la *Cazadora de Sombras* activándose detrás de él. Las torrelas de cañones láser externas de la nave se alzaron y adoptaron su posición de disparo.

Cuando la puerta se abrió delante de él, Luke Skywalker permaneció totalmente inmóvil y clavó los ojos en el rostro hermoso como una escultura de su antiguo estudiante.

— ¡Brakiss! —dijo, y aunque había hablado en un susurro su voz resonó por todo el hangar de atraque, incluso por encima del caos de las sirenas que no paraban de aullar.

Brakiss permaneció donde estaba, contemplándole con los labios curvados en una leve sonrisa.

—Ah, Maestro Skywalker... Qué amable has sido al venir. Me pareció haber percibido tu presencia en mi estación. ¿Te impresiona lo lejos que he sabido llegar?

Luke alzó su espada de luz delante de él, pero Brakiss siguió en el pasillo y no cruzó el umbral.

—Oh, vamos, vamos —dijo Brakiss, moviendo la mano en un gesto despectivo—. Si tenías intención de matarme, deberías haberlo hecho cuando no era más que un débil estudiante. Incluso entonces ya sabías que era un agente imperial.

—Quería darte la oportunidad de salvarte a ti mismo —dijo Luke.

—Siempre tan optimista —replicó Brakiss con jovialidad.

Luke sintió un escalofrío helado. No quería luchar con Brakiss, y especialmente no en aquel momento. Tenían muy poco tiempo. Pero ¿acaso no tenía que enfrentarse con su antiguo estudiante de alguna manera y resolver su conflicto?

Tenían que irse inmediatamente. Luke necesitaba escapar con los chicos antes de que la Academia de la Sombra consiguiera volver a hacer funcionar sus defensas.

Brakiss extendió sus delicadas manos vacías delante de él.

—Ven a por mí, Maestro Skywalker... ¿O es que eres un cobarde? ¿Crees que tu queridísimo lado de la luz te permite atacar a un hombre desarmado?

—La Fuerza es mi aliada, Brakiss —dijo Luke—. Y tú has aprendido a utilizarla para tus propios fines. Nunca estás desarmado, de la misma manera que yo tampoco lo estoy.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera —dijo Brakiss.

Alisó los pliegues de su túnica iridiscente y se preparó para avanzar. Sus ojos llameaban, como si contuvieran toda la furia del universo dentro de su cuerpo, lista para ser desencadenada desde las puntas de sus dedos.

Y en ese mismo instante una explosión de energía abrasadora pasó velozmente junto a la cabeza de Luke viniendo desde detrás de él y deritió los controles de la puerta. Una segunda ráfaga del cañón láser de la *Cazadora de Sombras* hizo que los controles quedaran totalmente inservibles. Las gruesas planchas metálicas volvieron a su posición anterior, interponiéndose entre Brakiss y Luke y separándolos.

— ¡Vamos, tío Luke! —gritó Jaina desde la nave—. Tenemos que irnos.

Luke se estremeció con una mezcla de confusión y alivio, giró sobre sus talones y volvió corriendo a la lanzadera. Sabía que la cuenta pendiente que existía entre él y Brakiss no había sido saldada, pero eso tendría que esperar a otro momento.

Jaina, Bajie y Teemedós establecieron conexión con los ordenadores de la *Cazadora de Sombras* e intentaron abrir las gigantescas puertas espaciales de la estación desde dentro. Mientras trabajaban, Tenel Ka recorrió el hangar de ataque a la carrera y fue cerrando todas las puertas rojas, asegurándose de que ninguna se abiría. El ominoso hombre de la túnica plateada había hecho perder bastante tiempo a Luke, y no podían permitirse el lujo de otra escaramuza semejante. Tenel Ka tenía que sellar las puertas para evitar que un contingente de soldados de las tropas de asalto pudiera llegar al hangar de ataque.

Luke subió a la lanzadera. Tenel Ka selló otra puerta metálica y después fue corriendo hacia la última que le quedaba por asegurar. Pero la puerta se abrió en el mismo instante en que sus dedos ya rozaban los controles. Una mujer alta de piel oscura se alzó delante de Tenel Ka, envuelta en un aura de energía chisporroteante y preparada para atacar.

Tenel Ka alzó los ojos, y supo al instante qué era aquella persona.

— ¡Una Hermana de la Noche! —siseó.

La mujer oscura bajó la mirada hacia ella y la contempló con un destello de reconocimiento similar en los ojos.

— ¡Y tú eres de Dathomir, muchacha! Te reclamo para mí. Serás una digna sustituta de los tres que me dispongo a destruir.

Tenel Ka se plantó delante de la Hermana de la Noche con los brazos y las piernas extendidos como una barrera.

—Antes tendrás que conseguir que te deje pasar.

La mujer oscura rió.

—Si insistes...

Atacó mediante la Fuerza, asestando un golpe invisible que casi hizo caer a Tenel Ka a un lado..., pero la joven lo desvió y siguió inmóvil donde estaba, con los labios firmemente unidos en una mueca de decisión.

La Hermana de la Noche se irguió, sorprendida y pareciendo una negra ave de presa.

—Ah, así que ya estás familiarizada con la Fuerza... Eso hará que me resulte bastante más fácil adiestrarte y cambiarte.

Tenel Ka permaneció inmóvil con el cuerpo tenso y rígido, mirando fijamente a su oponente.

—Eso no es un hecho comprobado. Y no permitiré que hagas daño a mis amigos.

La negra silueta de la Hermana de la Noche pareció crujir cuando su ira quedó libre de su delicada jaula.

— ¡Entonces no vacilaré en destruirte también!

Sus negros ropajes ondularon como una tempestad. Clavó su mirada violeta en Tenel Ka y alzó sus manos tensas como garras, con los dedos extendidos y su lustrosa cabellera oscura chasqueando a causa de la estática mientras su cuerpo se iba cargando de poder eléctrico.

Tenel Ka seguía plantada delante de ella, tensa e impasible mientras la Fuerza oscura se iba acumulando para aproximarse a un clímax dentro de la Hermana de la Noche.

Tenel Ka lanzó su pie sin ninguna advertencia previa, colocando toda la fuerza de sus musculosas y atléticas piernas detrás de la patada. La afilada puntera de su dura bota escamosa chocó con la rótula carente de protección de la Hermana de la Noche. Tenel Ka oyó claramente el crunch de un hueso que se rompía y músculos que se desgarraban cuando su golpe dio en el blanco. La Hermana de la Noche aulló y cayó al suelo, retorciéndose en una agonía de dolor.

—Nunca utilizo la Fuerza a menos que tenga que hacerlo —dijo—. A veces los viejos métodos son igual de efectivos.

Tenel Ka dejó a la Hermana de la Noche gimiendo en el suelo y volvió corriendo a la *Cazadora de Sombras*, donde Luke le hacía señas de que se diera prisa. Subió a bordo, y las puertas de la nave se cerraron.

Las alarmas seguían sonando, pero su clamor quedaba ahogado dentro de la cabina de la *Cazadora de Sombras*. Luke pilotó el vehículo, levantándolo del suelo sobre sus campos repulsores. Jaina y Bajie seguían trabajando desesperadamente para abrir las gruesas puertas espaciales.

Dos de las puertas metálicas rojas reventaron con un potente crrummmmp y quedaron abiertas. El humo de los detonadores brotó de los marcos, y soldados de las tropas de asalto con sus armaduras blancas entraron a la carrera y empezaron a disparar contra la lanzadera.

—Será mejor que abráis esas puertas espaciales..., y pronto —dijo Luke.

Bajie soltó un aullido wookiee.

— ¡Lo estamos intentando! —dijo Jaina, tecleando una nueva serie de órdenes y trabajando todavía más frenéticamente que antes.

Más soldados de las tropas de asalto entraron en el hangar. Los haces desintegradores se esparcieron por toda la cámara. Todos pudieron oír el retumbar y los crujidos de los impactos, pero el blindaje de la *Cazadora de Sombras* aguantó.

—Tenemos compañía —dijo Luke, volviendo la mirada hacia las puertas selladas del hangar—. Se nos está acabando el tiempo.

—No consigo... —empezó a decir Jaina.

Y de repente las gruesas puertas se abrieron, separándose rápidamente para dejar paso a la *Cazadora de Sombras*. El campo de retención atmosférica brillaba delante de la negrura tachonada de estrellas, pero la lanzadera ya podía salir disparada hacia el espacio abierto.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Jaina, intentando ocultar su confusión.

— ¡Salgamos de aquí! —gritó Luke, y conectó los aceleradores.

Todos se agarraron a los brazos de sus asientos mientras la lanzadera los arrojaba hacia atrás. La *Cazadora de Sombras* salió rugiendo de la estación imperial, dejando la enorme estructura erizada de protuberancias desnuda de su camuflaje en el espacio detrás de ellos.

Luke soltó un ruidoso suspiro de alivio mientras introducía las coordenadas de huida en el ordenador de navegación.

—Volvamos a Yavin 4 —dijo.

Ninguno de los jóvenes Caballeros Jedi tuvo nada que objetar, y se lanzaron al hiperespacio.

—Buen trabajo, Jacen y Jaina —acabó diciendo Luke—. Llegué a pensar que nunca conseguiríais abrir las puertas de ese hangar de ataque.

Bajocca murmuró algo ininteligible, y Jaina se removió nerviosamente en su asiento.

—Eh... Bueno, tío Luke —dijo—, no es que me guste mucho tener que confesarlo, pero... no abrimos las puertas.

Luke se encogió de hombros, no queriendo perder el tiempo con pequeños detalles.

—Bueno, pues entonces debemos estar agradecidos a quien las abrió.

Qorl estaba inmóvil junto a los controles del hangar de ataque, viendo escapar a la *Cazadora de Sombras*. La huida dejó detrás de sí la más absoluta confusión mientras la Academia de la Sombra se esforzaba por reorganizarse. Qorl rozó los controles de las puertas espaciales con las puntas de los dedos, sonrió levemente para sí mismo y después cerró las puertas. Nunca se lo diría a Brakiss o Tamith Kai, naturalmente.

Brakiss entró en la sala de control, exhausto y preocupado.

— ¿Y nuestro escudo enmascarador? ¿Todavía no funciona? Debemos ponerlo en funcionamiento. Los rebeldes sin duda enviarán flotas de ataque en nuestra búsqueda. Tendremos que cambiar de posición. Por eso la estación fue diseñada para que fuese móvil.

Brakiss tabaleó con los dedos sobre uno de los paneles de control.

—No sé qué le voy a decir a nuestro gran líder imperial. Si no se siente complacido, puede activar la secuencia de autodestrucción de esta estación en cualquier momento.

Qorl asintió sombríamente.

—Tal vez no se sentirá tan disgustado... esta vez.

Brakiss le miró.

—Tenemos que conformarnos con esa esperanza.

Tamith Kai entró cojeando en la cámara de control, enfurecida y llena de indignación. Sus ojos todavía relucían con un fuego violeta, y sus manos estaban tensas formando curvas de garras, como si quisiera arrancar planchas del casco con sus uñas.

— ¡Así que han escapado! ¿Permitiste que se fueran?

Brakiss la contempló sin perder la calma.

—Yo no permití que hicieran nada, Tamith Kai. No sé qué más podríamos haber hecho. Ahora nuestro deber es alejarnos de aquí y planear nuestro próximo paso..., porque puedes estar segura de que habrá otra oportunidad.

Qorl conectó los motores de la estación, y empezaron a trasladar la Academia de la Sombra a un nuevo escondite.

22

Jacen y Jaina se pegaron el uno al otro, acercándose un poco más a la zona de transmisión en el Centro de Comunicaciones de la Academia Jedi cuando la imagen de Han y Leia apareció en ella. Los gemelos gritaron a coro su saludo.

Han Solo dejó escapar una carcajada de puro deleite.

— ¡Bueno, chicos, parece que después de todo no he tenido que ir a buscaros en el *Halcón*!

—Y yo no he tenido que movilizar a toda la Nueva República para rescataros — dijo Leia con una gran sonrisa—. Ayer recibimos el informe de Luke. Los exploradores que envié para que os buscaran están intentando encontrar la Academia de la Sombra.

Detrás de ellos Chewbacca rugió un mensaje en el lenguaje wookiee dirigido a Bajie, quien respondió con otro rugido.

Luke Skywalker estaba al lado de Erredós, permitiendo que los excitados jóvenes Cabállelos Jedi hablaran en el Centro de Comunicaciones. Jacen estaba tan nervioso que las palabras le salieron casi pegadas entre sí.

—Lando Calrissian dice que algo así nunca podrá volver a ocurrir. Ya está trabajando con su ayudante Lobot para introducir mejoras en el sistema de seguridad de la Estación Buscadora de Gemas. Creo que incluso va a usar las gemas corusca de alguna manera.

—Sí —intervino Luke—, pero dudo mucho que la Academia de la Sombra venga de nuevo en busca de más candidatos que adiestrar. Ya sabemos lo que anda tramando Brakiss..., y sospecho que irá a otros sitios en busca de Jedi Oscuros potenciales.

—Pero nos hemos traído con nosotros la mejor nave de la Academia de la Sombra —dijo Jaina—. Y deberíais ver el diseño. Es ultramoderno. ¡No se parece a ninguno de los modelos de los manuales, papá!

Luke le puso una mano en el hombro.

—Tenemos que ofrecérsela a la Nueva República, Jaina. No es de nuestra...

Han le interrumpió.

—Eh, Luke, ¿necesitas que te enviemos algunos mecánicos para que echen un vistazo a la nave e intenten averiguar cómo funciona?

Luke se encogió de hombros.

—Hacedlo si queréis, pero tengo una especialista en mecánica muy diestra y un especialista en electrónica aquí mismo, en Yavin 4, preparados para empezar a trabajar inmediatamente en el proyecto. Me refiero a Jaina y Bajie, claro.

Leia le sonrió con cariño.

—De acuerdo, Luke. Enviaremos a nuestros ingenieros para que estudien la nave, pero se quedará allí. Utilizadla cuando la necesitéis. Te la has ganado al rescatar a Jacen, Jaina y Bajocca. Además, eres una parte importante de la Nueva República. Todos nos sentiremos mejor sabiendo que tienes una nave rápida y segura cuando vayas corriendo de un lado a otro de la galaxia..., ¡y no me digas que se te ha olvidado cómo pilotar una nave veloz!

Luke soltó una risita un poco avergonzada.

—No, no se me ha olvidado..., pero no me iría mal practicar un poco.

Jaina y Bajocca estaban en las habitaciones de Jaina, manipulando el proyector holográfico para obtener un primer diagrama aproximado de su nueva nave, la *Cazadora de Sombras*. El diagrama no era tan exacto como el que habían hecho del saltacielos T-23 de Bajie, pero lo irían mejorando y precisando a medida que supieran más cosas sobre la nave imperial.

El holograma se desenfocó y Bajie soltó un rugido.

—El amo Bajocca dice que espera con el mayor fervor posible que un cometa choque con la casa de vacaciones del diseñador de este subsistema —dijo Teemedós desde su sitio en el cinturón de Bajie.

Bajie le soltó un gruñido al androide traductor en miniatura. Teemedós había sido totalmente limpiado de su corrupta programación imperial, y el irritante y pequeño androide había recobrado su personalidad habitual.

—Bueno, ¿y cómo se supone que debo saber que no deseas que traslade los epítetos wookies? —replicó el pequeño androide, poniéndose a la defensiva—. Aunque debes admitir que no cabe duda de que he sabido capturar muy bien la emoción general, ¿no? Vaya, cuando pienso en todos los idiomas que debo dominar durante una sola...

Bajie desconectó a Teemedós con un gruñido de satisfacción.

Tenel Ka entró en el Centro de Comunicaciones sintiéndose fresca y descansada. No había vuelto a tener pesadillas desde su regreso a Yavin 4. Se preguntaba qué ocurriría después del surgimiento de aquella nueva orden de Hermanas de la Noche de Dathomir que habían unido sus fuerzas con el Imperio, pero por lo menos ya no turbaban su sueño.

Tenel Ka estableció contacto con la Casa Real de Hapes. Habló con sus padres, les aseguró que no había sufrido ningún daño y les transmitió los saludos del clan de la Montaña del Cántico. Después, preparándose para aguantar una tanda de órdenes imperiosas, solicitó hablar con su abuela, la Matriarca Real.

Cuando el rostro de su abuela apareció en la pantalla detrás de su medio velo habitual, en sus ojos había una sonrisa y algo más que Tenel Ka no estuvo muy segura de poder identificar. ¿Sería sorpresa quizá?

—Gracias por haberte acordado de mi llamada. Mis fuentes me dicen que debería sentirme muy orgullosa de ti —dijo la Matriarca, con lo que parecía ser sincero placer—. Lamento que mi embajadora no pudiese visitarte, y ahora me

temo que el encuentro tendrá que ser retrasado indefinidamente. Me vi obligada a enviar a Yfra en una misión urgente al sistema de Duros.

Tenel Ka abrió la boca, pero no se le ocurrió ninguna respuesta.

—Pero perdonarás a una abuela preocupada si intenta encontrar una forma de cuidar de su nieta desde lejos, ¿verdad? ¿Un par de guardias que pasen lo más desapercibidas posible en un sistema cercano, tal vez? Creo que sería lo mejor para las dos.

La imagen de su abuela se inclinó hacia adelante para cortar la conexión de comunicación, pero la Matriarca habló en un susurro un instante antes de hacerlo.

—Además, tengo la sensación de que no quedaste terriblemente desilusionada al no poder ver a la embajadora Yfra.

—Es un hecho comprobado —murmuró Tenel Ka.

Y después se dio cuenta de que, por primera vez en años, había estado de acuerdo con su abuela.

Jacen estaba en la cima del Gran Templo de Yavin 4 y esperaba al Maestro Skywalker. Después de la tempestad de lluvia de la mañana, la luz anaranjada reflejada del planeta gigante atravesaba las nubes grisáceas que flotaban sobre su cabeza y doraba sus bordes con un cálido resplandor. La suave brisa agitaba sus cabellos, y lo salpicaba con una gota de lluvia de vez en cuando.

Por mucho que temiese la reprimenda que era casi seguro recibiría de su tío Luke, Jacen se alegraba de volver a estar en la luna selvática. En el día transcurrido desde su regreso de la Academia de la Sombra, el Maestro Jedi ya había hablado en privado con Jaina y Bajie. Jacen no tenía ni idea de qué les había dicho Luke, pero los dos se habían mostrado callados y reservados después de las conversaciones.

Y por fin le iba a tocar el turno a él.

Jacen percibió la presencia del Maestro Skywalker incluso sin verle cuando Luke se detuvo junto a él sin hacer ningún ruido. Durante mucho tiempo, y como por acuerdo mutuo, ninguno de los dos dijo ni una palabra. Jacen se fue relajando gradualmente. Estaba preparado para cualquier cosa que el Maestro Jedi tuviera que decirle.

Para casi cualquier cosa.

—Coge esto —dijo Luke, y puso un cilindro metálico en las manos de Jacen—. Enséñame lo que has aprendido.

Jacen, muy sorprendido, bajó la mirada hacia la espada de luz de Luke. El arma era sólida y pesada, y la empuñadura estaba tan caliente como su piel. La sopesó, la estudió y deslizó un dedo sobre los surcos de su empuñadura hasta llegar al botón de ignición. Sus ojos se cerraron. Jacen pudo oír el zumbido de la espada de luz resonando dentro de su mente, y sintió su ritmo palpitante mientras el arma hendía el aire...

Abrió los ojos e irguió los hombros.

—Esto es lo que he aprendido —dijo, devolviéndole la espada de luz al Maestro Jedi sin haberla encendido—. Tenías razón: no estoy preparado. El arma del Jedi no debe ser empuñada a la ligera.

—Aun así, aprendiste a utilizarla. ¿Acaso Brakiss no te enseñó a hacerlo?

Jacen asintió.

—Soy físicamente capaz de hacerlo. Sé cómo combatir a un oponente con ella..., pero no estoy seguro de hallarme preparado mentalmente. Quizá todavía no estoy lo bastante maduro en el aspecto emocional.

— ¿Es que no disfrutaste tanto del combate como te habías imaginado? —preguntó Luke, enarcando las cejas.

—Sí. No. Bueno, sí... Aprendí algunas cosas. Es sólo que no estoy seguro de que fueran las cosas correctas. Una espada de luz no es meramente una herramienta impresionante con la que deslumbrar a tus amistades y dejarlas asombradas. Es una responsabilidad tan grande... Un error podría suponer la muerte de una persona inocente.

Luke asintió y sus ojos azules brillaron con un destello de comprensión.

—A veces la responsabilidad parece demasiado grande, incluso para mí. Pero la Fuerza nos guía cuando luchamos. No nos dice simplemente cómo derrotar a nuestros enemigos..., sino también cómo saber cuándo no debemos derrotarlos.

Sus ojos se encontraron con los de Jacen.

— ¿Incluso si lo que nuestros enemigos enseñan o hacen es maligno? —preguntó Jacen.

Luke Skywalker le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Nadie es completamente malo. O completamente bueno. —Sus labios se curvaron en una sonrisa melancólica—. Por lo menos, nadie que yo haya conocido.

—Pero Brakiss... —empezó a decir Jacen.

—Brakiss transmite las enseñanzas del lado oscuro a sus estudiantes. Tú le oíste impartirlas. Pero un maestro no siempre tiene razón. Y tú pensaste por ti mismo, y eso te reveló que no debías creerle.

El Maestro Skywalker asintió con un gesto de aprobación.

Jacen se lo pensó durante unos momentos.

—Brakiss me dejó hacer lo que yo deseaba más que ninguna otra cosa: practicar con una espada de luz. Pero no podía confiar en él. Brakiss esperaba poder volverme hacia el lado oscuro, usarme para el Imperio. Pero confío en ti. Tenías razón en lo de la espada de luz, y esperaré hasta que opines que estoy preparado.

Luke alzó la mirada hacia las nubes, que se estaban rompiendo y cada vez dejaban pasar más luz.

—Con la Academia de la Sombra ahí fuera y los jóvenes Jedi Oscuros que Brakiss está adiestrando, me temo que ese momento tardará muy poco en llegar.